

Enrique González Rojo

OBRA FILOSÓFICO-POLÍTICA

TOMO V

***GÉNESIS Y ESTRUCTURA
DE LA
REVOLUCIÓN CULTURAL***



domés

ADVERTENCIA

El presente libro consta de seis grandes capítulos: los primeros cinco, redactados en lo esencial durante los años de 1983 y 1984 (y que le sirvieran al autor como material de apoyo para las clases que por entonces impartía en la Universidad Autónoma Metropolitana, plantel de Iztapalapa) no habían sido publicados sino hasta ahora. El capítulo final, "El puesto de la revolución cultural en la Revolución Articulada", fue escrito en los primeros meses de 1979 y, a diferencia de los anteriores, había visto la luz en una edición mimeografiada, formando parte del conjunto de *Boletines* teóricos que editara la agrupación Espartaquismo Integral-Revolución Articulada (EIRA). Aunque el sexto capítulo se elaboró con antelación a los cinco precedentes, lo hemos situado al final del libro porque, siendo, como es, un intento de exposición resumida de lo que debe ser, a nuestro entender, una revolución cultural, puede jugar con toda pertinencia el papel de remate o coronamiento de las disquisiciones, exámenes y argumentos dados previamente. *Génesis y estructura de la revolución cultural* es un libro que vincula estrechamente la noción de *clase intelectual* — concepto que durante los últimos diez años hemos venido desarrollando— y la *revolución cultural*. Del mismo modo que las *revoluciones anticapitalistas* presuponen la existencia de ciertos expropiadores *materiales* que deben ser expropiados o, dicho de otro modo, implican la presencia histórica de la clase dueña de los medios *materiales* de la producción *que tiene que ser destruida*, las *revoluciones culturales* —que no concebimos separadas de las primeras— presuponen también la existencia de ciertos expropiadores *culturales* que deben ser expropiados o, lo que tanto vale, implican la presencia histórica de la clase dueña de los medios *intelectuales* de la producción *que tiene que ser también despiadada*. El nexo entre la clase de los intelectuales y la revolución cultural lo hemos tratado en varios textos (*Teoría científica de la historia, Hacia una teoría marxista del trabajo intelectual y el trabajo manual. La revolución proletario-intelectual, Epistemología y socialismo* y un buen número de ensayos recogidos en los cuatro tomos publicados en nuestra *Obra Filosófico-Política*); pero hacía falta, a nuestro modo de ver las cosas, examinar con detenimiento dicho vínculo de manera histórica. Era necesario analizar con prolijidad los antecedentes teóricos de la revolución cultural y los antecedentes empíricos de la misma. Era indispensable, asimismo, tratar de caracterizar la revolución cultural china, así como intentar entender el por qué de su frustración. Resultaba obligatorio, por último, exponer con detalle, como una reflexión deducida de los materiales anteriormente

mencionados, nuestra idea, concepción (o ¿sueño?) de lo que debería ser una revolución cultural. A todo ello responde, por consiguiente, el libro que JIPI lector tiene en las manos.

CAPITULO I

HACIA UNA CORRECTA CARACTERIZACIÓN DE LA REVOLUCIÓN CULTURAL

Saber es poder.
BACON

A. Hemos escrito, en diversas ocasiones, que en la sociedad capitalista existen dos tipos diversos, aunque indisolublemente ligados, de contradicciones de clase: la que se establece entre el capital y el trabajo, y la que existe, en el seno del trabajo, entre el proletario intelectual y el manual. Estos dos tipos de contradicción originan dos formas diferentes, pero articuladas, de lucha de clases. Cada una de ellas tiene o debe tener, para decirlo simétricamente, una finalidad: socializar los medios *materiales* de producción, la una, y socializar los medios *intelectuales* la otra.

No es éste el sitio adecuado para examinar la lucha de clases *apropiativo-material*. Pero sí lo es, en cambio, para reflexionar sobre el otro tipo de lucha de clases. Podemos hablar de *lucha cultural de los trabajadores* cuando se endereza en contra del monopolio de la cultura. Frecuentemente se confunde esta pugna con la lucha de clases apropiativo-material porque los trabajadores, desposeídos tanto de los medios *materiales* cuanto de los medios *intelectuales* de la producción, al mismo tiempo que protestan y combaten contra los detentadores de un tipo de medios de producción, protestan y combaten contra los monopolizadores del otro tipo. La confusión de estos dos géneros de lucha en uno solo se ve alimentada, entre otras cosas, por la frecuente dualidad clasista de capitalistas que son intelectuales y de intelectuales que son capitalistas. Pese, sin embargo, a la confusión entre ambas especies de lucha y sus respectivas demandas, hay una diferencia estructural entre las dos que proviene de la diversa conformación de las contradicciones de donde emanan.

Conviene, sin embargo, distinguir entre *la reforma cultural y la revolución cultural*. En general, *la reforma cultural* se diferencia de *la revolución cultural* en que:

- a) modifica la forma de las relaciones técnico-funcionales sin revolucionar su esencia o, dicho de otro modo, cambia en algunos aspectos, que pueden ser más o menos importantes, la relación particular del trabajo intelectual y el trabajo manual, sin pretender, en

el fondo, sentar las bases para erradicar el contraste, la unidad y lucha de contrarios, entre los intelectuales y los manuales. En una palabra, modifica el *carácter* de la contradicción pero conserva, con el desdoblamiento de ambos *tipos* de trabajo, la *asignación constante* de una clase de labores a un grupo social y la otra clase al otro. La *reforma cultural* tiene ciertas coincidencias con la *transformación cultural*: ambas modifican la caracterología del trabajo: pero no subvierten la permanente asignación de los dos tipos de trabajo contrapuestos a las dos clases sociales que, en sentido técnico-funcional, dividen a la sociedad moderna. Hay, no obstante, una diferencia: la *transformación cultural*, por ser un producto del desarrollo de las fuerzas productivas, tiene un sentido fundamentalmente económico. La reestructuración de las relaciones entre el trabajo intelectual y el manual antes y después de la moderna revolución técnico-científica, se inscribe en una radical transformación *económica* del *carácter* del trabajo. La *reforma cultural*, en cambio, al ser promovida por una institución determinada o ser la puesta en marcha de un plan gubernamental —el papel de Vasconcelos, por ejemplo, al frente de la Secretaría de Instrucción Pública—, se define como una modificación *política* del carácter del trabajo. Aunque haya diferencias entre la *transformación cultural* (eminente-mente económica) y la *reforma cultural* (fundamentalmente política) , ambas se diferencian de la *revolución cultural* porque lejos de pretender subvertir la división del trabajo, lo que hacen o pretenden hacer es volverla más productiva, más eficaz, más "racional", mejor articulada.

- b) La *reforma cultural* aumenta, o tiende a hacerlo, la calificación del trabajo, tanto del intelectual cuanto del manual. Si la calificación del trabajo se obtiene mediante el trabajo en la fuerza del trabajo, y esta última se gesta en la escuela, la reforma cultural reviste en general un carácter educativo. La reforma cultural puede aumentar, ocasionalmente, la posibilidad de capilaridad ascendente de ciertos trabajadores manuales. Puede, asimismo, volver más productivo y rentable el trabajo y aumentar, dentro de ciertos márgenes, la remuneración salarial. Pero hace todo esto sin alterar, respectivamente, la *asignación constante* de los dos tipos de trabajo a dos clases sociales contrapuestas. La *reforma cultural* no se propone, en ningún caso, sentar las premisas, como dijimos, para la desaparición de la agrupación *obrero-campesino-popular* que tiene asignado, necesariamente y de por vida, el tipo de trabajo físico.
- c) La *reforma cultural* pone al servicio de la clase dominante del régimen de

que se trate —y en especial de su cúpula— las modificaciones que trae aparejadas. La reforma cultural es, pues, de clase. La reforma cultural en la sociedad capitalista es burguesa, la instituida en el modo de producción intelectual (MPI) es intelectual. La revolución cultural es, en cambio, anticlasista. Conviene aclarar, no obstante, que si dicha revolución intenta realizarse antes de la revolución económica, presenta un carácter puramente anticipativo y limitado. La revolución cultural adquiere un carácter social —que abarca a todos los miembros de la colectividad— si se realiza en vinculación articulada con la revolución económica (apropiativo-material).

La *reforma cultural* puede ser, y así lo fue en la segunda mitad de los sesentas en diversos países "socialistas", una respuesta a la revolución cultural (en este caso: la revolución cultural proletaria china). En efecto, tras de la revolución cultural china de 1966-68, se diseñaron diversas reformas culturales en los países controlados por la URSS (por ejemplo *en* Cuba), y en la Unión Soviética misma, que se presentaban como una "verdadera" revolución cultural —sin los excesos de la maoísta—; pero que no eran otra cosa que reformas culturales, o sea, modificaciones de detalle, que atentaban contra la forma pero no contra la esencia de la conformación técnica del trabajo productivo, etcétera.

B. La *Revolución cultural* se diferencia, por consiguiente, de la reforma cultural (y de la transformación cultural), en que lucha, no sólo por hacer más eficaz y productivo el trabajo, no sólo por hacer más rentable la relación entre el trabajo intelectual y el manual, sino por revolucionar la división del trabajo.

Subversión que consiste, recordemos, en proletarizar el trabajo intelectual e intelectualizar el trabajo manual. No se trata, desde luego, de destruir la diferencia tipológica entre un trabajo y otro (la cual es una estructura "invariante" que subsistirá aún en el comunismo), sino de ir erradicando poco a poco, de acuerdo con las condiciones históricas del régimen poscapitalista, la fijación de un trabajo a una clase y del otro a la otra.

En la Edad Moderna y contemporánea las dos reformas culturales fundamentales son la burguesa y la *intelectual*. Las diferencias más ostensibles entre la primera (realizada por un Estado capitalista) y la segunda (llevada a cabo por uno "socialista") son las siguientes:

1. La primera está destinada a aumentar la productividad de la clase obrera

(y el proletariado en general) explotada por el capital; la segunda lo está a aumentar la productividad de la clase obrera explotada y dominada directamente por la tecnoburocracia intelectual e indirectamente por toda la clase intelectual en el poder.

2. La primera, en el aspecto económico de la educación, presenta o puede presentar más impedimentos y restricciones que la segunda: el Estado posee, proporcionalmente a la renta nacional, menos recursos y choca o puede chocar con los intereses de la iniciativa privada. La segunda, por concentrar más recursos en el Estado y por no fincar la gestión económica exclusivamente en la optimización de las ganancias (sino en la reproducción del poder de la *nomenklatura*) tiene la oportunidad de llevar a cabo, si la coyuntura política y económica lo exige, *reformas culturales* (educativas, técnicas y científicas) más ambiciosas. Aunque esto último hay que tomarlo con reservas porque mientras existen burguesías visionarias y calculadoras, hay burocracias ciegas y conservadoras.
3. La primera está destinada a ideologizar y manipular a las masas en función, pues, de la *democracia burguesa*. La segunda, lo está en función de la *democracia intelectual*.

Ambos tipos de *reforma cultural* tienen antecedentes históricos en las formaciones sociales que preceden al modo de producción al que corresponden. La reforma cultural burguesa luchaba, en el seno de la feudalidad, en el frente teológico (mediante el *libre examen*), en el filosófico (por medio del *humanismo*), en el sociopolítico (apelando al *libre pensamiento*) y en el económico (sentando las bases para el *liberalismo* posterior). La reforma cultural *tecnoburocrática* denunciaba y sigue denunciando, en el régimen burgués, la irracionalidad del capitalismo, ya sea teórica, práctica u organizativa-mente. Conviene no confundir la cultura (burguesa e intelectual) con la reforma cultural. La cultura es el producto de una práctica espiritual. Abarca el conjunto de formas de la conciencia social, de valores, de tradiciones emanadas del ejercicio del sentimiento, la voluntad y la inteligencia. Filosofía, ciencia, arte, religión, moral, etcétera, forman la constelación de manifestaciones que, agrupadas, constituyen la cultura en su sentido más amplio. La filosofía de Giordano Bruno, por ejemplo, es un producto cultural con anticipaciones burguesas creado en la fase renacentista del feudalismo. La reforma cultural es, en cambio, la "socialización", dentro de ciertos límites, de la cultura. La *reforma cultural* hace alusión al hecho de exportar, a partir de un acervo cultural gestado, los principios, conocimientos o creencias implícitos en dicho

acervo. La "política cultural" del partido marxista-leninista (revolucionario) de "exportar la conciencia" o de "tirar línea" es, dentro del capitalismo, un claro antecedente de *la reforma cultural tecnoburocrática*. El partido, en efecto, crea una cultura: cultura anticapitalista, antieconomicista, antireformista. Y luego, mediante la reforma cultural, la exporta, la "socializa". Pero ojo con esto. El partido de que hablamos educa a su clientela, a su esfera de influencia, *para que aprenda a recibir instrucciones*, para acatar designios, para movilizarse en tal o cual sentido. El *partido-destrucción*, de molde leninista, no educa a los obreros y campesinos para que piensen con su propia cabeza; no los educa para que acaben por prescindir de los educadores. No es un partido, como el partido *destrucción-construcción*, que se empeñe en todo momento en exportar medios *intelectuales* de producción, sino que, colocado en el más franco paternalismo, educa a las masas en que tiene influencia (y a su propia base) para perpetuar la relación *maestro/alumno*, "*intelectual colectivo*"/*masas ignorantes*, y no para destruir dicha separación o sentar las bases para su progresiva e inexorable extinción. De la misma manera que dicho partido organiza, a su interior, "escuelas de cuadros", se autoconcibe, por así decirlo, como la "escuela de cuadros" de la clase obrera y campesina (si vive en el capitalismo) o de la sociedad en su conjunto (si forma parte del régimen poscapitalista). Si el "tirar línea" —*la reforma cultural típicamente intelectualista*— persigue ahora, antes de la toma del poder, *conducir, pastorear u orientar* (escójase el verbo que se juzgue más oportuno) a los obreros y campesinos al poder; la política cultural posterior (que presenta un carácter reformista, no revolucionario) tendrá como finalidad *consolidar* el poder y *reproducirlo* indefinidamente. La concepción leninista de la política cultural no rebasa nunca los marcos de una reforma; a diferencia de la maoísta, que *entrevé* la subversión revolucionaria, se estanca siempre dentro del parámetro de la puntual "socialización" de la práctica cultural establecida con antelación por el partido. El leninismo no rebasa, en efecto, la política cultural del "tirar línea". Su discurso velado no es la subversión de la división del trabajo, sino la eficacia, el perfeccionamiento, la perpetuación de ésta. Claro que Lenin, como Marx, nos habla de que, con el comunismo, los hombres se emanciparán de la división del trabajo; pero este planteamiento, este "ideal", por no fincarse en una práctica material que conduzca a ello, deviene abstracto, utópico y opera como una *ideología*.

C. El concepto de *revolución cultural* alude a la rebelión de las masas desprovistas de conocimientos contra las relaciones técnico-funcionales; es la insurrección de los desposeídos de las condiciones *intelectuales* de la

producción en contra de los detentadores del cúmulo de conocimientos y experiencias suficientes para jugar ciertos roles sociales privilegiados. Hay dos causas que enturbian la visión de lo que es, ha sido y será la revolución cultural: la primera hace alusión al hecho de que en ocasiones, como dijimos, no se identifica claramente este tipo de rebelión porque va unida, mezclada, confundida con la protesta contra las relaciones *apropiativo-materiales*. La segunda se vincula con el hecho de que frecuentemente esta rebelión, que debe orientarse en contra de los monopolizadores de la cultura, se dirige en contra de la cultura misma. Nos gustaría reservar el nombre de *movimiento luddita de la revolución cultural* a esta fase *manualista* u *obrerista vulgar* en que los trabajadores manuales confunden al enemigo, pues no es la cultura en cuanto tal quien los perjudica, sino la utilización *clasista* de la cultura, la monopolización de ella por parte de una élite privilegiada y prepotente. Así como el movimiento luddita fue un motín contra las maquinarias, contra los instrumentos *materiales* de la producción, el luddismo manualista es un motín contra la cultura, contra los instrumentos *intelectuales* de la producción. La *revolución cultural*, como exigencia, como parte de la realidad social, ha hecho acto de presencia en la *teoría* y en la *práctica*. No obstante, su aparición en la teoría ha sido embrionaria y confusa (en los anarquistas, en ciertos socialistas utópicos, en el mismo marxismo) y su encarnación en las masas ha tendido más al manualismo (*al luddismo intelectual*) que a una rebelión consciente de su enemigo. La insurrección antintelectualista ha sido hasta este momento fundamentalmente instintiva. Estamos convencidos, por eso, de que ha llegado el momento de volverla consciente. Hagamos, entonces, para lograr tal cosa, un repaso de los antecedentes teóricos, primero, e históricos después, de la *revolución cultural*, entendida como la rebelión de las masas contra la división del trabajo.

CAPITULO II

ANTECEDENTES TEÓRICOS DE LA REVOLUCIÓN CULTURAL

Las primeras manifestaciones teóricas importantes, surgidas en la sociedad capitalista, acerca de la revolución cultural o, para ser más exactos, en torno de algunos de sus aspectos, aparecen en el socialismo utópico en general y en el fourierismo en especial.

A. La sociedad industrial saintsimoniana

Empecemos por analizar una concepción que se halla muy lejos de la teoría de la necesidad de subvertir la división del trabajo; pero que, no obstante, y por lo que se verá a continuación, nos puede servir de arranque en nuestro análisis *esquemático* del desenvolvimiento de la noción de revolución cultural: hacemos referencia a las ideas de Saint Simon.¹ Como se sabe, tanto Marx como Engels consideraban a Saint Simon, junto con Fourier y Owen, uno de los más destacados representantes del socialismo utópico. Creemos, sin embargo, de común acuerdo con un número cada vez más grande de estudiosos del socialismo premarxista, que Saint-Simon no puede ser considerado, en lo esencial, ni como socialista en sentido estricto ni como utópico, aunque anticipa, desde luego, un buen número de temas que retomaron los pensadores sociales después de 1830. Es bien sabido que Saint-Simon —lo cual es puesto de relieve de una manera muy clara en la *Parábola* de 1819— divide la sociedad de su época en *ociosos* y *productores* y piensa que los primeros deben desaparecer en beneficio de los segundos. Es partidario, pues, de una "sociedad de productores". ¿Quiénes son, para él, estos productores? Saint-Simon escribe: "Los industriales reunidos trabajan para producir y poner al alcance de todos los miembros de la sociedad los medios materiales para satisfacer sus necesidades o sus gustos físicos, y ellos forman tres grandes clases que se

¹ El cual, aunque no pueda ser considerado un antecedente de la teoría de la revolución cultural, tiene el mérito de poner el *trabajo* en el primer plano de sus reflexiones. Y sentar las bases para combatir a quienes viven a expensas de otros. Pero...

llaman labriegos, fabricantes y comerciantes".² Los productores o industrioses representan, para Saint-Simon, los que intervienen con su trabajo en las diversas ramas de la economía y de la vida cultural de un pueblo. Se oponen a los ociosos, a los rentistas, a los que viven sin trabajar. Es de subrayarse, por consiguiente, que, en lo fundamental, la teoría de Saint-Simon es un embate *democrático-burgués* contra la aristocracia terrateniente, de carácter rentista, que sobrevive tras la revolución francesa. La concepción de Saint-Simon sigue moviéndose en la formulación *binaria* o *dicotómica* de los revolucionarios franceses que dividía el antiguo régimen en aristócratas (ociosos) y Tercer Estado (productores). Saint-Simon no es, por tanto, socialista. Pero tampoco utópico. Tan es así, que la lucha por desembarazarse de los residuos feudales y de toda laya de ociosos terratenientes será emprendida cada vez con mayor decisión y eficacia, a lo largo de todo el siglo xix, por esa "sociedad de productores" que es el capitalismo. No es un accidente, por eso mismo, que alguno de los periódicos editados por Saint-Simon haya sido financiado por un banquero³ y que, además de *L'Industrie*, las publicaciones *Organisateur* y *La Politique* influyan poderosamente en los capitalistas más modernos.⁴ Si Saint-Simon no es, en lo fundamental, ni socialista ni utópico, sus discípulos (Enfantin, Bazar y Leroux) sí pueden ser considerados como "socialistas" utópicos. No es Saint-Simon, sino el saintsimonismo quien niega la propiedad privada y quien combate no sólo al ocioso terrateniente, sino al ocioso capitalista. Al propio Leroux, uno de estos saintsimonianos, se debe, al parecer, la utilización de la palabra socialismo por vez primera. No vamos a examinar en este sitio las razones por las que la posición moderada de Saint-Simon se convierte en extremista en manos de sus discípulos.⁵ Pero sí deseamos hacer notar que

² Henri de Saint-Simon, *L'oeuvre d'Henri de Saint-Simon* textos escogidos por C. Bougle, Paris, Libraire Felix Alean, 1925, p. 155.

³ Se trata de la revista *L'Industrie* y del banquero Lafitte, el cual asignó la suma de 10 000 francos mensuales para la publicación de dicha revista (Dominique Desanti, *Los socialistas utópicos*, Ed. Anagrama, p. 88).

⁴ *Ibid.*, p. 99.

⁵ George Lichteim hace notar que el hecho de que, tras de 1830, "apareciera un movimiento socialista encabezado por los discípulos de Saint-Simon resulta a primera vista misterioso, tanto más que Saint-Simon mismo despreciaba la democracia y estaba muy dispuesto a ceder el poder político a banqueros y dueños de industrias" (*Los orígenes del socialismo*, Ed. Anagrama, p. 49).

no nos parecen socialistas, en el estricto sentido de la expresión, ni los planteamientos de Saint-Simon (que se pueden caracterizar de *democrático-burgueses*) ni los de sus discípulos (que deben ser considerados como lo que nos gustaría denominar *socialismo utópico intelectualista*). Los saintsimonianos llevan a sus últimas consecuencias los planteamientos democrático-burgueses de su maestro. Debe crearse un *sistema industrial* en el que desaparezca todo tipo de ociosos: los terratenientes (que corresponden a reminiscencias del antiguo régimen) y los capitalistas (que pertenecen al nuevo régimen). El grito de batalla es ¡mueran los rentistas! Es cierto, que los fabricantes capitalistas de la primera época del capitalismo intervenían en la producción, eran industriales (y ello llevaba a Saint-Simon a considerarlos como productores sin más) ; pero poco a poco los capitalistas se van separando del trabajo manual primero y del intelectual después, hasta devenir en rentistas que gozan del plusproducto generado en las empresas porque son *accionistas*. Los saintsimonianos ya no giran en torno de la oposición democrático-burguesa *aristócratas/Tercer Estado*, sino de la oposición *ociosos (capitalistas incluidos)/productores*. Los saintsimonianos denuncian el sistema binario de su maestro a favor de un sistema ternario: en la antigua sociedad (y también en la nueva, pero en una distinta situación) no había sólo *dos* clases (aristócratas y demócratas) sino *tres* (aristócratas/capitalistas/productores). ¿Cómo conciben los saintsimonianos a los productores? Los conciben homológicamente como el conjunto de operarios que, independiente del tipo y la calificación de su trabajo, intervienen en la elaboración de un producto o en su realización comercial. Los saintsimonianos recaen en la concepción binaria; pero un binarismo de nuevo tipo: ya no creen que las dos clases fundamentales de la sociedad se reduzcan a la nobleza (primero y segundo Estados) y el Tercer Estado, sino que piensan que las dos clases fundamentales del régimen capitalista son el capital (ociosos) y los productores. No toman conciencia de que entre los productores no capitalistas hay nuevamente dos clases (aunque en sentido técnico-funcional): los productores intelectuales y los productores manuales. Los saintsimonianos son, pues, intelectualistas. Son socialistas utópicos *intelectualistas* porque, además de no concebir las vías concretas, sobriamente realistas, hacia la emancipación de los productores no capitalistas, no plantean —herederos aún del ideal productivista de su maestro— la subversión de la división del trabajo ni nada que se parezca a la revolución cultural. Creen, por lo contrario, que la conveniente articulación de los productores intelectuales y físicos —alejados los ociosos del panorama productivo— es la base para un sistema industrial

bautizado por Leroux cómo socialista y que nosotros no tenemos empacho en calificar de intelectualista (tecnoburocrático).

B. *Fourier: el trabajo como juego*

Pero vayamos a Fourier. Francois-Marie-Charles Fourier presenta, en lo que a nuestro tema se refiera, algunos puntos dignos de tenerse en cuenta. Entre las diferencias que presenta con Saint-Simon y los saintsimonianos,⁶ destaca su concepción sobre el trabajo. A contrapelo de Saint-Simon, Fourier (que advirtió, desde 1820, que la represión de los instintos es una fuente de infelicidad) concibe el trabajo que debe imperar en Armonía — organización comunal utópica que agruparía a falansterios y falanges— como juego.⁷ Considerar que el trabajo debe poseer un carácter lúdico, significa que tiene que perder la característica esencial que presenta en la civilización: ser trabajo forzado. Aún más. Si un trabajo determinado — físico o intelectual— se halla asignado, obligatoriamente y de por vida, a un trabajador, y si, además, representa una labor que se realiza no libremente, como una objetivación de los deseos, sino como medio para sobrevivir, dicho trabajo no puede ser considerado como juego. El trabajo en la civilización es trabajo forzado; en Armonía devendría trabajo libre, esto es, juego. Entre otras, Fourier imagina dos maneras esenciales para convertir el trabajo de *asignación forzosa* en trabajo desenajenado de *carácter lúdico*: la educación y la rotación laboral. Fourier escribe: "Las facultades espirituales se desarrollarán más rápidamente: estimo que bastará una docena de años para convertir en hombres a esos *autómatas vivientes* llamados campesinos, que en su extremada tosquedad se acercan más al animal que a la especie humana. En el orden combinado, los hombres más pobres, los simples labradores nacidos en una falange agrícola, serán iniciados en toda clase de conocimientos"...⁸ La ignorancia en el sentido amplio del término —la del trabajador manual para realizar un trabajo intelectual y la

⁶ Al revés que el programa saintsimoniano, el modelo de Fourier era comunal más qt) e industrial y tecnocrático" (*Ibid.*, p. 39).

⁷ "A Fourier se remonta la idea de que, en un orden social futuro, el trabajo puede y debe convertirse en juego, aunque en esto, como en tantos otros aspectos, se adelantó demasiado a las circunstancias materiales de su tiempo para poder alcanzar una repercusión inmediata en la formación de la conciencia socialista" (*Ibid.*, p. 231) .

⁸ Charles Fourier, *Teoría de los cuatro movimientos*, Barral Editores, Barcelona, 1974, p. 96.

del productor intelectual para llevar a cabo un trabajo físico— impide la conversión del trabajo en juego. La educación debe ser, pues, un abatimiento paulatino de esa doble ignorancia. En Fourier se puede rastrear el principio de que es preciso proletarizar a los intelectuales e intelectualizar a los proletarios. De ahí que escriba: "El fin que persigue toda operación en Armonía no es otro que la unidad. Para elevarse a ella, la educación debe ser *integral y compuesta*. Compuesta, formando a la vez el cuerpo y el alma... Integral, es decir abarcando todos los detalles del cuerpo y del alma"...⁹ Y en otro sitio: "Además, es regla en Armonía que deben unirse la teoría y la práctica. Toda educación sigue este camino y tiende a que los niños sean teóricos y prácticos a la vez"...¹⁰ Pero el carácter no lúdico del trabajo, propio de la civilización capitalista, puede ser también combatido por medio de la *rotación de los trabajos*. Fourier escribe al respecto: la organización societaria se encargará "de desarrollar, desde la más tierna edad, las vocaciones industriales, que son numerosas entre los niños, de colocarlos a todos en los diversos puestos a los que la naturaleza les inclina, de cambiar con frecuencia la clase de trabajo para hacerlo tan atractivo que haga nacer la atracción industrial".¹¹ Si los saintsimonianos, y en cierto modo también Saint-Simon, representan un avance, una anticipación teórica del *ideal tecnocrático*, los fourieristas y su maestro pueden ser caracterizados como antecedentes del *ideal comunista*. No es un accidente que los marxistas —incluyendo a los clásicos— consideren a los saintsimonianos (y al propio Saint-Simon) como una corriente de pensamiento precursora de sus propios planteamientos. Lo hacen así, en realidad; cuando ven las cosas a través de la *concepción binaria* de las clases sociales, es decir, cuando juzgan que el inicio de la creación del socialismo *es* la desaparición de la propiedad privada. Pero el marxismo, como veremos después, no se reduce sin más a una concepción binaria. Esta es la razón de que los clásicos vean también en Fourier y Considerant a otros predecesores. Si el saintsimonismo es, como decíamos, el antecedente del *ideal tecnocrático* (identificado supuestamente con el socialismo) y si el fourierismo lo es del *ideal comunista*, conviene subrayar que ambas posiciones están inscritas, desde luego, en una concepción utópica o, si se quiere, en un desfase entre lo que es, y sus leyes de

⁹ Charles Fourier, *L'attraction passionné*, Jean-Jacques Pauvert, éditeur, Imprimé en Hollande, 1967, p. 162.

¹⁰ Charles Fourier, *El nuevo mundo amoroso*, S, XXI, 1972, p. 118.

¹¹ Charles Fourier, "El nuevo mundo industrial y societario" en *El socialismo anterior a Marx*, Ed. Grijalbo, Col. 70, No. 51, México, 1969, p. 90.

tendencia, y lo que se concibe como ideal o como sociedad emancipada.

H. *La teoría leninista del partido*

Volvamos nuestros ojos a Lenin. Si a Machajski le interesan los intelectuales *en general*, a Lenin le preocupa la relación de los intelectuales y el partido. Si Machajski extiende la noción de intelectuales hasta abarcar a todos los que poseen un "capital cultural",¹² Lenin considera al intelectual como un pequeño-burgués y se interesa preferentemente por aquellos intelectuales que tienen que ver de modo directo con el partido. Lenin trata el problema de los intelectuales y el partido bajo dos aspectos diferentes: A) en *¿Qué hacer?* dice, verbigracia, que "Engels reconoce, *no dos formas* de la gran lucha de la social-democracia (la política y la económica) -como se estila entre nosotros— sino *tres, colocando a su lado también la lucha teórica*".¹³ Más adelante se adhiere a la opinión de Kautsky respecto a los intelectuales. El líder alemán escribió en el proyecto de programa del partido socialdemócrata de 1901-1902 que es falso creer que el desarrollo económico y la lucha de clases creen automáticamente, además de las premisas de la producción socialista, la *conciencia* de su necesidad. En Inglaterra, por ejemplo, había entonces un gran desarrollo capitalista y poca conciencia de esta clase.¹⁴ El proletariado, hacía ver Kautsky, no es el portador de la ciencia —su misma situación de clase le impide serlo—, sino la intelectualidad burguesa, de modo que, como escribe Lenin, "la conciencia socialista es algo introducido desde fuera en la lucha de clases del proletariado, y no algo surgido espontáneamente de ella".¹⁵ B) En *Un paso adelante, dos pasos atrás*, escribe Lenin (aludiendo a ciertas actitudes de Martov y otros): "nadie se atreverá a negar que la *intelectualidad, como una capa especial* dentro de las sociedades capitalistas contemporáneas, se caracteriza, en conjunto, *precisamente por su individualismo* y su

¹² De ahí que Alexandre Skirda escriba que, para Machajski, la evolución industrial "provoca el nacimiento y desarrollo de una nueva capa de trabajadores calificados y competentes —técnicos, ingenieros, científicos, personal gestor y administrativo— los cuales añadiéndose a los intelectuales tradicionales —abogados, periodistas, profesores y escritores —controlan y dominan cada vez más la vida social y económica"... (*Ibid.*, p. 14).

¹³ *Obras Escogidas*, T. I, Ed. Lenguas Extranjeras, 1948, p. 201.

¹⁴ *Ibid.*, p. 214.

¹⁵ *Ibid.*, p. 215.

inadaptabilidad a la disciplina y a la organización".¹⁶ Más adelante ataca "la flojedad y vacilación de los intelectuales, que tantas veces ha sentido el proletariado".¹⁷ Y después, ante la actitud "llorona" de Martov, escribe: "¿no es esto una manifestación de flojedad propia de intelectuales?"¹⁸ Lenin reproduce a continuación la "brillante definición procológico-social" del intelectual que da Kautsky en su *Franz Mehring*. Kautsky comienza diciendo: "En el momento actual presenta de nuevo un vivo interés para nosotros el problema del *antagonismo* (hay que reparar que Kautsky dice *antagonismo*) entre los intelectuales y el proletariado... Este antagonismo, continúa, es *un* antagonismo social, que se manifiesta en las clases y no en individuos aislados".¹⁹ Y añade: "Lo mismo que *un* capitalista, un intelectual puede, individualmente, incorporarse de lleno a la lucha de clases del proletariado. Cuando esto sucede, el intelectual cambia asimismo de carácter".²⁰ Y sigue: "no existe antagonismo económico alguno entre el intelectual y el proletariado. Pero sus condiciones de vida y de trabajo no son proletarias y de aquí resulta cierto antagonismo en su modo de pensar".²¹ Y pasa a continuación a darnos una descripción de la vida del proletario y del intelectual en el mundo burgués: "El proletario no es nada mientras sigue siendo un individuo aislado. Todas sus fuerzas, toda su capacidad de progreso, todas sus esperanzas y anhelos las extrae de la organización, de su actuación sistemática, en común con sus camaradas. Se siente grande y fuerte cuando constituye una parte de un organismo grande y fuerte. Este organismo es todo para él, y el individuo aislado, en comparación con él, significa muy poco. El proletario lucha con la mayor abnegación como partícula de una masa anónima, sin perspectivas de ventajas personales, de gloria personal, cumpliendo con su deber en todos los puestos donde se le coloca, sometiéndose voluntariamente a la disciplina que penetra todos sus sentimientos, todas sus ideas. Muy distinto es lo que sucede con el intelectual. No lucha aplicando, de un modo u otro, la fuerza, sino con argumentos. Sus armas son sus conocimientos personales, su

¹⁶ *Ibid.*, p. 424.

¹⁷ *Ibid.*, p. 424.

¹⁸ *Ibid.*, p. 479.

¹⁹ *Ibid.*, p. 479.

²⁰ *Ibid.*, p. 479.

²¹ *Ibid.*, p. 480

capacidad personal, sus convicciones personales. Sólo puede hacerse valer merced a sus cualidades personales. Por esto la plena libertad de manifestar su personalidad le parece ser la primera condición de éxito en su trabajo. No sin dificultad se somete a un todo determinado como parte al servicio de este todo, y se somete por necesidad, pero no por inclinación personal. No reconoce la necesidad de la disciplina sino para la masa, pero no para los espíritus selectos. Se incluye a sí mismo, naturalmente, entre los espíritus selectos".²² Como Kautsky ha hablado de los "lloriqueos blandengues" de los intelectuales, Lenin, al decir que "precisamente uno de estos lloriqueos blandengues de intelectual en minoría" embargó de pronto a Martov,²³ encuentra esta actitud del intelectual *sin* partido en un intelectual *con* partido. Lenin explica, incluso, la división de los revolucionarios, *dentro del partido y en escala internacional*, en ortodoxos y oportunistas por el antagonismo que existe entre las tendencias proletarias e intelectuales: este antagonismo, dice, "explica en gran medida la división de la socialdemocracia contemporánea en socialdemocracia revolucionaria (ortodoxa) y socialdemocracia oportunista".²⁴ Como podemos advertir, por las citas transcritas arriba, Lenin nos habla en *¿Qué hacer?* del papel *positivo* de los intelectuales y en *Un paso adelante, dos pasos atrás* del papel negativo. Tiene razón, a nuestro parecer, al destacar ambos aspectos. Si se pusiera de relieve sólo el primero, y se menospreciara el segundo, se caería en una forma de *intelectualismo*. Si se exaltara el segundo, y se despreciara el primero, se pondría el acento en una suerte de *manualismo*. La clase obrera *no puede emanciparse si no esclarece sus relaciones con los intelectuales*.

Lenin vislumbra correctamente los dos aspectos de los intelectuales. Pero sólo los vislumbra. No le da una solución correcta a la ambigüedad que carga consigo la intelectualidad pretendidamente revolucionaria. Dos son las razones, a nuestro modo de ver las cosas, que le impiden a Lenin llevar a cabo una teoría socialista de las relaciones de los intelectuales y la clase obrera: en primer lugar no logra separar la ciencia revolucionaria de su portador *intelectual*, lo cual lo lleva a desdeñar la necesidad de convertir en el centro de las preocupaciones revolucionarias la gestación de una intelectualidad *obrera*; en segundo

²² *Ibid.*, pp. 480-481.

²³ *Ibid.*, p. 482.

²⁴ *Ibid.*, p. 535.

lugar no puede advertir la *razón de fondo* del carácter negativo del intelectual, lo cual hace que su discurso "antintelectualista" termine por ser una proclama moralista sin consistencia. Veamos por separado cada una de estas razones: a) *no logra separar la ciencia revolucionaria de su portador*. Le asiste la razón a Lenin al subrayar que la clase obrera por sus propias fuerzas (esto es, sin subvertir su situación habitual) es incapaz de asumir teórica y prácticamente el socialismo. El embate leninista contra el espontaneísmo sigue siendo vigente en nuestros días, sin que ello signifique dejar de reconocer los diferentes grados de espontaneidad y de conciencia de clase existentes en el mundo entero de acuerdo con la especificidad histórica de cada país, región, etcétera. La argumentación empirista de que la teoría, la ciencia revolucionaria, se engendrará en el proletariado por obra y gracia de la lucha de clases, resulta inaceptable, en virtud de que concibe la experiencia como la lucha de clases empírica y no advierte que la ciencia revolucionaria, la teoría social es *experiencia condensada*. La clase obrera no debe concebir su lucha como si perpetuamente tuviera que recorrer siempre el mismo camino: práctica-teoría-práctica, como si se viera siempre en la necesidad de comenzar desde cero. No. La clase obrera debe vincular la experiencia empírica concreta —la lucha de clases en que se halla arrojada— con la ciencia revolucionaria que no es otra cosa que la experiencia empírica de otros sectores obreros, en otras partes del mundo o en épocas anteriores, vuelta *teoría* o *síntesis teórica*. Es erróneo argumentar contra el leninismo, y Rosa Luxemburgo llegó a hacerlo, que la concepción vanguardista de Lenin se contrapone al principio de que el ser social determina o condiciona la conciencia social o de que la práctica precede y funda a la teoría. Es erróneo argumentar en ese sentido porque el leninismo no desconoce, por un lado, que la práctica empírica genera o puede generar un cierto grado de conciencia teórica referido al tipo de experiencia social obtenida, y porque, por otro lado, la teoría preexistente a la lucha de un sector determinado de la clase obrera, y que debe exportarse a esta última, no está al margen de la experiencia histórica, sino que es el *compendio teórico* de dicha experiencia. El espontaneísmo es no sólo un error, sino una posición que, al desdeñar la necesaria unificación de la clase obrera, y su experiencia teórico-práctica particular, con la ciencia revolucionaria (como experiencia histórica convertida en teoría), le hace el juego a la clase burguesa o a la tecnoburocracia dominantes. La clase obrera no puede acceder a una conciencia científica de su destino histórico a *partir* de su experiencia particular, y al margen de la ciencia revolucionaria, por múltiples razones, entre las que deben señalarse, además de la represión, la ideologización, la desinformación, la ignorancia,

etcétera. Todo ello nos muestra que al leninismo le asiste, por consiguiente, la razón en su lucha contra el culto a la espontaneidad. Nuestra discrepancia con el leninismo se halla en otro punto. El antídoto contra el espontaneísmo está, sí, en la ciencia revolucionaria; pero no, como Lenin supone, en el portador de la ciencia revolucionaria, esto es, en el intelectual. Estamos convencidos de que la clase obrera necesita asumir la *experiencia condensada* de la teoría. Sin esta asimilación, no es posible dar al traste con el espontaneísmo y la sujeción permanente al sistema capitalista. Pero lo que no es necesario es que, en nombre de la lucha contra el espontaneísmo, los intelectuales, portadores de una teoría ausente en la clase obrera, acaben por convertirse en *el factor determinante del carácter, sentido y alcance del movimiento proletario*. Para que no ocurra esto, se requiere que la clase obrera (sus elementos más avanzados) se adueñen de la teoría. No que sean ex-obreros convertidos en intelectuales, sino que sean obreros conscientes (*o intelectuales obreros*). La tesis de la *exportación de la conciencia* tiene remodelarse, a nuestro entender, en el sentido de que no debe ser una *exportación extraclasista* (de los *intelectuales* a los obreros) sino una *exportación intraclasista* (de los obreros avanzados a los obreros atrasados). La clase obrera no puede confiar en los intelectuales en general (aunque se digan profundamente revolucionarios) sino en *sus* intelectuales. La *exportación intraclasista* (de los elementos avanzados de la clase a los atrasados) no debe tener el carácter vanguardista de creer que la línea educativa va sólo de los primeros a los segundos, sino que debe contemplar la necesidad del movimiento, inverso: los maestros deben ser educados. En este contexto ¿qué papel estaría reservado a los intelectuales revolucionarios? Creemos que el intelectual verdaderamente revolucionario sería aquel que coadyuva a la formación de obreros intelectualizados, de obreros que, sin dejar de ser trabajadores manuales²⁵ se conviertan simultáneamente en trabajadores intelectuales. El intelectual verdaderamente revolucionario no "tira línea" sino exporta medios *intelectuales* de producción. Su interés primordial no es que los obreros piensen y actúen como él desea que lo hagan, sino que piensen y actúen de acuerdo con su cabeza y voluntad. El intelectual verdaderamente revolucionario participa en la formación de los elementos avanzados de la clase obrera y los

²⁵ O de elementos de extracción obrera que, aunque estén desligados de la producción (por conveniencias técnicas o políticas) se encuentren maniatados respecto a realizar una política intelectualista por el *control obrero* y por la adopción de una teoría social que denuncia a los intelectuales como *clase social* con tendencia a sustantivarse y exigir su dictadura "socialista" sobre los trabajadores manuales.

campesinos con la finalidad de que dichas capas de la clase trabajadora manual puedan en un momento dado *prescindir de él*. b) Lenin no puede advertir la *razón de fondo* del carácter *negativo* del intelectual. Lenin dice que con mucha frecuencia los intelectuales dentro del partido son oportunistas, individualistas, refractarios a la disciplina, llorones, etcétera. Pero no nos parece clara la razón por la cual, de acuerdo con él, actúan de ese modo. El revolucionario ruso, basándose en Kautsky, habla de una psicología social propia de los intelectuales y diferenciada de la de los obreros. Pero, en esta psicología, que es una psicología superficial y descriptiva —lo cual no significa que sea falsa—, se habla más de los efectos que de las causas: no se detectan en realidad las condiciones de posibilidad del modo de pensar y actuar de los intelectuales. ¿Por qué los intelectuales, a diferencia de los obreros, son individualistas? ¿Por qué luchan, no por medio de la fuerza, sino de los argumentos? La razón de ello no es, como opina el binarismo leninista, porque los intelectuales son pequeño-burgueses. Decir tal cosa es hacer una homología de carácter analógico: *homología* porque se confunden en un todo a los dueños en pequeño de los medios *materiales* de producción y los monopolizadores de los medios *intelectuales* de ella; de *carácter analógico* porque se amalgaman en un concepto ambos sectores sociales en virtud de que tienen semejanzas entre sí: están, por ejemplo, a distancia tanto de la gran burguesía como de la clase obrera. La analogía puede ser rastreada incluso en el individualismo que caracteriza tanto al pequeño-burgués cuanto al intelectual; pero el método analógico no hace otra cosa que enredarlo todo. En realidad, la pequeña burguesía y la intelectualidad no están ubicadas en el mismo sitio en la tópica de las clases: la pequeña burguesía es el sector más desvalido y a punto de proletarizarse de la clase burguesa. La intelectualidad es la parte superior del *frente laboral* (asalariado) y, si extendemos el concepto de clase social hasta abarcar no sólo a los dueños de medios *materiales* de producción, sino también a los detentadores de los medios *intelectuales* de ella, es la *clase media* de la sociedad capitalista. La forma, por otro lado, en que pequeña-burguesía y la intelectualidad son individualistas es asimismo diversa. El individualismo pequeño-burgués se deriva de la propiedad, en pequeño, de ciertos medios *materiales* de producción. El individualismo intelectual se genera a partir de la posesión de las condiciones *intelectuales* de producción. Kautsky se acerca al problema cuando dice que las "*armas* (de los intelectuales) son sus conocimientos personales", etcétera; pero esto no es, en él, más que una frase suelta, una expresión brillante o una metáfora, no una teoría. Volviendo a nuestro tema, se precisa subrayar que *la limitación esencial de la teoría leninista del partido es la reiteración de*

una concepción clasista esquemática (o sea el binarismo), la ausencia de una teoría rigurosa acerca de los intelectuales y, en consecuencia con ambos elementos, el hecho de no sospechar que la intelectualidad constituye una clase social diferenciada (aunque en sentido apropiativo intelectual).

Si releemos el discurso leninista de los intelectuales a la luz del concepto de la *clase intelectual* —y en especial del sector *para sí* de la misma—, advertimos las limitaciones del planteamiento de Lenin, comprendemos los resultados históricos de un partido que se define paradójicamente como intelectual en un sentido y antintelectual en otro y advertimos cuál es el camino que se requiere emprender para soslayar los peligros intelectualistas que Lenin vislumbraba, sin caer en el espontaneísmo antintelectualista que él denunciaba también tan infatigablemente. En *Las limitaciones del planteamiento de Lenin*: el autor de *¿Por dónde empezar?* y de *¿Qué hacer?* cae en cuenta de que el antídoto contra el espontaneísmo y el economicismo — como luchas burguesas de la clase obrera — es la *lucha teórica*. Y le asiste la razón. Pero ¿en quién encarna, dentro del capitalismo, la teoría? No es, en general, en los obreros y campesinos. Los trabajadores manuales se hallan desprovistos no sólo de medios *materiales* de producción sino también de *teoría*. Una vez que plantea Lenin la necesidad de la *teoría* para la lucha emancipatoria de la clase obrera, denuncia, a partir de *Un paso adelante, dos pasos atrás*, las actitudes oportunistas, vacilantes, individualistas de los intelectuales. Pero su denuncia nos parece decididamente endeble e insatisfactoria, porque dichas actitudes no son un problema de intelectuales aislados, sino de individuos pertenecientes a una clase diferenciada, en sentido estructural, en la sociedad capitalista. Digámoslo de este modo: aun suponiendo que un intelectual "pequeño-burgués e individualista" actuara, de acuerdo con los patrones leninistas, de manera "comprometida" y "disciplinada", "proletaria" y "comunista", no dejaría de ser, a nuestro modo de ver las cosas, un individuo perteneciente al *sector histórico* de la clase intelectual. Aún más: sería un espléndido militante de los intereses de la clase intelectual en ascenso. Para dejar de actuar como miembro de la clase intelectual, un "teórico" debe, en primer lugar, reconocer la existencia de una clase intelectual, en segundo lugar, adscribirse estructuralmente a dicha clase, y en tercer lugar, luchar teórica y prácticamente por desclasarse, por convertirse en un elemento de la fracción de intelectuales *subordinada realmente* a la clase obrera y los campesinos. Las limitaciones del planteamiento de Lenin se vuelven elocuentes cuando él considera a los intelectuales bolcheviques, él incluido, no como individuos pertenecientes a la clase intelectual, sino como individuos que se

han identificado de tal modo con los intereses del proletariado, que pueden y deben denunciar las vacilaciones de los intelectuales "oportunistas y pequeño-burgueses". 2. *Los resultados históricos de un partido que se define paradójicamente como intelectual en un sentido y antintelectual en otro.* ¿Por qué el partido bolchevique, que se autodefinía como depositario, en el nivel de la teoría, de los intereses de la clase obrera, y en el nivel práctico y organizativo, como el sector de vanguardia del proletariado — poseyendo entre sus líneas de acción la de someter "la petulancia y el individualismo de los intelectuales"— no logró crear el socialismo? Una de las razones esenciales de ello, nos parece, es la siguiente: el partido de Lenin, creado en la convicción de que, para gestar el socialismo, era necesario *socializar los medios de producción*, no adquirió nunca el mismo convencimiento de que se requería, de manera simultánea a dicho proceso de colectivización, e incluso antes, *sentar las premisas e iniciar el proceso de la subversión de la división del trabajo*. En el mejor de los casos, el Partido Bolchevique supuso que la socialización económica era la *premis*a para una subversión cultural posterior. Se requería, por consiguiente, dar término, en primer lugar, al proceso global de "socialización" (estatización de los medios de producción industriales, de la banca, del comercio exterior e interior y colectivización agrícola) para después, y sólo después, plantearse tareas destinadas a dismantelar poco a poco la tradicional división del trabajo. Reparemos, sin embargo, en lo siguiente: el *gradualismo social* contenido en la posición descrita —revolución económica primero y, una vez terminada en lo esencial ésta, transformación cultural— es la *ideología de la clase intelectual en ascenso*. Si se "socializa" la propiedad material y se conserva la división del trabajo (o se promete para un futuro nebuloso la revolución de ésta), se producen las siguientes consecuencias: a) desde el punto de vista jurídico "desaparece" la propiedad privada; pero en la realidad social se evidencia que una clase dominante (la *clase intelectual*) refuncionaliza, bajo la forma del *control usufructuario* de los medios productivos, la propiedad privatizada. No como propiedad privada individual, sino como *propiedad privada colectiva o propiedad de clase*, según la expresión de B. Rizzi. b) Una revolución económica sin revolución cultural perjudica a dos clases y beneficia a una. *Perjudica*, en primer término, al capitalismo privado. Es una revolución anticapitalista, en función de la cual los futuros beneficiarios de una división del trabajo salvaguardada, buscan aliarse con el trabajo físico (obreros y campesinos) para abrirse el camino hacia el poder. *Perjudica*, en segundo lugar, a los trabajadores manuales. Los margina del poder económico, político y social. Los arroja a una *nueva forma* de esclavitud

asalariada. Los controla férreamente por medio de la ideología y la represión. *Beneficia*, finalmente, a la clase intelectual en su conjunto y a su cúspide tecnoburocrática en particular. c) Un régimen que ha perjudicado a dos clases y beneficiado a una, muestra una tendencia a reproducirse constantemente. *La clase intelectual en el poder no va a encabezar un proceso de subversión de la división del trabajo porque no es, como ninguna clase dominante, una clase suicida.* Una nueva forma de socialismo utópico se está incubando en nuestros días: se trata de la manera de pensar y actuar de quienes esperan de los burócratas o tecnócratas de los países autoproclamados oficialmente como socialistas que pongan en marcha, desde la cúpula, un proceso democrático —lo que podríamos llamar una *democracia proletario-manual*— que dé al traste con el autoritarismo tecnoburocrático y genere la libre asociación de los productores y la revolución cultural. La tendencia del modo de producción intelectual (MPI) a reproducirse no es un accidente. Responde, por lo contrario, a este hecho significativo: la dictadura de los dueños de los medios *materiales* de la producción, ha sido sustituida por la dictadura de los dueños de los medios *intelectuales* de la producción o, si se quiere, por la dictadura de los "dueños" colectivos de los medios *materiales* de la producción determinada por el hecho de ser dueños de los medios *intelectuales* de la producción. Si no se prevén estas tres consecuencias, la revolución social anticapitalista deviene necesariamente en revolución *proletario-intelectual*. Si no se denuncian dichas consecuencias, el partido revolucionario opera, independientemente de su conciencia, como el *partido de la clase intelectual en ascenso*. Este partido del *sector histórico* de la *clase intelectual* puede combatir los devaneos, la indisciplina o el "oportunismo pequeño-burgués" de los intelectuales *sin dejar de ser intelectual*. Aún más. Una de las formas esenciales de cumplir a cabalidad los intereses de la clase intelectual —esto es la finalidad de sustantivarse, de llegar al poder— es "poner a raya" a ciertos intelectuales que no luchan abnegada y pacientemente, disciplinada y heroicamente por un régimen socialista de nombre pero intelectual de hecho. 3. *¿Cuál es el camino que se requiere emprender para soslayar los peligros intelectualistas sin caer en el espontaneísmo antintelectualista?* Antes de responder a esta pregunta, conviene tener presente que los bolcheviques, dirigidos por Lenin, constituyen un *partido destructor*. El embate leninista contra el economicismo y el espontaneísmo mostró, en la práctica, su eficacia destructiva y desmanteladora del poder capitalista. Y no podemos dudar de que uno de los elementos que coadyuvan a tal eficacia es la lucha permanente de Lenin contra los "aspectos negativos" de los intelectuales dentro del partido. Los llamados

incesantes a la disciplina, a la proletarización, a la superación del individualismo, terminaron por gestar una organización partidaria lo suficientemente cohesionada para poder operar como un ariete destructor. Pero si Lenin es el *destructor* del capitalismo no es el *constructor* del socialismo. La intelectualidad bolchevique fue sometida a una férrea disciplina no para crear el socialismo, sino para destruir el capitalismo. Si Lenin, en consecuencia, fue destructor del capitalismo pero no constructor del socialismo, ¿qué fue lo que, una vez destruido el régimen capitalista, colocó en su lugar? Sentó las bases del MPI. Toda corriente política revolucionaria que se adueñe de una teoría y una práctica *destruktiva*, pero que no asuma una teoría y una práctica *constructiva*, deviene instrumento gestador del MPI. Insistimos: todo partido que ponga el acento en la necesidad de socializar los medios de producción, pero que deje de lado (o relegue a un lejano futuro) la necesidad de subvertir la división del trabajo, se definirá, independientemente de sus deseos, como *partido-destrucción*, pero no *partido-construcción*. Si, tras la "revolución económica" representada por la estatización de las condiciones *materiales* de la producción, no se revoluciona la división del trabajo, se perpetúa el dominio clasista del trabajo intelectual sobre el trabajo manual, y se genera, bajo el disfraz oficial del socialismo, el MPI. El camino que debe seguirse para soslayar los peligros del intelectualismo (esto es, del *impulso histórico* de la clase intelectual a sustantivarse) no es otro que el reconocimiento expreso de la existencia, en el capitalismo, de una *clase intelectual* y de su tendencia a autoemanciparse (tras de dismantelar el poder burgués y sujetar férreamente a los obreros y campesinos); no es otro que crear un partido no sólo *destruktivo* (que se proponga, en la coyuntura adecuada, estatizar los medios *materiales* de la producción) sino *constructivo* (que tenga la finalidad, también en la coyuntura pertinente, de revolucionar la división del trabajo). El *partido destrucción-construcción* debe ser, por otro lado, un *laboratorio de comunismo*. Debe iniciar *anticipativamente* la *Revolución Articulada* a su interior, como también deben hacerlo las organizaciones de masas independientes que luchan por el socialismo. El comunismo —resultado de la articulación de diversas revoluciones— no es, no debe ser, únicamente un objetivo, sino un *modus vivendi*. Sólo podrán construir el comunismo las masas que, además de luchar por el comunismo, vivan —en el capitalismo o en el MPI— de acuerdo con una regla de vida comunista. Vivir de acuerdo con una regla de vida comunista significa asumir, con las restricciones de toda anticipación, la *Revolución Articulada* que conducirá al comunismo. En este sentido, por

consiguiente, el partido destrucción-construcción *es un laboratorio*; un laboratorio no del **MPI**, sino del comunismo.

I. *El estado y la revolución de Lenin*

Comentemos otros pronunciamientos de Lenin que tienen que ver con la necesidad, en el régimen posrevolucionario, de combatir la perpetuación de la división del trabajo y de los privilegios que ésta trae consigo al funcionariado estatal. Dice Lenin en *El Estado y la revolución* (escrita en agosto de 1917): "es singularmente notable una de las medidas decretadas por la Comuna, que Marx subraya: la abolición de todos los gastos de representación, de todos los privilegios pecuniarios de los funcionarios, la reducción de los sueldos de *todos* (el subrayado es de Lenin, EGR) los funcionarios del Estado al nivel del '*salario de un obrero*' ...".²⁶ Combatir los elevados emolumentos de los burócratas no significa, desde luego, dar al traste con la burocracia, ni mucho menos revolucionar la división del trabajo; pero puede ser un elemento que, al producir una cierta descomposición de la sociedad jerarquizada, dé a luz efectos democráticos. Luchar contra los altos sueldos del funcionariado es pugnar contra las consecuencias y no las causas de la división del trabajo. Los elevados ingresos de los burócratas no son la causa de la división del trabajo, sino que la división del trabajo es, en toda sociedad de clases, la causa de dichos privilegios económicos. Eliminar, además, las ventajas salariales de los funcionarios, no significa anular sus privilegios políticos. Una burocracia remunerada sólo con "el salario de un obrero", sigue concentrando el poder de muchos en unos cuantos "representantes" (como los capitalistas concentran el producto del trabajo colectivo en unas cuantas manos). Si tomamos en cuenta, por otro lado, que el ejercicio reiterado del poder engendra intereses, seguramente la burocracia (despojada de sus elevados ingresos por el ascenso de la lucha popular), esperará el momento oportuno para volver a la ofensiva y para reconquistar, echando mano de sus privilegios políticos, la "canasta" de sus ventajas económicas perdidas. Lenin continúa: "Aquí (en la disminución de los ingresos del funcionariado, EGR) es precisamente donde se expresa de un modo más evidente el *viraje* de la democracia burguesa a la democracia proletaria..., del Estado como "*fuerza especial*" para la represión de una determinada clase a la represión de los opresores por la *fuerza conjunta* de la mayoría del pueblo, de los

²⁶ V.I. Lenin, "El Estado y la Revolución", en *Obras Escogidas* en dos tomos, T. II, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú, 1048, p. 206.

obreros y campesinos".²⁷

La división del trabajo se manifiesta *vertical* y *horizontalmente*. La manifestación *vertical* de la división del trabajo es el desdoblamiento del trabajo en intelectual y físico. La manifestación *horizontal* es el desglosamiento, en el seno del trabajo intelectual o en el seno del trabajo manual, de distintas ocupaciones. La burocracia es el producto, primeramente, de la división *vertical* del trabajo. La condición posibilitante para ejercer la función de burócrata-funcionario es que el individuo en cuestión sea un intelectual.²⁸ La burocracia es el resultado, en segundo lugar, de la división *horizontal* del trabajo, en especial de la división *horizontal* del trabajo intelectual.²⁹ Los burócratas se distinguen como un estrato especial de la clase intelectual —el sector político-estatal de dicha clase— diferenciado de otros segmentos de la intelectualidad como son los técnicos, los científicos, los artistas, los filósofos, los maestros, etcétera. La división del trabajo concentra medios *intelectuales* de producción en un polo y despoja o impide el acceso de ellos en el otro polo. La división *vertical* del trabajo, unida a la división *horizontal* de ella, son la causa esencial de que los burócratas posean privilegios económicos (salariales) y privilegios políticos (monopolio del poder). Los burócratas-funcionarios disfrutan de ambos privilegios porque, de acuerdo con la división *vertical* del trabajo, detentan un caudal de conocimientos que los diferencian de la masa ignorante (que, por definición está excluida del funcionariado) y, de acuerdo con la división *horizontal* del trabajo intelectual, se adueñan del Estado como su propiedad privada. Si se combaten los privilegios económicos de los burócratas, y no los políticos, si se combaten sus salarios de excepción y no la división del trabajo, no se realiza, como pretende Lenin, el *viraje* que conduce de la democracia burguesa a la democracia proletaria, sino que se lleva a cabo el tránsito de la democracia burguesa a la *democracia intelectual*, porque se deja intacta, en su esencia, la sociedad jerarquizada (aunque haya desaparecido la propiedad privada de

²⁷ *Ibid.*, p. 206.

²⁸ Antonio Gramsci hace notar que "Con Hegel se empieza a dejar de pensar según las castas o `estamentos' para pensar según el `Estado', cuya `aristocracia' son precisamente los intelectuales" (Antonio Gramsci, *Antología*, S. XXI, 1970, p. 318).

²⁹ Como en la burocracia podemos distinguir una alta burocracia (intelectual) y una baja burocracia (manual o intelectual simple), la burocracia en su conjunto es resultado de la división *horizontal* de todo el trabajo.

las condiciones materiales de la producción) y, con ella, el predominio de los intelectuales sobre los manuales. Es cierto que se trataría de una democracia intelectual *austera* (o, si se quiere, plebeya) , ya que la intelectualidad burocrática de la cúspide estaría castigada transitoriamente desde el punto de vista de sus ingresos; pero mientras no se inicie el proceso global del desmantelamiento del poder de la clase intelectual, los burócratas con poder decisorio podrán restablecer sus privilegios económicos y hasta recaudar, como en los países "socialistas" de hoy en día, la *plusvalía social planificada*. La *reducción de los salarios* de los representantes populares no puede ser, por consiguiente, sino una medida, junto con otras, destinada a la subversión de la división del trabajo. Tiene, desde luego, gran importancia. Atenta contra la reproducción simple y ampliada del estrato burocrático de la clase intelectual, en virtud de que sustrae parte del ingreso de los burócratas el *fondo de preparación privilegiado* para educar a sus hijos. Fondo de preparación que, a diferencia del capitalismo, no se destinará a pagar simultáneamente los gastos de educación y la manutención del educando, sino que, en el supuesto caso de que la educación sea "gratuita", se canalizará a mantener (o sustraer del trabajo físico) a los estudiantes hijos de la clase intelectual. Para ingresar a la escuela media y superior hará falta no dinero sino "palancas". Y los burócratas, a diferencia de los obreros y campesinos, son, en el MPI, los monopolizadores de las influencias. Continúa Lenin: "La cultura capitalista ha *creado* la gran producción, fábricas, ferrocarriles, el correo, el teléfono, etcétera, y *sobre esta base*, una enorme mayoría de las funciones del antiguo 'Poder del Estado' se han simplificado tanto y pueden reducirse a operaciones tan sencillísimas de registro, contabilidad y control, que estas funciones son totalmente asequibles a todos los que saben leer y escribir, que pueden ejecutarse en absoluto por el 'salario corriente de un obrero', que se las puede (y se las debe) despojar de toda sombra de algo privilegiado y 'jerárquico'".³⁰ Y más adelante: "Registro y control: he aquí lo *principal*, lo que hace falta para poner en marcha y para que funcione bien la *primera fase* de la sociedad comunista. Aquí, todos los ciudadanos se convierten en empleados a sueldo del Estado, que no es otra cosa que los obreros armados. *Todos* los ciudadanos pasan a ser empleados obreros de un solo 'consorcio' de todo el pueblo, del Estado. De lo que se trata es de que trabajen por igual, de que guarden bien la medida de su trabajo y de que ganen igual salario. El capitalismo ha simplificado extraordinariamente el registro de esto, el control sobre esto, lo ha reducido a operaciones extre-

³⁰ V.I. Lenin, *op. cit.*, p. 207.

madamente simples de inspección y anotación accesibles a cualquiera que sepa leer y escribir y para las cuales basta con conocer las cuatro reglas aritméticas y con extender los recibos correspondientes".³¹ Cuando Lenin hace notar que, en el régimen socialista, los ciudadanos se convertirán "en empleados a sueldo del Estado, que no es otra cosa que los obreros armados" confunde los *agentes* de la revolución (la clase empírico-decisiva del proceso de cambio) con los *beneficiarios* de la misma. Los obreros armados serán, sí, la condición necesaria para derrotar al capitalismo; pero el Estado emanado de este enfrentamiento victorioso con la burguesía no se puede identificar sin más con su soporte material (los obreros y campesinos), porque lejos de ser controlado por las masas populares —control que implicaría, entre otras cosas, la salvaguarda, consolidación y extensión de sus organizaciones independientes—, cae bajo el dominio de los intelectuales. En el MPI —que es, en realidad, el régimen que surge *necesariamente* tras una revolución social de carácter leninista—, se puede y debe hablar de burocracia en dos sentidos: en *sentido lato*, la burocracia alude a todos los funcionarios, técnicos, administradores, científicos, ideólogos, etcétera, empleados por el "consorcio" colectivo del Estado. En esta acepción del término, la burocracia es una clase, una clase que agrupa a todos los que *no son* trabajadores manuales. Es un significado de la expresión en que se identifican, por consiguiente, burocracia y clase intelectual. En *sentido estricto*, la burocracia (o la tecnoburocracia) es el sector político-estatal de la *intelligentsia* que lleva las riendas del poder. Se trata de esa *nomenklatura*, con poder decisorio, que describe tan minuciosamente Voslensky. La burocracia en sentido estricto está integrada por el funcionariado dirigente de la cuestión pública. Es claro que estos funcionarios, que constituyen la cúpula del poder, necesitan una serie de burócratas, de diferente jerarquía, cuya tarea esencial es ejecutar los designios de los mandatarios. En este sentido, en el Estado —o sea en el sector hegemónico, de carácter burocrático o tecnoburocrático, de la clase intelectual en el poder— se puede discernir, como hemos visto, dos tipos de burócratas: la *alta burocracia* (formada por trabajadores intelectuales) y la *baja burocracia* (constituida por trabajadores manuales o intelectuales

³¹ *Ibid.*, p. 260.

simples).³² Cuando Lenin afirma que el capitalismo ha simplificado tanto las funciones del Estado (reduciéndolas a sencillísimas operaciones de registro, contabilidad y control) que "son totalmente asequibles a todos los que saben leer y escribir"; cuando subraya que el régimen capitalista ha simplificado de tal modo las operaciones estatales (convirtiéndolas en operaciones simples de inspección y anotación) que resultan "accesibles a cualquiera que sepa leer y escribir y para las cuales basta con conocer las cuatro reglas aritméticas", no puede estarse refiriendo sino a los burócratas menores, ejecutantes de las decisiones de la cúpula; pero no es posible identificar en dicha categoría a la alta burocracia. Tanto el Estado moderno capitalista cuanto el "socialista", requieren en su centro dirigente, funcionarios altamente capacitados: economistas, ideólogos, administradores, técnicos en diferentes campos, militares de alto rango, etcétera. Es cierto que los burócratas menores —aunque no los intermedios— con sólo leer y escribir, con sólo conocer las cuatro operaciones aritméticas, pueden cumplir satisfactoriamente las labores de registro, control, contabilidad e inspección exigidas por los burócratas de la cúspide o los burócratas intermedios para determinar la reproducción social del sistema. Pero *si el capitalismo ha simplificado las operaciones para llevar a cabo las actividades de la baja burocracia, ha complicado las necesarias para realizar las funciones de la alta burocracia. Y eso ha sido no sólo heredado por el MPI, sino corregido y aumentado, dada la centralización estatal extrema que caracteriza a este régimen. El Estado es entonces, una fortaleza que sólo puede conquistar la intelligentsia, los dueños —y en un grado alto de especialización— de los medios intelectuales de la producción. Lenin habla de pagar a los burócratas (incluyendo entre éstos a la alta jerarquía) el salario de un obrero. Pero nuestro político no toma en cuenta en este discurso teórico —lo que tendrá que rectificar después en la práctica —la necesidad de pagar altos salarios a técnicos, administradores, etcétera, para que colaboren con el régimen y "ayuden a la construcción del socialismo". El régimen instaurado por Lenin, cobijará además esta violación a las ideas precedentes de su líder, con la reafirmación del principio marxista de que, en la primera fase del comunismo, se retribuirá "a cada quien según su trabajo", lo cual*

³² Creemos indispensable no confundir a los burócratas menores del Estado en sentido estricto (cuya tarea consiste en ejecutar las decisiones de los burócratas mayores) con otros elementos de la clase intelectual (artistas, maestros, hombres de ciencia, etcétera) que, aunque son burócratas en el sentido amplio del término (y constituyen también parte del Estado en la acepción amplia del concepto), no tienen una función directamente gubernamental y pueden ser considerados como marginados del aparato estatal hegemónico.

significa que si a los burócratas menores se les pagará —en un principio al menos— un salario o sueldo similar o casi similar a los obreros —dado que no poseen una calificación laboral demasiado diferente a la de estos últimos—, a los burócratas mayores —lo cual se hizo evidente después de un cierto período de austeridad— se les destinarán emolumentos que corresponden al "valor" de una fuerza de trabajo calificada y se les acabará por bonificar con parte de la *plusvalía social planificada* (PSP). Dice en otra parte Lenin: "Los obreros, después de conquistar el Poder político, destruirán el viejo aparato burocrático, lo desmontarán hasta sus cimientos, no dejarán de él piedra sobre piedra, lo sustituirán por otro nuevo, formado por los mismos obreros y empleados, contra cuya transformación en burócratas serán tomadas inmediatamente las medidas analizadas con todo detalle por Marx y Engels: 1) No sólo elegibilidad, sino amovilidad en todo momento; 2) sueldo no superior al salario de un obrero; 3) se pasará inmediatamente a que *todos* desempeñen funciones de control y de inspección, a que *todos* sean "burócratas" durante algún tiempo, para que, de este modo, *nadie* pueda convertirse en 'burócrata'.³³ Lenin es partidario, como se advierte, no de la "conquista" del Estado burgués, no de la supuesta transformación paulatina, mediante la "guerra de posiciones", del color del Estado capitalista, sino de la destrucción "del viejo aparato burocrático", y de la sustitución de este por un Estado "de obreros y empleados" contra cuya burocratización serán tomadas las tres medidas ya formuladas por Marx y Engels. No cabe duda de que Lenin, unos meses antes de la toma del poder por los bolcheviques y unos días antes de la elaboración de las *Tesis de abril*, sostiene una nítida concepción antiburocrática en *El Estado y la Revolución*. Pero ¿qué ocurrió tras la toma del poder? Que en la Unión Soviética no se pudieron, por las razones que se quiera, implantar las "tres medidas antiburocráticas" preconizadas por Marx y Engels y reformuladas apasionadamente por Lenin. ¿A qué atribuir tal cosa? ¿Por qué no pudieron ser implantadas dichas medidas y, consecuentemente con ello, por qué no fue dable evitar la burocratización estatal? ¿Por qué la burocratización creciente del Estado y el partido, fenómeno claramente perceptible en vida de Lenin, no pudo ser atajada por un partido y un dirigente que, al parecer, tenían ideas claras de cómo combatir la degeneración burocrática? Vayamos por partes. La primera medida —la de la elegibilidad y amovilidad de los representantes— no se realizó, o acabó por hacerse a un lado, porque *el poder popular fue desmantelado*. Y lo fue por partes: los soviets (Kronstadt), los sindicatos (Oposición Obrera), el movimiento campesino

³³ *Ibid.*, p. 271.

(Majno), etcétera. No puede haber elegibilidad y amovilidad *redes* sin autogestión, sin asociación libre. Pero situémonos en el mejor de los casos: supongamos que la organización autónoma del pueblo no hubiera sido desarticulada, o lo hubiera sido después de un largo periodo histórico que mostrara sus excelencias, ¿qué carácter hubieran asumido la elegibilidad irrestricta y la amovilidad en todo momento? Serían, nos parece, la cristalización de una *democracia formal* o, si se quiere, de una *democracia todavía formal*, porque se basaría en el principio de la *representación* y no en el de la *subversión paulatina y planificada de la división del trabajo*. Si las masas populares eligen "*democráticamente*" a sus delegados, pero no están insertas en un proceso *permanente* de revolución cultural, su ejercicio del derecho de elegir, de abajo arriba a sus representantes, será siempre más o menos engañoso: susceptibles a la manipulación como se encuentran o conscientes de la ausencia de conocimientos que los caracteriza, escogerán, en términos generales, a aquellos elementos —desde luego anticapitalistas— que han luchado "hombro con hombro" con ellos y que se autoconsideran y proclaman como individuos que se han identificado plenamente con los intereses del pueblo. ¿Quiénes son éstos? Los *intelectuales*. Los intelectuales "*revolucionarios*" o "*marxistas*" o *marxistas-leninistas*. Frente a esta *democracia todavía formal* —y que le viene como anillo al dedo al sector *para sí* de la clase intelectual—, se yergue la posibilidad de la *democracia real*, la cual no puede ser sino *democracia manual*, esto es, una *democracia* que no se limita a postular la *democracia "real"* (de carácter *intelectual*) frente a la *democracia formal* de la burguesía, sino que afirma la *democracia real* (de carácter *manual*) frente a la *democracia formal* de la clase intelectual. La puesta en marcha de una *democracia manual* implica, entre otras cosas, como se comprende, la toma de conciencia por parte de las organizaciones *autónomas* de masas de la existencia, el carácter y el destino histórico de una clase intelectual. La *democracia* de los intelectuales es, pues, *democracia real* frente a los burgueses y *democracia formal* frente a los obreros. Esta *democracia* resulta, frente a los obreros y campesinos, una *democracia demagónica* porque haría emanar de la "decisión" de las masas organizadas "independientemente" de la burguesía —aunque no, repárese en ello, de la clase intelectual— la elección de los delegados, delegados que serían en lo fundamental intelectuales o exobreros (trabajadores manuales manipulables o manipulados) . Se trataría de un régimen al que habría que calificar no de *dictadura abierta de la clase intelectual* sino de *dictadura encubierta de la misma clase* o, si se prefiere, de *democracia intelectual*, en el mismo sentido y por semejantes razones en que se puede hablar de la diferencia entre la *dictadura burguesa* y la *democracia*

burguesa. La *democracia intelectual* tiene como su esencia, desde luego, ser una dictadura (velada) de la clase intelectual, como el *contenido* de la democracia burguesa consiste en ser la dictadura (disfrazada) de la clase capitalista. En la URSS, la democracia intelectual (la autogestión formal, la representatividad "democrática") fue de corta vida. Pronto se pasó a la dictadura franca de la clase intelectual y su cúpula burocrática. La diferencia entre la *democracia intelectual* y la *dictadura intelectual* estriba en que mientras la primera "elige" a sus dominadores, la segunda simple y llanamente los impone. En este punto conviene detenerse un momento en los teóricos habituales del consejismo y la autogestión. No son, en realidad, enemigos del MPI, sino de las formas dictatoriales del mismo. Son los impulsores de la democracia formal de los intelectuales. Combaten, sí, la democracia burguesa. Denuncian, qué duda cabe, la dictadura (franca) de los burócratas. Sueñan con una democracia autogestiva, organizada de abajo arriba, que dé al traste con la burocracia convertida en clase. En realidad, por no renunciar al carácter *formal* de su concepción de la democracia, por resistirse a subvertir la división del trabajo *en* los consejos, por no unificar en un todo el consejismo autogestionario y la revolución cultural, son los promotores del ascenso al poder de *la tecnocracia*. Son antiburocráticos. Asientan: *todo el poder, nuevamente, a los soviets*. Pero no aclaran que los soviets —en el caso de poder ser reestructurados— conllevan la división del trabajo y, con ella, el contraste entre el trabajo intelectual (que opera al seno de los consejos como *vanguardia solapada*) y el trabajo manual. Son, pues defensores —el grado de conciencia con que se haga tal cosa no importa— de la *tecnocracia* y de la *democracia intelectual*. Lenin en sus mejores momentos, en sus momentos más libertarios y marxistas, es un defensor de la *democracia intelectual*. En sus peores instantes es un promotor —arrastrado, a no dudarlo, por los acontecimientos— de la dictadura, supuestamente socialista, de los intelectuales sobre los obreros y los campesinos. Si Lenin oscila, pues, entre la democracia intelectual y la dictadura intelectual, Stalin, mediante un proceso de lucha interna que equivale a un golpe de Estado, disipa todo "devaneo" democrático-intelectual para erigir la más franca, aterradora y criminal dictadura "socialista" de la clase intelectual y su cúspide tecnoburocrática sobre el trabajo manual. La segunda medida (pagar a *todos* los burócratas el salario medio de un obrero) tampoco se pudo llevar a cabo, o el intento primigenio de hacerlo terminó en un rotundo fracaso, debido a razones económicas y políticas. Las primeras se orientan en el sentido de que si el trabajo manual o intelectual simple de la *baja burocracia* (secretarías, ejecutores de todo tipo, empleados de baja jerarquía, etcétera) es sustituible con relativa facilidad, el trabajo complejo de *la*

alta burocracia no lo es. Ni siquiera, tómesese en cuenta tal cosa, se pudo prescindir de burócratas altos, medianos y hasta bajos del antiguo régimen. Las segundas se orientan en el sentido de que era necesario pagar altos salarios y sueldos a los técnicos, burócratas, hombres de ciencia para no convertirlos en enemigos del régimen. En una palabra, para *asimilarlos*. Pero cabe esta pregunta: ¿el régimen obrero-campesino "asimiló" a los intelectuales o los intelectuales asimilaron al régimen obrero-campesino"? El *aparato burocrático-burgués* fue destruido sin lugar a dudas. Pero en su lugar se colocó, no la dictadura del proletariado (del proletariado *manual*) sino el *aparato burocrático-intelectual*. En este contexto, la divisa de "a cada quien según su trabajo" que, de acuerdo con el Marx de *La Crítica al Programa de Cotiza* y con el Lenin de *El Estado y la revolución*, es la divisa del régimen de transición, se trueca, de hecho, en la divisa del MPI. Y no sólo eso sino en el trampolín para que la clase intelectual en el poder transite de la etapa *austera a la etapa lucrativa*, de la fase en que los intelectuales obtienen ingresos mayores (porque su fuerza de trabajo *vale* más que la media) al estadio en que usufructúan la plusvalía social planificada (porque han consolidado su *control usufructuario* sobre las condiciones *materiales* de la producción). La tercera medida —la sustitución del aparato burocrático-burgués de un funcionariado de especialistas por un Estado en que *todos* desempeñen funciones de control e inspección— tampoco pudo ser realizado en virtud de que el Partido Bolchevique, al ser consciente de que las funciones burocráticas decisivas no podían ser encarnadas por los obreros y campesinos (ya que la práctica posrevolucionaria desmintió desoladoramente la pretendida simplificación de *todas* las funciones burocráticas), sustituyó sin más a los obreros, a los campesinos, al pueblo en general, por toda una jerarquía de burócratas. Las funciones de control e inspección por parte de la clase obrera sólo habrían sido posibles si se hubiera respetado la autogestión consejista, la organización autónoma del pueblo. Eso en lo que se refiere a la baja burocracia. Los obreros, los campesinos, todos los trabajadores manuales, estaban *necesariamente* marginados de la gestión estatal (de la alta burocracia) dada, además, su carencia de medios *intelectuales* de producción. Estando separados entonces, de la posibilidad de realizar tanto las funciones de la alta burocracia como de la baja, no podían fungir como "burócratas" para acabar por disolver el aparato burocrático. Las tesis antiburocráticas de Lenin se convirtieron, en la práctica, en su contrario: en la hipertrofia del aparato estatal hasta llegar a dimensiones totalitarias no conocidas antes en la historia.

¿Cuál es, consiguiente, la razón de fondo por la que las "tres medidas

antiburocráticas" de Lenin no pudieron llevarse a cabo? No es otra, a nuestro entender, que la *esencia* misma de la revolución emprendida por los bolcheviques o los chinos o los cubanos, etcétera. Esta revolución puede ser definida sin ambages como anticapitalista. Es una revolución hecha por los obreros, campesinos e intelectuales *contra* el capitalismo, contra la propiedad privada de los medios *materiales* de la producción. Pero el *frente anticapitalista* agrupaba a sectores cualitativamente diferenciados, lo que trajo consigo el hecho de que si la revolución fue realizada *por el* proletariado (en el sentido amplio de la expresión) fue usufructuada sólo por la parte superior del mismo, esto es, por su *vanguardia intelectual*. Se trata de una revolución, entonces, *proletario- intelectual*. Las "medidas antiburocráticas" de Lenin no pudieron ser implantadas porque contradecían —aunque no fueran al fondo del problema— la naturaleza de la revolución y el carácter del nuevo régimen. Encerradas en las tenazas de la esencia de la nueva formación social, todas las medidas ideadas por Lenin en sus últimos años de existencia —aumentar el número de obreros en la Dirección Partidaria, etcétera— se inscribían en esta lógica de hierro: eran medidas antiburocráticas emanadas de la burocracia y, por consiguiente, destinadas a paliar las cosas, a combatir los excesos, a ductilizar la maquinaria; pero no a subvertir la división del trabajo.

J. La crítica de Rosa Luxemburgo al partido leninista

En el texto *Problema de organización de la socialdemocracia rusa*, Rosa Luxemburgo critica no sólo la concepción de Lenin sobre el partido, sino también la noción leninista de los intelectuales dentro del partido. Tomemos en cuenta, en primer término, la acusación luxemburguista de que el Lenin de *Un paso adelante, dos pasos atrás*, esto es, el Lenin antimenchevique, constituye una reedición del blanquismo. Rosa Luxemburgo no ignora que Lenin no coincide del todo, desde luego, con la concepción conspirativa propia de Augusto Blanqui. "Para Lenin —escribe la socialista polaca—, la diferencia entre el socialismo democrático y el blanquismo se reduce al hecho de que hay un proletario organizado y provista de una conciencia de clase en lugar de un puñado de conjurados".³⁴ El blanquismo se distingue de la concepción bolchevique, arguye Rosa Luxemburgo, en que "no se plantea el problema de la acción inmediata de la clase obrera y por ello

³⁴ Rosa Luxemburgo, "Problemas de organización de la socialdemocracia rusa", en *Teoría marxista del partido político/2*, Ed. Cuadernos de Pasado y Presente, No. 12.

podía dejar de lado la organización de las masas".³⁵ La revolución era vista, por los blanquistas, como el resultado de una conjura. Ciertos individuos (revolucionarios profesionales) podían planear la forma de desarticular la vida orgánica del capitalismo y sentar las bases para la insurrección generalizada. Estos individuos, estos conspiradores, eran, o debían ser, no sólo revolucionarios sino intelectuales, de ahí que, para los blanquistas "la táctica, como también los objetivos concretos de la acción, ya que eran improvisadas libremenute a partir de la inspiración y sin contactos con el terreno de la lucha de clases elemental, podían ser fijados en sus detalles más pequeños y tomaba la forma de un plan predeterminado".³⁶ El intelectual revolucionario, el conjurado blanquista, es aquel que, por consiguiente, toma en cuenta, en un "plan determinado" —llevado a cabo al margen "de la lucha de clases elemental"—, la táctica y "los objetivos concretos de la acción" en sus detalles más pequeños. En contra de ello, Rosa Luxemburgo asienta, como buena socialdemócrata, que "la organización, los progresos de la conciencia y la lucha no son fases particulares, separadas mecánicamente en el tiempo, como en el movimiento blanquista, sino por el contrario son aspectos distintos de un mismo y único proceso".³⁷ Lenin no encarna, entonces, el blanquismo en su pureza, sino que es una *reedición socialdemócrata del blanquismo*. Es un blanquismo en que los "conjurados" no prescinden de las masas sino que las organizan, las moldean y, desde un Comité Central (ultracentralizado) las dirigen de manera autoritaria. En esta posición crítica de Rosa Luxemburgo aparece, a nuestro entender, un acierto: la sugerencia, implícita en su discurso, de que la lucha de la clase obrera no debe ser vista como si los intelectuales fueran la *forma* y el proletariado la *materia*, es decir, como si la ciencia revolucionaria fuera una *cualidad necesaria* del intelectual y sólo de él. Rosa Luxemburgo sugiere que no debe hacerse coincidir, como algo fatal, el *portador* de la teoría con la *teoría*. La lucha de clases puede llevar a la clase obrera —a ciertos estratos de ella— a adueñarse de la teoría, de la ciencia revolucionaria, y a prescindir de los intelectuales *separados* de la lucha de clases del proletariado. Pero la posición crítica de Rosa Luxemburgo conlleva, nos parece, un peligro: suponer que la *única* fuente de la teorización, de la programación política, reside en la práctica inmediata, en la lucha de clases del proletariado, en las experiencias cotidianas de su

³⁵ *Ibid.*

³⁶ *Ibid.*

³⁷ *Ibid.*

enfrentamiento con el capital. Acarrea el peligro de desdibujar la especificidad de la práctica teórica. Si políticamente es una posición que "puede" ser interpretada en sentido *espontaneísta*, filosóficamente es una concepción que "puede" ser interpretada en sentido *historicista*. Subrayemos, pues, las diferencias entre Lenin y Rosa Luxemburgo respecto a la forma en que conciben a los intelectuales revolucionarios. Para Lenin, el intelectual socialista, portador de la ciencia revolucionaria, es quien exporta la conciencia socialdemócrata a un proletariado que, por sus propias fuerzas, no podría acceder a ella. El mérito de esta posición estriba, a nuestro modo de ver las cosas, en reconocer, además del hecho histórico (comprobable en todo momento) de que la clase obrera se halla marginada en lo fundamental del monopolio de la teoría social (de los medios *intelectuales* de la producción), la autonomía relativa, la *especificidad* de la práctica teórica. La lucha de clases cotidiana arroja conocimientos imprescindibles. Esto es innegable. Sin la experiencia del enfrentamiento permanente de las clases, no es posible visualizar las vías de la emancipación obrera. Pero la teoría —como síntesis de una multiplicidad indeterminada de procesos histórico-concretos— tiene la posibilidad de ver más profundamente y con una mirada que abarca una mayor extensión. La limitación de la teoría leninista de los intelectuales —limitación en la que encarna su *naturaleza de clase*: ser la ideología de la clase intelectual en ascenso—, se advierte en el hecho de que, además de hallarse incapacitada para vislumbrar la existencia de la clase intelectual y su tendencia histórica a sustantivarse, cree que el camino más corto para la liberación del trabajo reside, no en poner el acento en la necesidad de coadyuvar a que los estratos más avanzados de la clase obrera se conviertan en *intelectuales* (intelectuales que no dejan de ser obreros), sino en poner a los intelectuales "burgueses" o "pequeño-burgueses" (de profesión, de fe socialista) "al servicio" de los obreros en lucha. Al no distinguirse, como dijimos, la ciencia revolucionaria de su portador, la teoría del intelectual marxista, los medios *intelectuales* de producción de la fuerza de trabajo determinada, se deja el campo abierto para *la revolución proletario-intelectual*.³⁸ La concepción luxemburguista de los intelectuales también presenta un mérito y una limitación. El mérito de ella —especie de propuesta frente a la limitación de la formulación leninista— estriba en que, aunque no advierte de manera consciente y reflexiva la existencia de una clase intelectual y su tendencia histórica a "sustituir" a la clase obrera y sus organizaciones autónomas, sí llega a esta conclusión *de manera instintiva*.

³⁸ Consúltese nuestro libro *La- revolución proletario-intelectual*, Editorial Diógenes, México, 1981.

Estamos tentados a escribir que el concepto de clase intelectual se halla "en estado práctico" en el discurso luxemburguista sobre la organización. Tan es así que el embate de Rosa Luxemburgo contra el blanquismo, el ultracentralismo o el vanguardismo no es sino el propósito de salvaguardar a la clase obrera de todos los usurpadores intelectuales. La limitación de la teoría luxemburguista de los intelectuales estriba en la subestimación³⁹ de las dificultades, la complejidad y la especificidad de la teoría. Dadas estas tres últimas características, no es posible suponer, como lo hay: Rosa Luxemburgo, que la conciencia de clase, en todos sus grados, sea producto de la lucha de clases cotidiana. Creer tal, cosa es, como dijimos, ser presa del *espontaneísmo* en política y del *historicismo* en filosofía. Lenin es, pues, más realista. Pero su realismo es, digámoslo así, un realismo *intelectual*. La teoría leninista del partido es la teoría del partido *destructor* del capitalismo. Rosa Luxemburgo es menos realista respecto a la lucha contra el capital. Si se hacen concesiones al espontaneísmo, por una parte, y —empujados por la necesidad de rehuir el peligro del sustituisimo intelectual— se contemporiza con el historicismo y el empirismo, la acción política de la clase obrera pierde en efectividad. La teoría luxemburguista de la organización es un vislumbre (vago ciertamente, pero indudable) del partido *constructor* del socialismo. En este sentido, si Lenin es más realista que Rosa Luxemburgo respecto a la *destrucción* del capitalismo, Rosa Luxemburgo es más realista que Lenin respecto a la *construcción* del socialismo.

Pero Rosa Luxemburgo se refiere a los intelectuales también en otro sentido. Rosa Luxemburgo escribe: "la exaltación de las facultades innatas de las que estarían provistos los proletarios en lo referente a la organización socialista, y la desconfianza ante los intelectuales (ambas tesis de Lenin), no son en sí mismas expresiones de una mentalidad *revolucionaria*; por el contrario, se podría demostrar fácilmente que estos argumentos se emparentan con el oportunismo".⁴⁰ Rosa Luxemburgo añade a continuación que el antagonismo entre los "elementos proletarios puros" y los "intelectuales no proletarios", al que se acoge Lenin, es la bandera bajo la cual se agrupan el semianarquismo de los sindicalistas franceses, el tradeunionismo inglés y el "economismo puro" de *Rabochaiá Misl*. Y continúa Rosa Luxemburgo: "Los fenómenos observados en la vida del socialismo alemán, francés o italiano, a

³⁹ No en su propia producción teórica sino en sus reflexiones sobre el papel de la teoría en la lucha de la clase obrera por el socialismo.

⁴⁰ Rosa Luxemburgo, *op. cit.*,

los que se refiere Lenin (el cual asocia el oportunismo con la actitud de los intelectuales), son producto de 'una base social bien determinada, es decir, del parlamentarismo burgués'.⁴¹ La razón de fondo del papel negativo de ciertos intelectuales en el seno de la socialdemocracia no es, para Rosa Luxemburgo, la *psicología social* de ellos (contrapuesta a la de los obreros), como quiere Lenin siguiendo a Kautsky, sino el hecho de hallarse enmarcados dentro del cretinismo parlamentario. De ahí que diga: "separando en las filas del partido socialista a los intelectuales de los obreros y colocándolos, en su condición de parlamentarios, en cierto modo por encima de los obreros, el parlamentarismo crea también un terreno' propicio para el desarrollo práctico de estas ilusiones".⁴² Y remata Rosa Luxemburgo sus ideas con las siguientes palabras: conviene explicar las tendencias intelectualistas "no como hace Lenin por el carácter desplazado del 'intelectual', sino por las necesidades 'del politiquero parlamentario burgués, no por la psicología del 'intelectual', sino por la política oportunista".⁴³ Aunque Rosa Luxemburgo subestima la importancia de la "psicología del intelectual", cree que la lucha parlamentaria desdobra el partido socialista en intelectuales (diputados al parlamento) y obreros. El problema no reside, por consiguiente, en los intelectuales, en su manera de ser y de vivir, sino en la poli-tica —en este caso: el oportunismo parlamentario— que adopta un partido. Rosa Luxemburgo no está en lo cierto, nos parece, al relegar a un segundo término la "psicología del intelectual" (a diferencia de la del obrero); pero tiene el mérito de destacar otra de las características de los intelectuales en el seno de los partidos socialistas y comunistas: el estar capacitados, a diferencia de los obreros y campesinos, a diferencia de *todos* los trabajadores manuales, para desempeñar el papel de diputado o de cualquier cargo de elección popular. Y esta observación luxemburguista adquiere especial importancia en países, como el nuestro, donde varios partidos supuestamente socialistas han devenido organizaciones con un franco carácter electorero. Habría que preguntarse, además, si la política oportunista, el cretinismo parlamentario que contrapone a los intelectuales y a los manuales, no está determinada, al menos en parte, por el predominio (quizás no cuantitativo, pero sí cualitativo) de los intelectuales o, lo que es igual, de su "psicología". Y si es así, la explicación (válida) de Rosa Luxemburgo (en el sentido de que la política oportunista de los partidos es

⁴¹ *Ibid.*,

⁴² *Ibid.*,

⁴³ *Ibid.*,

la causa del desdoblamiento contrastante entre los intelectuales y los obreros) nos remitiría, a su pesar, a la explicación (también válida) de Lenin (en el sentido de que la política de un partido se halla determinada, al menos parcialmente, por el predominio del elemento intelectual o del elemento obrero). Nos parece indiscutiblemente que la política oportunista, en sentido parlamentario, de los partidos, conlleva a subrayar en la práctica el contraste entre el trabajo intelectual y el trabajo manual. Veamos por qué. Una ley de los partidos socialistas es la de que, en general, los intelectuales *tienden* a ocupar los puestos de dirección. Esta ley —que admite, desde luego, excepciones⁴⁴ —implica la acumulación de poder político. Si el partido en cuestión, además de hallarse conformado con una división del trabajo que beneficia a los intelectuales, diseña una política parlamentaria por medio de la cual algunos de estos intelectuales (ya poderosos políticamente dentro del partido) se convierten, además, en *representantes populares*, hace que dichos intelectuales concentren más poder todavía. También nos parece indudable la afirmación leninista de que la política oportunista de un partido se halla determinada, al menos en parte, por el predominio del elemento intelectual. Pero en este punto tenemos que hacer una distinción. "Determinada por el predominio del elemento intelectual", significa aquí: determinada por los intelectuales *subordinados realmente a la burguesía* y no por los intelectuales revolucionarios. De la misma manera que, en vísperas de la revolución *democrático-burguesa*, una parte de la burguesía se alió a la nobleza, ante la posibilidad de la revolución *proletario-intelectual* una parte de la clase intelectual se alía a la burguesía. Ello ocurre cuando la intelectualidad, sintiendo que no ha llegado su *momento histórico*, prefiere salvaguardar y aun acrecentar sus privilegios a lanzarse a una aventura que le promete mucho, pero que podría frustrarse. La diferencia política entre un intelectual oportunista y uno revolucionario no sólo tiene que ver con el contexto histórico en que se mueven, sino también con su diferente "psicología" de intelectuales.

K. *La crítica del joven Trotsky*

Otro crítico de la teoría leninista del partido lo hallamos en el joven Trotsky. En su escrito *Nuestras tareas políticas* (donde enjuicia la obra de Lenin *Un paso adelante, dos pasos atrás*) afirma que los métodos leninistas conducen "a la organización del partido a `reemplazar' al partido, al CC a `sustituir' a

⁴⁴ Obreros, por ejemplo, elegidos para tales o cuales cargos directivos; pero que, también en general, se hallan bajo la influencia de otros intelectuales...

la organización del Partido y, finalmente, a un dictador a 'reemplazar' al CC".⁴⁵ Y en otra parte del texto, Trotsky denuncia el que "el grupo de los 'revolucionarios profesionales' no marchaba *a la cabeza* del proletariado consciente; actuaba —en la medida en que actuaba— en *lugar* del proletariado".⁴⁶ Lo cual le hace gritar, más adelante: "¡Sustitucionismo, siempre sustitucionismo!".⁴⁷ Mucho se ha insistido en que las críticas de Rosa Luxemburgo y del joven Trotsky a los planteamientos de Lenin (que, a partir de *Un paso adelante, dos pasos atrás*, traza sistemáticamente una línea de demarcación teórico-política entre bolcheviques y mencheviques) ofrecen muchas coincidencias. La crítica luxemburguista al ultracentralismo puede ser, en efecto, formulada en términos de sustitucionismo, y la crítica trotskista al sustitucionismo puede ser expresada en términos de ultracentralismo. Pero lo que no se ha subrayado suficientemente es que ambos fenómenos responden a una misma condición posibilitante: una organización política en la que la división *vertical* del trabajo coloca permanentemente a los diestros de un lado y a los manuales o "atrasados" de otro. Los intelectuales en la dirección; los manuales en la base. Los intelectuales revolucionarios *ultracentralizan*, pues, la toma de decisiones y *sustituyen* a la base, en la misma medida en que el "intelectual colectivo" (el Partido) *ultracentraliza* la lucha y *sustituye* a las masas. Si comparamos la concepción autogestionaria de Marx (la liberación de la clase obrera es obra de ella misma) con el vanguardismo intelectualista de Lenin (el partido debe dirigir a las masas y los dirigentes "capaces y diestros" al partido), se comprende el grito trotskista de "*¡Sustitucionismo, siempre sustitucionismo!*" como una vuelta a Marx; pero también como una vuelta a concepciones *espontaneístas* que Lenin superara, aunque dentro del parámetro de la ideología de la clase intelectual en ascenso.

L. Otros puntos de vista

La concepción iskrista de la relación partido-clase está inmersa. de manera consciente, en, la polémica sobre la relación intelectualidad revolucionaria-

⁴⁵ León Trotsky, *Nuestras tareas políticas*, Juan Pablo Editor, México, 1975, p. 97.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 74.

⁴⁷ *Ibid.*, . p. 79.

clase obrera.⁴⁸ Es absurdo sostener que Lenin y Plejanov (y en general toda la social-democracia) ignorasen *el* problema de la intelectualidad. "Precisamente no podían ignorar esta cuestión los social-demócratas rusos por un hecho contundente: *el gran antecedente del populismo*. Aunque no pretendo ahondar sobre este punto, me parece esencial señalar lo siguiente: el *naródnichesvo* se manifestó como una polaridad intersustentante entre una versión manualista, de culto a las 'manos callosas', y otra versión... vanguardista-intelectualista.⁴⁹ "Es sobre estos antecedentes y en un terreno distinto, dada la ruptura teórico-práctica y programática con los populistas, que surgió la intensa polémica organizativa en torno, principalmente, de la nueva teoría organizativa perfilada en el *¿Qué hacer?* de Lenin; polémica en la cual, sintomáticamente, todos los actores principales (Lenin, Plejanov, Martov, Martinov, Bogdanov Axelrod, Rosa Luxemburgo, Trotsky, etcétera) fueron calificados, o calificaron a otros, o ambas cosas, de 'intelectuales', 'profesores egiptólogos', 'administradores de fábricas', o sea, se asomó un problema que ninguno de ellos iba a teorizar definitivamente: la existencia de una *clase intelectual*".⁵⁰ Es muy importante señalar que tanto Plejanov, como Lenin y Martov, comparten la tesis kautskiana de la relación entre la intelectualidad revolucionaria y la clase obrera. Tal concepción puede ejemplificarse con la siguiente cita de Kautsky: "Es cierto que el movimiento obrero por sí solo no puede generar el pensamiento socialdemócrata. El movimiento obrero genera el instinto socialista; genera en el proletariado la exigencia del socialismo porque el proletariado siente cada vez más que solo con sus propias fuerzas, como persona aislada, no puede llegar a la posesión de los medios de producción. Pero la concepción teórica, necesaria para convertir este instinto en clara conciencia no ha salido del seno del proletariado porque a los proletarios les faltaban todas las condiciones necesarias para un trabajo científico. Esta convicción nació en las cabezas de los *científicos burgueses*, dotados de suficiente honestidad y desapasionamiento para no ser engañados por las necesidades de la burguesía. Todos nuestros primeros y grandes socialistas pertenecían a esta clase: Saint-Simon, Fourier, Lasalle, Marx, Engels. Pero sus teorías hubieran permanecido como simples teorías, si el estrato de los proletarios con

⁴⁸ En lo que viene a continuación, nos basamos en el escrito *La polémica sobre el ¿Qué hacer? y la clase intelectual* de Enrique González Phillip, Boletín del EIRA, México, junio de 1979.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 1.

⁵⁰ *Ibid.*, pp. 2-3.

talento no las hubiera transmitido a la masa del proletariado, si no hubiesen fecundado al movimiento obrero y si no se hubieran fundido en un todo único con éste" (Kautsky, Congreso de Viena, 1901). González Phillips escribe que: "En esta cita, que por otro lado podría ser de Martov, Lenin o Plejanov, podemos detectar varios vacíos así como elementos 'precientíficos':

1. El movimiento obrero carece de 'todas las condiciones necesarias para un trabajo científico'. *Claramente esta concepción vislumbra la ausencia en el proletariado de medios de producción teóricos. Y es este vislumbre, aunque ideologizado a la larga por un discurso organizativo intelectualista, donde reside la innegable, válida y rescatable refutación del economicismo, del tradeunionismo y del espontaneísmo.* Los créditos de este logro corresponden igualmente a uno de los máximos dirigentes de la II Internacional (Kautsky), como a la mancuerna Lenin-Plejanov y al máximo dirigente menchevique: Martov.
2. Se plantea la existencia de estas "condiciones necesarias para el trabajo científico" en los científicos burgueses, dotados de suficiente honestidad, despasionamiento para no ser engañados por las necesidades de la burguesía. En este punto, encontramos dos homologías que determinan todo el discurso posterior: a) *la identificación de la intelectualidad con un sector burgués*, b) *la identificación de la intelectualidad con los medios intelectuales de producción...*

"Con esto llegamos a lo que nos parece un problema clave de toda la concepción kautskiana, leninista y menchevique: *la teoría de la inyección de la conciencia* o del 'bacilo', como le llamaban los polemistas. De la primera homología se desprende una imposibilidad de analizar coherentemente las diversas manifestaciones del 'oportunismo intelectual'. Por eso, a Lenin le preocupa, casi exclusivamente —en esta polémica— la manifestación 'individualista' de la intelectualidad, mientras que a Rosa Luxemburgo le preocupa sobre todo la versión 'parlamentarista' del intelectualismo. El segundo vacío, al no ver la existencia de medios de producción teóricos ni su monopolio clasista por parte de los intelectuales, llevó a los socialdemócratas a realizar una identificación entre *medios de producción intelectuales y sus portadores*. Para nosotros, el proletariado manual en su lucha necesita de medios de producción teóricos. Pero también sostenemos que —a diferencia de la teoría del 'bacilo'— el proletariado necesita los *medios de producción teóricos, aunque no a sus monopolizadores, así como requiere de los medios materiales de la producción pero no de sus dueños capitalistas*. El proletariado no está condenado a soportar indefinidamente los 'bacilos'

intelectuales que le fermenten y manipulen la conciencia. Al identificar no solamente la intelectualidad con la burguesía, sino los medios de producción teóricos con la intelectualidad, no hay otra forma posible de desarrollo de la conciencia proletaria que la *importación* continua de bacilos intelectuales por parte del proletariado y con esto, creemos, se dan todas las premisas teórico-políticas para el *jineteo del proletariado manual por parte de la clase intelectual*".

M. Gramsci y su teoría sobre los intelectuales

Aunque en otro sitio hemos expuesto nuestras opiniones respecto a la teoría de Gramsci sobre los intelectuales⁵¹, conviene destacar aquí los aspectos positivos y las limitaciones que, a nuestro entender, ostentan puntos de vista del socialista italiano. Gran mérito de Gramsci es caracterizar como intelectual al que en la sociedad *desempeña la función de tal*. Apreciación ésta que rompe con la noción vulgar que identifica al intelectual tan sólo con el artista, el hombre de ciencia o el dedicado a cualquiera de las actividades académicas. Para Gramsci es también intelectual el ideólogo, el estadista, el técnico, el administrador, etcétera. En una palabra, los intelectuales son aquellos individuos que, a diferencia de los manuales, trabajan preferentemente con su cerebro. La concepción gramsciana de los intelectuales implica una diferencia, a nuestro modo de ver las cosas, entre el *trabajo abstracto* de la *intelligentsia* y su *trabajo concreto*. Para Gramsci en todo trabajo intelectual hay elementos manuales y en todo trabajo manual hay elementos intelectuales o, lo que es igual, en los *saberes* hay *haceres* y en los *haceres* hay *saberes*.⁵² Cuando la *función* intelectual domina a los elementos manuales, se trata de un *trabajo intelectual*. Cuando la función manual se impone sobre los elementos intelectuales se trata de un *trabajo físico*. Si el trabajo abstracto del intelectual se identifica con la energía laboral indistinta, el trabajo concreto coincide con la materialización cualitativa de dicha energía. Esto nos explicaría no sólo el desglosamiento de la energía intelectual indistinta en diversas ocupaciones (arte, ciencia, filosofía, ideología, administración, etcétera) sino el carácter *de clase* de los

⁵¹ En "La concepción gramsciana de los intelectuales", Cap. III de nuestra *Obra Filosófico-Política*, Tomo III, Ed. Domés. Texto escrito en colaboración con Alicia Torres Ramírez.

⁵² Antonio Gramsci, *Los intelectuales y la organización de la cultura*, Juan Pablos editor, México, 1975, p. 14.

coágulos de trabajo intelectual objetivado. Por medio del concepto de trabajo concreto intelectual entendemos, entonces, por qué hay intelectuales *orgánicos* (de la burguesía o de proletariado) e intelectuales *tradicionales*. Junto con los dos rasgos de la intelectualidad mencionados (la aplicación genérica de la categoría de intelectual a todos los que trabajan esencialmente con la mente y la atribución de la diferencia del trabajo intelectual con el físico a la *función social específica* del primero) Gramsci pone de relieve, de manera acertada, el carácter histórico de los diversos géneros de intelectuales: el *intelectual orgánico de la feudalidad*, por ejemplo, tras de devenir *intelectual tradicional* (desarraigado) con el tránsito del absolutismo a la democracia burguesa, acaba por convertirse en un *intelectual orgánico* de alguna de las clases fundamentales de la sociedad civil capitalista.

Pasemos a las limitaciones que, creemos, contiene la tesis gramsciana. Es cierto que el autor de los *Cuadernos de la cárcel* ve correctamente y examina con sagacidad, como dijimos, la función abstracta y aun concreta del trabajador intelectual; pero, víctima de su punto de vista fundamentalmente *funcionalista*, no investiga la condición posibilitante de la función. Gramsci no advierte que el papel social de intelectuales jugado por ciertos individuos, depende de un *tipo* de trabajo especial (diferenciado genéricamente del trabajo manual) que presenta, como *conditio sine qua non*, una configuración estructural determinada. El trabajador que, empleando medios *intelectuales* de producción (o, si queremos generalizar aún más: medios espirituales de gestación) crea productos no materiales (o no materiales *en lo esencial*), es un trabajador que puede desempeñar la función de intelectual. Esto en primer lugar. En segundo lugar, aunque Gramsci reconoce la relativa autonomía del intelectual respecto a la clase con la cual mantiene relaciones de organicidad, lo subordina en fin de cuentas a una de las dos clases fundamentales de la sociedad capitalista. Su *binarismo*, entonces, le hace concebir en esencia, sólo dos modalidades de intelectual: el intelectual *fuera de sí* ascendentemente y el intelectual *fuera de sí* descendentemente, esto es, el intelectual orgánico de la clase burguesa y el intelectual orgánico de la clase proletaria. Gramsci no concibe al intelectual *para sí*. Advierte los estratos empíricos de la intelectualidad; *pero no su sector histórico*. En íntima relación con lo precedente, está el hecho de que, por más que Gramsci ponga de relieve la historicidad de la *intelligentsia*, se halla incapacitado para comprender el porvenir histórico de los intelectuales en general y de su sector *para sí* en particular. Él piensa que cuando el proletariado y su partido dirigente instauren el régimen socialista, los intelectuales orgánicos del proletariado *no se sustantivarán*

respecto a la clase de la que son expresión. Gramsci, en fin, no advierte —a diferencia de Bakunin o Machajski, Max Nomad o Gouldner— que la llegada al poder de los proletarios implica el encubrimiento necesario y la sustantivación insoslayable de sus intelectuales orgánicos y, en especial, de la tecnoburocracia partidaria y estatal de los regímenes llamados socialistas. La concepción gramsciana de los intelectuales adolece, por último, de la ausencia de un examen de la psicología social de los intelectuales, de los intelectuales tomados en conjunto —psicología que existe porque entre todos los estratos de la intelectualidad hay una *unidad soterrada*, encubierta —y de cada uno de los subgéneros que comprende. No aparece en él ni una *psicología fenoménica y descriptiva* (como la de Kautsky) ni mucho menos una *psicología profunda* que rastreara la etiología que conduce a ciertos individuos, en y por las condiciones sociales en que viven, a convertirse en intelectuales, adquirir la tipología, la función y el carácter de clase (*fuera de sí o para sí*) de quienes trabajan con la mente más que con las manos.

N. Breve consideración sobre la lucha de clases en el capitalismo

En un aspecto histórico y empírico, el capitalismo es el escenario donde luchan el capital y el trabajo. Donde constituyen el motor evidente del devenir. El capital defendiendo a como dé lugar la propiedad privada de los medios *materiales* de la producción. La clase obrera consciente, en contra de dicha propiedad. Pero en un aspecto esencial (esto es, desde el punto de vista de sus *leyes de tendencia*) la lucha de clases actual en los países capitalistas --incluido el nuestro— no es tanto entre la burguesía y el proletariado, *cuanto entre la burguesía y la clase intelectual*, esto es, entre el capital (y sus intelectuales) y los intelectuales orgánicos de una "clase obrera" de la que se silencia el carácter técnico-funcional, para destacar tan sólo el carácter asalariado.⁵³ El proletariado interviene de modo esencial en la lucha anticapitalista. Aún más, como lo fueron los campesinos en la lucha antifeudal que le entregó el poder a la burguesía, resulta un factor decisivo de aquélla; pero interviene de modo empírico, respondiendo no cabalmente a sus intereses, sino sólo *a una parte de ellos*. Al proletariado le

⁵³ Hemos reservado el nombre de *contradicción histórica del sistema capitalista* a la que existe entre el capital y la clase intelectual —a diferencia de la *contradicción principal* (de carácter económico) que se establece entre el capital y el trabajo— porque en ella aparecen las premisas de una lucha real por el poder.

interesa sustancialmente la lucha contra la burguesía para disolver la contradicción apropiativo-material; pero le interesa, o debe interesarle, o acabará por interesarle, la lucha contra la clase intelectual (los intelectuales orgánicos de la "clase obrera") para disolver la contradicción apropiativo-intelectual y crear el sistema socialista. En esta etapa histórica, los obreros en los regímenes capitalistas han detectado de tal modo a su enemigo *actual* (el burgués) que no han advertido a su enemigo *potencial* (el intelectual). La clase obrera, por eso mismo no tiene una conciencia de clase cabal en esta etapa histórica. Los *supuestos intelectuales orgánicos de la "clase obrera"*, ante la inexistencia por ahora de los *intelectuales orgánicos de la clase obrera manual*, se encargan de señalar a un enemigo y ocultar al otro. En esta faena, la ideología intelectualista, y su afirmación fundamental de que no existe una clase intelectual, juegan un papel de primera importancia. A veces, instintivamente, la clase obrera se pronuncia contra los intelectuales y reivindica espontáneamente su propio carácter de trabajo manual; pero en general es arrastrada por los intelectuales "socialistas" o "comunistas" hacia la creación de un modo de producción que, no siendo socialista, ya no es capitalista: el modo de producción *intelectual*.

Nuestra afirmación anterior de que la lucha de clases en los países capitalistas no es tanto entre la burguesía y el proletariado, cuanto entre la burguesía y la clase intelectual, adquiere ahora plenamente sentido. El carácter *esencial* de una lucha de clases y de una revolución no le viene a los grupos, sectores o clases que "intervienen *empíricamente* en la contienda, sino de los beneficiarios de la misma. En México, la revolución de 1910-1917, aunque haya tenido como eje de la lucha la participación de campesinos y obreros, es una revolución burguesa por los resultados, las consecuencias inevitables de esta etapa histórica.

Denunciar la existencia de la clase *intelectual*, poner de relieve el papel de supuesto intelectual orgánico de la "clase obrera", subrayar, en fin, el carácter esencial que tiene hoy por hoy la lucha de clases en los países capitalistas, no persigue otra finalidad que la de reivindicar la lucha *obrero* contra el capital y la clase intelectual, la de salirle al paso a la política tendiente a arrastrar al obrero (aprovechándose de sus intereses anticapitalistas) a la construcción de un "paraíso" para los intelectuales.

Ñ. La crítica de Mattick a Max Nomad

La única crítica seria a la teoría de la "tercera clase" o de la *clase intelectual* que conocemos es la que endereza Paul Mattick contra Max Nomad en 1936.⁵⁴ A pesar, sin embargo, de ciertas confusiones y vaguedades que presenta Max Nomad, a pesar, digámoslo de esta manera, de la forma un tanto primitiva en que Nomad (seguidor de Machajski) expone y defiende la teoría de la clase intelectual, y a pesar de que Mattick es un marxista de solidez indiscutible en muchos aspectos, la crítica adolece de fallas y, a nuestro modo de considerar las cosas, no da —no puede dar— en el blanco. Para Nomad, explica Mattick, el movimiento marxista "es esencialmente un movimiento de elementos desclasados de la burguesía y de trabajadores autodidactas y *parvenir* que luchan por posiciones privilegiadas".⁵⁵ Es un movimiento que "ye en sus capacidades intelectuales' el 'capital' que debe ayudarle a alcanzar dicho fin".⁵⁶ "Las masas obreras, por su parte, son instrumentaizadas para satisfacer las egoístas ambiciones de este exiguo número de personas".⁵⁷ Nomad, por consiguiente, "ve en los intelectuales —añade Mattick— un tercer grupo social con particulares intereses de clase y con la posibilidad de desarrollar una adecuada conciencia de clase. Junto a la oposición surgida a lo largo del anterior desarrollo de las fuerzas productivas, la oposición entre capital y trabajo, que puede superarse sólo en una sociedad sin clases, nos encontramos frente a una nueva posibilidad histórica, el dominio de los intelectuales"...⁵⁸ Mattick piensa que Nomad eleva una contradicción que es secundaria en el régimen capitalista (la existente entre el trabajo físico y el trabajo mental) a una situación preeminente y privilegiada. De ahí que escriba: "El marxismo ve en la oposición entre el capital y la clase obrera la gran contradicción de la sociedad actual, contradicción que conducirá inevitablemente a esta última a su hecatombe. En el interior de esta gran y acuciante contradicción, que puede eliminarse sólo eliminando el capitalismo, existen contradicciones de

⁵⁴ Paul Mattick, "¿Dictadura de los intelectuales?", en *Rebeldes y renegados. La función de los intelectuales y de la crisis del movimiento obrero*. Icaria Editorial, Barcelona, 1978.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 75.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 75.

⁵⁷ *Ibid.*, p. 75.

⁵⁸ *Ibid.*, pp. 83-84.

alcance más limitado, cada una de las cuales encuentra su explicación dentro del contexto de la fundamental. Una entre tantas es la contradicción existente entre el trabajo intelectual y el trabajo manual, que testimonia al mismo tiempo dos diferentes modos de vida y por ende de diversidad de intereses".⁵⁹ Hagamos tres comentarios a la aseveración crítica de Mattick: a) la posición de este último implica la identidad entre *contradicción fundamental* y *contradicción histórica*. La antítesis capital/trabajo es la contradicción *fundamental* porque la clase capitalista y la clase obrera son los dos elementos protagónicos —uno viviendo a expensas del otro— de la sociedad actual. Es, además, la contradicción *histórica* porque sólo el trueque de contrarios —la sustitución de la dictadura de la burguesía por la del proletariado— puede dar al traste con el capitalismo y crear las premisas de la sociedad sin clases. La posición de Nomad implica, por lo contrario, una diferencia entre la contradicción *fundamental* y la contradicción *histórica*. Si la primera está representada por la oposición capital/trabajo, la segunda se halla encarnada en la oposición clase burguesa/clase intelectual. Para Nomad —como para todos los teóricos de la existencia de la "tercera clase" —la contradicción fundamental no coincide con la contradicción histórica como lo muestra precisamente el trueque de contrarios, porque al reemplazar éste la dictadura de los burgueses por la dictadura de los proletarios u obreros, como estos últimos no son sino trabajadores intelectuales y trabajadores manuales, está sustituyendo en realidad la dictadura del capital por la dictadura de los intelectuales.⁶⁰ b) Mattick está convencido de que las contradicciones secundarias que existen en la sociedad actual "encuentran su explicación dentro del contexto de la fundamental", lo cual significa que la contradicción trabajo intelectual/trabajo manual se explica a partir de la contradicción capital/trabajo. Pero el hecho de que la contradicción secundaria halle su soporte en la contradicción principal, no quiere decir que sea simplemente su epifenómeno o que carezca de una autonomía relativa. El hecho, digámoslo así, de que los trabajadores intelectuales —contrapuestos a los manuales— provengan de la burguesía o de las capas superiores del proletariado, y que respondan a la demanda de trabajo intelectual por parte del sistema con la

⁵⁹ *Ibid.*, p. 74.

⁶⁰ La diferencia entre contradicción de clase *fundamental* e *histórica* no es, desde luego, nueva: hace acto de presencia en todos los regímenes precapitalistas posteriores a la comunidad primitiva. La contradicción *fundamental* en el feudalismo se hallaba representada, como se sabe, por el binomio clase feudal/servidumbre de la gleba. La contradicción *histórica* encarnó, en cambio, en la dicotomía feudalidad/burguesía.

oferta del mismo, no significa que la contradicción secundaria carezca de una especificidad estructural que le permite, en el caso de que la sociedad se desembarace de la contradicción principal, transformarse en contradicción preeminente. c) Nuestro crítico de la teoría de la clase intelectual es de la idea, además, de que la contradicción entre el trabajo intelectual y el trabajo manual no sólo es una contradicción "de alcance limitado", sino que es "una entre tantas". Las contradicciones secundarias destinadas a convertirse en contradicciones principales no pueden ser calificadas "de alcance limitado". La disociación entre la contradicción fundamental y la contradicción histórica, el hecho de que el polo superior de la antítesis técnico-funcional (la intelectualidad *para-si*) se sirva del polo inferior de la antinomia apropiativo-material (el proletariado) para destruir al lado positivo de la contradicción principal (el capital privado) e instaurar un nuevo régimen (lo que Max Nomad llama "la *dictadura de los intelectuales*"), nos hace patente que el alcance de esta contraposición clasista está lejos de ser de alcance limitado. Mattick, por otra parte, mete en un mismo saco, confunde u homologiza a todas las contradicciones secundarias. La oposición trabajo mental/trabajo físico no es una contradicción más, sino que es, como la contradicción principal,⁶¹ una contradicción de clase. Las otras contradicciones secundarias —oposición hombre/mujer, ciudad/campo, gobernantes/gobernados, etcétera—no son contradicciones de clase. El trabajo intelectual nos habla de un agrupamiento de personas, que detentan ciertos medios de producción (intelectuales, espirituales) y que, a partir de ellos, poseen ciertos intereses comunes. Constituye, pues, una clase. Y una clase que de explotada (respecto al capital, en el capitalismo) se transforma en explotadora (respecto al trabajo manual, en el "socialismo"). No es, entonces, "una entre otras tantas" contradicciones "de alcance limitado".

La razón por la cual ciertos teóricos, como Machajski y Nomad, tienen el atrevimiento, el error o el dislate de hablar de una *clase* intelectual (diferenciada de los burgueses y los trabajadores manuales de la ciudad y el campo) se debe, según Mattick, a que sobreestiman, como intelectuales que son, el papel social, la significación o la importancia de quienes trabajan preferentemente con la inteligencia u otras facultades espirituales. Mattick escribe: "El aparente peso de esta categoría se debe, en realidad, a una excesiva valoración de sí misma por parte de sus pertenecientes, valoración que puede

⁶¹ En este contexto estamos empleando indistintamente los conceptos de *principal* y *fundamental* que, en otras circunstancias, pueden y deben servir de base para diferenciar fenómenos que tienden a confundirse.

volverse tanto más grande y necesaria cuanto la categoría misma pierda importancia".⁶² Y Mattick añade: "Al ser él mismo un intelectual, Nomad comparte con sus colegas la tendencia actual de sobrevalorar la importancia de los intelectuales"...⁶³ La argumentación de Mattick nos parece viciada porque de un término real —la sobrevaloración que de sí mismos hacen en general los intelectuales— obtiene una conclusión a todas luces errónea: la de que dicha exaltación es el soporte o la explicación de por qué ciertos intelectuales se piensan como parte integrante de una clase diferenciada. La sobreestimación que hacen de sí mismos los intelectuales en general, y su sector *en sí* en particular,⁶⁴ la arrogancia con que ven y desean que se vea su actividad, los conduce a esa actitud, modo de pensar y sentir que suele llamarse *aristocracismo intelectual*. Este tipo de aristocracia considera que la sociedad se basa en dos agrupaciones: una minoría conformada por los que saben y una mayoría constituida por los que ignoran, una nobleza adornada por los diversos atributos del espíritu y un vulgo que vive en las tinieblas y la tosquedad de la incultura. El aristócrata intelectual no sólo ve con desprecio al pueblo, a los trabajadores urbanos o campesinos sin ilustración, sino a los poderosos, a la nobleza de sangre, a los industriales y comerciantes privados de educación y huérfanos de conocimientos.⁶⁵ La sobrevaloración que los intelectuales hacen de sí mismos no los conduce a imaginarse formando parte de una clase social privilegiada, egoísta, dispuesta a usurparle el poder a las masas. Más bien es cierto lo contrario:

⁶² *Ibid.*, p. 74.

⁶³ *Ibid.* p. 75.

⁶⁴ Consúltese el escrito "Una clasificación política de los intelectuales" en el III Tomo de nuestra *Obra Filosófico-Política*, Ed. Domés.

⁶⁵ Esta *aristocracia intelectual* está claramente expresada en las siguientes palabras de Don Quijote: la poesía "no se ha de dejar tratar de los truhanes, ni del ignorante vulgo, incapaz de conocer ni estimar los tesoros que en ella se encierran. Y no penséis, señor, que yo llamo aquí vulgo solamente a la gente plebeya y humilde; que todo aquel que no sabe, aunque sea señor y príncipe, puede y debe entrar en el número de vulgo"... (Cap. XVI de la 2a. parte) . Incluso, en algunas etapas históricas, los intelectuales han visto con menor animadversión a los pobres que a los poderosos. Will Durant escribe, por ejemplo, aludiendo a la Grecia del siglo IV A.C.: "En esta contienda, los sectores intelectuales fueron inclinándose cada vez más del lado del pobre. Despreciaban a los comerciantes y banqueros, cuya riqueza parecía estar en razón inversa de su cultura y su buen gusto"... (Will Durant, *La vida en Grecia*, T. II Editorial Sudamericana, B. Aires, 1945, p. 128).

la estimación exagerada que tienen de sí propios, los hace rechazar instintiva y espontáneamente la extraña y peregrina idea de que ellos constituyan una clase privilegiada en el capitalismo y explotadora en el Modo de Producción Intelectual.

Mattick ataca a Nomad también por otro lado. Está convencido de que "así como el capitalismo es incapaz de dirigir su propio movimiento y así como la evolución del proletariado depende de factores que este último no puede determinar, por igual motivo los intelectuales no están en condiciones de llevar hacia delante una política consciente que les permita conquistar su dominio en la sociedad".⁶⁶ Es posible que el primitivismo con el cual defiende Nomad la teoría de la clase intelectual, deje la impresión en los lectores de que cierto *maquiavelismo* de los intelectuales juega un papel importante en su acceso al poder. Nosotros estamos convencidos, por lo contrario, de que la *dictadura de los intelectuales* se gestó al margen de los deseos subjetivos de los intelectuales. El MPI es un producto no del maquiavelismo de éstos, sino de la necesidad histórica. No se trata, pues, de un movimiento consciente. Aún más. No nos cabe la mayor duda de que Lenin y Trotsky, Mao Tsé-Tung y Ho Chi-Min, etcétera, deseaban crear el socialismo, dedicaron su vida a tal empresa y no alimentaron jamás una intención demagógica y tortuosa. Nada de ello. Crearon el MPI deseando crear el socialismo. Se propusieron una cosa y obtuvieron otra. Los propósitos, los sueños de los intelectuales carecen casi de importancia. Lo relevante es examinar si el desarrollo social y las eclosiones revolucionarias anticapitalistas se mueven en el sentido de los intereses (conscientes o no) de los intelectuales. Y si hacemos tal cosa advertimos que del mismo modo que el capitalismo fue producto de la sustitución necesaria de la contradicción aristocracia/democracia por la oposición capital/trabajo, independientemente de las ilusiones y los proyectos de los agentes del cambio, el "socialismo" es el resultado del desplazamiento obligatorio de la antítesis capital/trabajo por la dicotomía trabajo intelectual/trabajo manual, al margen también de los programas y las intenciones de los protagonistas de la transformación.

A Mattick, por otro lado, le parece más importante hablar del peligro de la burocracia que de la amenaza de los intelectuales, ya que "los intelectuales en la Unión Soviética están dominados por la burocracia, al

⁶⁶ Paul Mattick, *Rebeldes y renegados*, *op. cit.*, p. 84.

igual que en otros países lo están por el capital".⁶⁷ En otra parte hemos escrito: "podemos dividir en dos grandes apartados las caracterizaciones de la esencia de los llamados países socialistas: A. Los que afirman la existencia del carácter socialista de estos países. Y que se subdividirían en A1: los que lo hacen de manera apologética... y A2: los que lo hacen de manera crítica, con evidentes reservas... B. Los que niegan la existencia del carácter socialista de estos países. Y que se subdividirían en B1: los que lo caracterizan como un *capitalismo peculiar*...⁶⁸ y B2: los que lo consideran una nueva formación social... Hay, pues, una contradicción principal entre A y B y dos contradicciones secundarias: entre A1 y A2 y entre B1 y B2".⁶⁹ Cada una de las cuatro caracterizaciones de la esencia de los llamados países socialistas tiene su propia concepción de burocracia: la burocracia, para A1, no es un impedimento para la construcción y consolidación del socialismo. Puede traer consigo algunas fallas de funcionamiento, algunos errores en la dirección estatal o partidaria; pero son perturbaciones propias del proceso de gestación y desarrollo del socialismo y subsanables por medio de las reformas pertinentes. La burocracia, para A2, aunque no es un obstáculo fundamental para la creación y crecimiento del socialismo, sí es un elemento, una excrescencia (de carácter burgués) que deforma al Estado obrero. Como la burocracia es un grave tumor en el cuerpo social del régimen socialista, se precisa extirparlo. El medio más idóneo para llevar a cabo tal cosa es una *revolución política* que, frente al antagonismo entre una estructura (socialista) y una superestructura burocrática (burguesa en última instancia), logre reestablecer la correspondencia entre una superestructura socialista (no burocrática) y una estructura socialista. La burocracia, para B1, no es otra cosa que la expresión de una nueva modalidad que asume el capitalismo: es el resultado de la hipertrofia del aparato estatal que trae consigo, de manera obligatoria, el capitalismo de Estado. Esta burocracia no puede eliminarse si no se eliminan las relaciones de producción capitalistas. La burocracia, para B2, es, por último, la expresión de una nueva clase social. No es un elemento derivado ni de la burguesía (como creen A2 y B1) ni del proletariado (como piensa A1), sino de una "tercera clase". La polémica de Mattick con Nomad es una discusión entre un representante de B1 y un repre-

⁶⁷ *Ibid.*, p. 88.

⁶⁸ Las más de las veces visto como alguna modalidad de capitalismo de Estado.

⁶⁹ Enrique González Rojo, *Epistemología y socialismo*, op. cit., p. 381.

sentante de B2. Mattick es partidario, en lo que a su caracterización de la esencia de la Unión Soviética se refiere, de la tesis del capitalismo de Estado. Nomad se inclina, por su lado, a la tesis de que la URSS es una *dictadura de los intelectuales*, es decir, una nueva formación social. Cuando Mattick asienta que "los intelectuales en la Unión Soviética están dominados por la burocracia", no toma en cuenta que esta última es una de las funciones de la intelectualidad. Los burócratas con poder de decisión que están al frente del Estado dominan, ciertamente, a los intelectuales que no forman parte de la cúpula gubernamental, de la misma manera que el Estado burgués domina a ciertos capitalistas privados o a la pequeña-burguesía. Pero esa burocracia con poder de decisión no es sino la fracción burocrático-política de la clase intelectual. Condición necesaria —aunque no suficiente— para formar parte del funcionariado estatal y partidario que lleva en sus manos las riendas de la cuestión pública en los llamados países socialistas es que se sea intelectual, que se posean los conocimientos y la experiencia indispensables para cumplir eficientemente dicha labor.

Como esta burocracia con poder decisorio lleva a cabo un tipo de política que perjudica al capital privado y a las masas obreras y beneficia a la intelectualidad (política consistente en *estatizar* los medios materiales de la producción, controlar férreamente a los trabajadores manuales de la ciudad y el campo y dejar intacta en lo esencial la división del trabajo) es una burocracia que expresa los intereses de la clase intelectual. Burocracia del **MPI**. Burocracia, como diría Nomad, que no es otra cosa que la expresión gubernamental de la *dictadura de los intelectuales*.

O. La aportación de Althusser

Si repasamos, en conclusión, las tesis que sobre los intelectuales han sido formuladas por los marxistas (y también por teóricos de otras corrientes de pensamiento), salta a la vista que la mayor parte de esas formulaciones, si no es que todas, adolecen de una chocante limitación: tienen un carácter principalmente *descriptivo*. Se muestra el papel, la función o la psicología de la *intelligentsia* en la sociedad capitalista; pero no se alude a la condición ontológica posibilitante de dichos roles sociales (esto es a su estructura definitoria), a las circunstancias históricas y socioeconómicas que propician y determinan la conformación y utilización de esa mano de obra intelectual y a las leyes de tendencia histórica que al parecer orientan a esta

intelectualidad a transformarse de clase dominada (en el capitalismo) en clase dominante o, *clase intelectual sustantivada* (en el MPI).

No es un accidente, nos parece, que no haya nada semejante a una *teoría estructural de la intelligentsia* en el historicismo de la filosofía de la praxis. Ni Luckács, ni Korsh, ni Gramsci están en posibilidad de ofrecernos ya no digamos una proposición rigurosa al respecto, sino ni siquiera los materiales indispensables para la estructuración, a partir de sus reflexiones, de una idea precisa del intelectual. Los intelectuales son vistos por ellos, en el seno de la sociedad capitalista, como elementos, dedicados desde luego al trabajo mental, que, por carecer de un status estructural propio, son arrojados o bien a los brazos de la burguesía o bien a los del proletariado. La historia es, pues, el escenario en que pugnan dos y sólo dos fuerzas *sin ninguna estructura sólida intermedia*. Las cosas se modifican, sin embargo, con la irrupción de la filosofía de Althusser. El *marxismo estructural* de este último se da a la tarea como se sabe, de explicar el status de la *producción teórica*. La teoría es, para Althusser, no sólo una actividad, sino una práctica, y como toda práctica implica, además de la fuerza de trabajo inherente al hombre, medios de producción (materia prima e instrumentos productivos) y productos. Es claro que esta estructura genérica, compartida *con toda clase de práctica*, debe ser complementada con la estructura específica y definitoria de la producción intelectual, la cual se caracteriza por echar a andar, sí, una fuerza de trabajo, pero una fuerza de trabajo *mental*, que emplea medios de producción *no materiales* y que elabora productos *teóricos*. Althusser nos proporciona, pues, un concepto particular (el de *medios intelectuales de producción*) y un concepto general (el de *práctica teórica*) que pueden arrojar luz en el problema de los intelectuales. Althusser tiene, desde luego, multitud de antecedentes filosóficos, desde Aristóteles (que veía a la lógica como *órganon*, instrumento) hasta Kant (que habla, del carácter instrumental del conocimiento). Pero Althusser, para decirlo de manera esquemática, lleva a cabo frente a esta tradición, por lo menos dos cosas: 1) engarza la concepción instrumentalista del conocimiento con un punto de vista no sólo materialista sino marxista y 2) extiende el concepto de práctica teórica —la realizada con medios *intelectuales* de producción— hasta abarcar no sólo la actividad científica, sino la filosófica, la ideológica y las abigarradas mezclas de todas ellas. La finalidad de Althusser al poner de relieve la existencia y mecanismo de los medios *intelectuales* de producción, no era la de mostrar los elementos definitorios del intelectual. Su propósito era otro: esclarecer el *modus operandi* de la operación teórica para combatir todo

reduccionismo. Sus objetivos eran, por consiguiente, esencialmente epistemológicos, Althusser ha hecho uso de su descubrimiento tan sólo en el nivel de la cognición. Ha dejado de lado, o no ha logrado advertir, la importancia que tienen sus aportaciones en el nivel de lo sociológico y lo histórico. Como sólo ve, en lo que al problema de la intelectualidad se refiere, la estructura específica de la práctica epistemológica pero no la lucha de clases integral (esto es una lucha de clases en que *también* interviene, con sus intereses específicos, la *intelligentsia*), no logra advertir la existencia, en el capitalismo, de una clase intelectual y todas las implicaciones que de ello se derivan. Althusser no tiene una teoría original sobre los intelectuales. No está más allá sino más acá de Gramsci. No rebasa, incluso, a Lenin. En una palabra: Althusser es un ortodoxo de la teoría *binaria* de las clases sociales y, con ello, nos revela su incapacidad para entender la conformación real de la sociedad moderna. Pese a ello, Althusser nos brinda los elementos para llevar a cabo una *teoría científica de la intelectualidad*. La manera de llegar a esta última, una vez que se ha detectado, con Althusser, la existencia de una *práctica teórica* y en ella la utilización de medios *intelectuales* de producción, consiste en preguntarnos ¿qué sector de la sociedad capitalista monopoliza dicha práctica teórica y por qué? La respuesta a esta pregunta, con las implicaciones estructurales e históricas que conlleva, nos conduce a la existencia de una *clase intelectual*, esto es, a una clase social que se diferencia de la capitalista porque carece de medios *materiales* de producción y se distingue de la trabajadora manual porque detenta los medios *intelectuales* de la misma.

Althusser nos ha brindado, entonces, el *criterio* para identificar a los intelectuales como *clase*. Como clase dominada-dominante, dominada frente a los burgueses, dominante frente a los obreros. Tomando en cuenta este *criterio* podemos comprender, por fin, algunas de las limitaciones más evidentes de los puntos de vista superficiales y descriptivos del marxismo tradicional y otras corrientes de pensamiento. ¿Cuál es la razón por la cual no es posible concebir la emancipación del trabajo y del género humano, de acuerdo con Fourier y Marx, si no se lleva a cabo, además de la socialización de los medios de producción, la subversión de la división del trabajo? El fundamento, consciente o no, de tal cosa, es que la división del trabajo que se va gestando en la historia de la humanidad no es sólo un mero desglosamiento de las actividades para volver más productivo el trabajo, de tal modo que cada uno desde su puesto colabora a la elaboración del fondo común de bienes y servicios sociales, sino que la división del trabajo implica el contraste tipológico que después se complica con la aparición

de la propiedad privada sobre las condiciones *materiales* de la producción, entre el polo superior y el inferior de la división vertical del trabajo. La división entre el trabajo mental y el trabajo físico no es, por consiguiente, el producto de una *ley natural* que encomendaría las faenas intelectuales a un tipo de hombres dotados, inteligentes y predestinados por alguna razón terrena o metafísica a desempeñar dichos quehaceres, mientras que asignaría las actividades manuales a una clase de individuos torpes, limitados y predeterminados por las mismas fuerzas a llevar a cabo las labores más "vulgares" e imprescindibles. La división del trabajo nace, pues, enajenada, y su enajenación, presente sin duda en la relación *horizontal* de la diversidad de trabajos de la misma índole, salta a la vista, sobre todo, en la relación *vertical* del trabajo, en que unos individuos logran acceder al monopolio de los conocimientos (y por extensión al esoterismo mágico, etcétera) mientras los otros, como el organismo individual respecto a su cabeza, constituyen el soporte material de *la intelligentsia*, primitiva o no, del cuerpo social. ¿Qué es, entonces, aquello que no sólo diferencia, sino contrapone y no sólo contrapone sino polariza a los dos extremos de la división *vertical* del trabajo? La respuesta ya la poseemos: la propiedad privada de los medios *intelectuales* de producción en manos del polo superior y la ausencia de los mismos en las manos, o mejor en el cerebro, del polo inferior. Cuando Machajski subraya que los intelectuales obtienen, en el capitalismo, un salario cubierto por la plusvalía, no tiene razón. La mano de obra intelectual y calificada es remunerada, en términos generales, por un salario más o menos voluminoso que no es otra cosa que la expresión monetaria del valor de una fuerza de trabajo compleja. Pero es posible concederle la razón a Machajski en el sentido de que, en algunos casos, ciertos intelectuales, dentro del capitalismo, obtienen un *plus-salario*. Preguntémosnos, entonces, ¿cuál es la razón por la cual ciertos *intelectuales bonificados* perciben no sólo el valor de su fuerza de trabajo sino incluso una parte de la plusvalía? La respuesta no puede ser otra que la siguiente: en condiciones de exceso de la demanda de la mano de obra intelectual sobre la oferta, al trabajador intelectual calificado se le paga no sólo un *salario* determinado sino un *plus-salario* (cubierto con una parte de la plusvalía) porque posee los medios *intelectuales* de producción requeridos por el demandante. Pero desplazémonos al terreno de la psicología social. ¿Por qué pueden Kautsky, inicialmente, y Lenin después, hablar de una psicología de los intelectuales antitética a la de los obreros, con todas las implicaciones políticas y organizativo-partidarias de dicha contraposición? Porque los intelectuales son dueños de ciertos medios de producción de los

que carecen los obreros. No se trata, ya lo sabemos, de los medios *materiales* del proceso productivo, sino del instrumental técnico-científico o ideológico que requiere la actividad económica, administrativa, burocrática o militar de la sociedad capitalista. La psicología fenoménica del intelectual nos remite, entonces, a su estructura definitoria. Los intelectuales no son dueños de medios *intelectuales* de producción porque su "naturaleza humana" haya sido individualista, sino que son individualistas porque son dueños de medios *intelectuales* de producción. Lenin, Rosa Luxemburgo, Trotsky entrevén, por otra parte, los peligros de una burocratización del partido y de la dictadura del proletariado. Pero sobre este punto, se precisa también interrogarnos ¿por qué algunos individuos pueden, a nivel del partido o del Estado "socialista", ejercer el papel de burócratas, de elementos que centralizan las decisiones? Y la respuesta salta a la vista: porque son intelectuales (en el sentido amplio de la expresión). Detrás de cada burócrata con poder de decisión se esconde un intelectual. El ejercicio del poder sólo es posible, entre otras cosas, si se es poseedor de los medios *intelectuales* de producción necesarios para desempeñar dicha función. Mas desplacémonos al terreno parlamentario, guiados por Rosa Luxemburgo. ¿Cuál es el motivo por el cual un partido que ha escogido la vía parlamentaria (cosa que no vamos a discutir en este sitio) elige como sus representantes ante el parlamento (la cámara de diputados o de senadores) a algunos de sus integrantes y no a otros? La contestación a ello es obvia: porque poseen los medios *intelectuales* de producción necesarios para poder expresar satisfactoriamente la línea del partido en el escaño conquistado en las elecciones. Pero no dejemos de lado la denuncia trotskista del *sustitucionismo*. ¿Por qué, en un partido (y a nivel también estatal, añadiríamos), el partido sustituye a las masas; la dirección al partido y el dirigente máximo a la dirección? El sustitucionismo, entre otras, tiene dos determinaciones: la política y la intelectual. En términos generales es dable afirmar que el partido *puede* sustituir a las masas porque es un *intelectual colectivo* (Gramsci-Togliatti), o, lo que es igual, porque posee medios *intelectuales* de producción ajenos a las masas. Y lo mismo hay que decir respecto al partido en cuanto tal: la dirección *puede* sustituir a la base porque es una dirección de intelectuales contrapuesta a los obreros o los trabajadores intelectuales poco calificados. El secreto del sustitucionismo es, aquí, como en el caso anterior, el monopolio de los medios *intelectuales* de producción. Una infracción al punto de vista expuesto, parece ser el sustitucionismo de la Dirección por el Secretario General (tipo Stalin) del Partido, porque los dirigentes son *todos* mal que bien intelectuales y, como es evidente, no obtiene siempre la hegemonía el que posee más medios

intelectuales de producción. Aquí es evidente que pasa a primer plano la política, la habilidad, el apetito de poder. Pero conviene no olvidar que es una pugna entre un conjunto de individuos que poseen, todos, las condiciones intelectuales necesarias para desempeñar la función de dirigentes políticos. Este caso nos revela que si el monopolio de los medios *intelectuales* de producción es la condición necesaria del ejercicio del poder, no es la condición suficiente, ya que se requiere, a más de ella, la participación en todo ello del quehacer político.⁷⁰

CAPITULO III:

BREVE ALUSIÓN A LOS ANTECEDENTES HISTÓRICOS DE LA REVOLUCIÓN CULTURAL

No registra la historia un solo gran enfrentamiento de clases, por lo menos desde que se inició el capitalismo, en que, junto a las demandas económicas y políticas anticapitalistas de los obreros, no se escuchan otras exigencias: los clamores *antintelectualistas* de los trabajadores manuales. Estos dos gritos de batalla se dan, sin embargo, mezclados, confundidos, formando un todo en el seno de las barricadas de los explotados. Aunque los menesterosos no poseen una clara idea, plenamente consciente, de sus enemigos, del poder que ostentan, de las relaciones que guardan entre sí o del papel que juegan en los grandes sucesos históricos, sí advierten, al menos instintivamente, que no sólo tienen como contrarios a los "señores del capital" sino también a los "señores de la cultura". A veces los confunden porque advierten que un capitalista puede ser o devenir intelectual y un intelectual puede ser o convertirse en capitalista o porque ambos sectores son vividos por ellos como la masa indeterminada de los *no obreros, los privilegiados, los explotadores*. Pero los clamores *antintelectualistas* que estallan simultáneamente con los gritos de batalla *anticapitalistas* no pierden, en la mezcla, su especificidad. Las demandas *anticapitalistas* son rebeliones contra una forma de la propiedad privada y las exigencias *antintelectualistas* contra otra. Como hemos anotado con anterioridad, la forma común de presentarse la *rebelión antintelectualista* (esto

⁷⁰ La Revolución Articulada (RA) implica, recordemos, además de la revolución económica y la revolución cultural, la revolución autogestionaria o antiautoritaria. En esta última ocupa el primer plano la política. Escribiremos sobre este tema en otro sitio.

es, la expresión larvaria de la *revolución cultural*) es el *manualismo* u obrerismo vulgar. Del mismo modo que la lucha contra el capital atravesó la etapa primitiva del movimiento luddita (en que los obreros se lanzaban contra los medios *materiales* de la producción), la lucha contra los privilegios culturales ha atravesado y sigue atravesando en buena medida la *fase prehistórica de la revolución cultural* consistente en lo que podríamos llamar *motines contra la cultura* o embates destructivos contra los medios *espirituales* de la producción monopolizados por la clase intelectual. Debemos hacer una diferencia de principio, por consiguiente, entre el *manualismo* y la *revolución cultural asumida conscientemente*. El *manualismo* es la forma inconsciente, y al propio tiempo embrionaria, de la revolución cultural. El *manualismo* es una ideología: la ideología que brota espontáneamente del trabajo manual contrapuesto al trabajo intelectual. El obrero necesita adquirir o importar los medios *intelectuales* de producción para no confundir la cultura con la monopolización de ella, los medios teóricos de la producción con la clase intelectual. El *manualismo*, en lugar de pugnar por la socialización de los conocimientos y experiencias, se proponen negarlos y aun destruirlos. El *manualismo*, al desdeñar, negar o destruir el acervo cultural que le serviría para su emancipación, se convierte en una ideología de la clase o las clases enemigas. Así como el *economicismo* es la lucha *burguesa* del trabajador asalariado, el *manualismo* es la lucha *intelectual* y/o *burguesa* del trabajador manual.

La *fase prehistórica de la revolución cultural* hizo ya su aparición en la revolución francesa. La irrupción de las masas en los grandes palacios — incluyendo el de Versalles—, la destrucción vandálica de cuadros, esculturas, libros, clavecines, etcétera, son un ejemplo claro de cómo los *sans-culottes* y los *brazos desnudos* asumían instintivamente no sólo una actitud antiterrateniente, sino un *manualismo antintelectual*. Aunque no se ha hecho, hasta la fecha, la *historia de las rebeliones antintelectuales en el capitalismo*, y aunque no estamos en la posibilidad de referirnos por ahora a este tema de manera documentada y profunda, resulta evidente que cada uno de los grandes procesos revolucionarios de los siglos xix y xx va acompañado de estallidos manualistas. Lo mismo en 1830, 1848 y 1871 en Francia que en la pugna *artista* en la Gran Bretaña o en la lucha de clases en Alemania y Suiza. Otro tanto se puede decir de los países latinos: Italia, España y América Latina, y, desde luego, de los eslavos en general y de Rusia en particular. El surgimiento espontáneo de los soviets en 1905 no fue sólo el agrupamiento independiente de los trabajadores respecto al capital, sino también, en cierta medida, a los aliados intelectuales de este

último. No es un accidente el que, ya desde esa fecha, los partidarios de Machajski, los igualitaristas y ciertos anarquistas —corrientes políticas que coinciden en una práctica *manualista* radical— dejan sentir su influencia a nivel de las masas, siendo, como son, la expresión teórica del instinto antintelectual de los trabajadores manuales organizados. El *manualismo*, la forma larvaria de la revolución cultural, vuelve a irrumpir cuando, de febrero a octubre de 1917, resurgen los soviets y, con ellos, el *nihilismo cultural* de las masas. Tras la toma del poder por parte de los bolcheviques, no desaparece del todo el antintelectualismo, como lo muestra, entre otros indicios importantes, el florecimiento durante algunos años del *proletkult*. La teoría de la *cultura proletaria* —que combatieron Lenin y Trotsky-⁷¹ es una clara expresión del manualismo, llevado al terreno del arte. El *proletkult* denunciaba toda la cultura del pasado como cultura burguesa, decadente, opresora. El manualismo inserto en su discurso se hace evidente en el hecho de negar en bloque las manifestaciones culturales prerrevolucionarias, en no distinguir la ciencia de la ideología, etcétera. El igualitarismo manualista fue desmantelado de manera total por Stalin hacia los últimos años de los veinte (aproximadamente al mismo tiempo en que el georgiano se hallaba empeñado en la lucha cupular contra Bujarin, Rykov y Tomsy) . Pero el *manualismo* vuelve a hacer acto de presencia en la revolución cultural china y en la revolución de los *Kmers rojos* de Camboya dirigidos por Pol Pot y Ieng Sery.

⁷¹ Este último en su obra *Literatura y revolución*.

CAPITULO IV

LA REVOLUCIÓN CULTURAL CHINA

Nada más alejado de la verdad que interpretar el devenir histórico de China bajo el modelo europeo de la periodización (comunismo primitivo, esclavismo, feudalismo y capitalismo). Si este esquema engelsiano no se ajusta a un país eurasiático como es Rusia, con mayor razón no puede ser aplicado a una realidad histórica tan diversa a la de Europa occidental como es la de China. Cuando leemos, para poner un ejemplo, que "Confucio vivió en el período de transición entre la sociedad esclavista y la feudal, una época de grandes cambios sociales durante la cual se quebrantaba cada día más el sistema esclavista",⁷² se está reduciendo la complejidad de las transformaciones sociales de China (que implican la existencia, fortalecimiento y descomposición del *modo de producción asiático*) a una concepción esquemática, y además simplificada, de la periodización lineal propuesta por Engels y avalada por los bolcheviques. Es de subrayarse, al llegar a este punto, que la interpretación de la periodización histórica de China en el sentido indicado (esto es, engelsiano y leninista) no es el producto de tal o cual escritor individual (en este caso Che Chün), sino que es el *punto de vista oficial* del PCCh sobre la historia de China. Y es importante poner de relieve tal cosa porque estamos convencidos de que hay una estrecha relación, una unidad estructural, entre la forma en que se concibe la *seriación histórica* (las formaciones sociales que se suceden unas a otras) y la teoría de las clases sociales. Si se concibe la transformación social de la historia de un pueblo en el sentido de la *periodización europea* hay la *tendencia* a concebir de manera *binaria* la sociedad capitalista. Sí, por lo contrario, se piensa dicho movimiento de la sociedad en el sentido de la *periodización asiática* hay, asimismo, la *tendencia* a interpretar de manera

⁷² En la "Doctrina confuciana del medio, filosofía opuesta al cambio social" de Che Chin, en *China: la lucha por el poder*, Editorial Hacer, Barcelona, 1978, p. 81.

ternaria la formación capitalista. ¿A qué se debe tal cosa? A que el modo de producción asiático —negado o subestimado por los defensores de la periodización europea absolutizada— muestra, pone de relieve, devela una "clase" social —la burocracia política, los administradores del Estado— que se halla en el poder *sin ser (o sin que necesariamente sea) poseedora privada de medios de producción y/o de tierra*. Es, sí, poseedora colectiva. Y puede serlo porque, dada la división vertical y horizontal del trabajo, tiene acceso a los conocimientos y a las experiencias indispensables para ejercer su papel, despótico o moderado, de mandarinato administrativo. *El modo de producción asiático es un modo de producción intelectual primitivo*. Un modelo de producción en el que una *clase intelectual* embrionaria ocupa los puestos de mando. Los partidarios de la periodización ortodoxa tienen grandes dificultades o están imposibilitados para apreciar la existencia de esta clase, en virtud de que conciben en general la clase social que está en el poder (en los regímenes esclavistas, feudal y capitalista) como una clase en la que sus integrantes son *poseedores privados* (el *amo* de medios de producción y mano de obra esclava, el *señor feudal* de tierra y el capitalista de las condiciones *materiales* de la producción). La *periodización europea* "induce" a sus promulgadores a poner el acento en las clases en el sentido *apropiativo-material* de la expresión (y su secuela de propiedad privada) y la *periodización asiática* "lleva" a sus promotores a no olvidar las clases en el sentido *apropiativo-intelectual* del término (y su consecuencia de propiedad colectiva de clase). Hemos dicho que la *periodización europea* induce a una cosa y la *periodización asiática* a otra. *Induce* significa aquí que los defensores de una interpretación u otra tienen la *tendencia*, emanada de su propio enfoque, a aceptar una teoría dicotómica o tricotómica de las clases sociales. Hallarse instalado en una *tendencia teórica* (en un camino discursivo allanado para arribar a ciertas conclusiones) no significa, sin embargo, que la tendencia se convierta en todos los casos en consumación. Hay teóricos, en efecto, que, aunque partan de la *periodización asiática*, se aferran al punto de vista *binario* de las clases sociales y hay quienes, partiendo de la *periodización europea*, logran entrever la existencia de la "tercera clase". Los primeros apoyan su *binarismo*, por ejemplo, en el hecho de que, tras la descomposición del modo de producción asiático, las clases sociales se empiezan a polarizar en la contradicción principal (a la que acaban por interpretar como dueña absoluta de la escena) entre el capital y el trabajo. Los segundos apoyan su *ternarismo* en argumentos como el de que, aunque la clase que está en el poder (por ejemplo en el feudalismo) es una poseedora privada, hay otras instituciones nada

despreciables (como la Iglesia católica) que se caracterizan por tener una posesión colectiva de clase.

El PCCh concibe la historia de China, por consiguiente, bajo el modelo exógeno de la periodización europea. No toma en cuenta que en el pasado de China hubo un modo de producción asiático y una *clase intelectual* embrionaria. Es un partido que, en coincidencia con todos los partidos afiliados a la III Internacional, se define por el *binarismo* y no toma en consideración que la sociedad poscapitalista ha heredado del capitalismo, como el capitalismo de los regímenes precapitalistas, una *clase intelectual* que, potenciada y elevada a dominante en el *modo de producción asiático*, se generó en la sociedad primitiva y, refuncionalizada en el capitalismo, llega a su *sustantivación* en el régimen actual de China. Detengámonos, pues, en la concepción *binaria* de las clases sociales que ha sostenido siempre (con inclusión de la etapa, iniciada en 1966, de la revolución cultural china) el PCCh en general y el maoísmo en particular.

A pesar de las muchas y profundas diferencias existentes entre la revolución bolchevique y la revolución china, ambas tienen algo en común: el que, tras de una etapa de transición⁷³ se configuraron como *modos de producción intelectuales*. La característica esencial del MPI (o sea la "socialización" de los medios de producción industriales y la colectivización agrícola) encarna de manera nítida en la URSS de la primera mitad de los treinta y en la China de la segunda mitad de los cincuenta. No es un accidente que las burocracias de la Unión Soviética y de China afirmen que a partir de ese momento, está ya creado el *socialismo* en sus respectivas naciones. Como el grado de desarrollo de ambos países diverge ostensiblemente, debemos subrayar que, aunque la URSS y China coinciden en poseer un mismo modo de producción (el MPI), se diferencian en tanto *formaciones sociales*.

Antes de pasar adelante queremos dejar sentado que somos de la opinión de que, entre los revolucionarios, sólo quienes caen en cuenta o vislumbran la conformación *ternaria* de las clases sociales en el capitalismo, se inclinan a

⁷³ En la Unión Soviética, de 1917 a 1936, tras los períodos del capitalismo de Estado, del comunismo de guerra, de la NEP y del proceso de colectivización agrícola que se conoció con el nombre de "gran viraje". En China, de 1949 a 1956, tras las fases de reconstrucción económica y reforma agrícola (1949-52) y el primer plan quinquenal (1953-57).

promover una *revolución cultural* en la fase posrevolucionaria o, anticipativamente y con todas las limitaciones del caso, en el período prerrevolucionario. Si del *ternarismo* se deduce una posición revolucionaria, del *binarismo* arranca una posición reformista en lo que al problema de la cultura se refiere. Los *ternaristas* pretenden no sólo socializar los medios *materiales* de la producción sino, como hemos subrayado con insistencia, subvertir la división del trabajo. Pretenden expropiar a un nuevo tipo de expropiadores: a los trabajadores del intelecto. Expropiarles no sus medios intelectuales de producción, sino la monopolización de ellos, porque la intelectualidad constituye una *clase social* que detenta no sólo ciertos conocimientos y experiencias, sino los privilegios que emanan de la inaccesibilidad del acervo cultural a los trabajadores manuales. Los *binaristas* no son, en lo que al problema de la cultura se refiere, revolucionarios en sentido cabal. Están convencidos de que no necesitan serlo. Como en el capitalismo, piensan, no hay sino dos y sólo clases sociales (las demás, como la llamada clase media, carecen en rigor de dicho status), el trueque de contrarios, mediante el cual el proletariado pasa a ser de clase dominada a dominante y el capital de clase dominante a dominada, abre las puertas para que la "socialización de la cultura" pueda fluir libremente y sin perturbaciones *clasistas*. De acuerdo con el discurso teórico de los *binaristas*, no hay sino un elemento que se opone a la socialización de la cultura: el capital. Como, tras la revolución anticapitalista, el capital es una clase dominada y en vías de extinción (una clase histórico-evanescente), la oposición a la socialización de los conocimientos y experiencias también se halla dominada y en vías de extinción. Puede haber algunos estratos del proletariado (por ejemplo trabajadores intelectuales aburguesados) que se opongan a la socialización de los conocimientos y a la pérdida de los privilegios emanados de su propiedad privada; pero estos elementos son residuales y no presentan la consistencia de una clase social ni la comunidad de intereses, resistencias e implicaciones sociales que se derivarían de ser tal cosa. Los *binaristas* son, por consiguiente, no partidarios de la *revolución cultural*, sino de la *reforma cultural*. Pueden hablar, y hablan, de *revolución cultural*; pero entienden por ésta una mera *reforma cultural*. En contra de ello, sólo se puede preconizar, en sentido estricto, la necesidad de una *revolución cultural* cuando se reconoce la existencia de una *clase intelectual* contra la que hay que enderezar la lucha de clases del proletariado manual, *en la conciencia* de que, aquélla constituye una agrupación social que tiene en la monopolización de los conocimientos y experiencias su razón de ser.

El PCCh, antes de la toma del poder en 1949, se ciñó a un ideario *binarista* en lo esencial. Es cierto que, con anterioridad a la implantación de la *Nueva Democracia*, se sucedieron en el partido varias "campañas de, rectificación" que pueden ser caracterizadas en cierto sentido como antecedentes de la revolución cultural de 1966. La más importante de éstas fue la que tuvo lugar en Yenán en la primera mitad de los cuarentas.⁷⁴ John G. Gurley nos dice: "Hay veces, pensaba Mao, en que una revolución cultural o ideológica debe preceder a cualquier intento de desarrollo de la base económica. El movimiento de rectificación de 1942-44, mantenido en Yenán durante la escalada de la guerra con el Japón, fue la culminación de anteriores esfuerzos de Mao para conseguir progreso ideológico dentro del partido; este movimiento trataba de enseñar a numerosos miembros del partido los fundamentos del marxismo y su aplicación a la revolución china; el partido publicó documentos de estudio sobre la teoría marxista, problemas e historia de China y asuntos soviéticos, organizó discusiones de grupo y al final hubo exámenes generales... Mao pedía que el marxismo se hiciera chino y el objetivo específico del movimiento fue el grupo ir de dirigentes del partido que había estudiado en Moscú, los cuales veía Mao, al volver a China, utilizaban el marxismo-leninismo de una manera dogmática... Fue durante esos tiempos difíciles cuando todo el PCCh fue a la escuela".⁷⁵ Este es un caso típico, a nuestro modo de ver las cosas, no de *revolución cultural* sino de *reforma cultural*. De *reforma cultural dentro del partido*. Los dirigentes maoístas del PCCh —Mao incluido— no se autoconciben como los miembros de una *clase intelectual* contrapuesta a los trabajadores manuales o a los militantes humildes e ignorantes, sino como el estrato más consciente del partido que, en lucha contra el dogmatismo y la ignorancia (ignorancia que incluía hasta el analfabetismo), pretende elevar el grado de conciencia de los comunistas, volver al partido más eficiente, fortalecer, vía la educación, el compromiso de los militantes con una lucha de clases que se acercaba a su momento más alto. La *reforma cultural* implica siempre dos elementos: el *paternalismo de la educación* (en que los maestros enseñan a los alumnos *lo indispensable* para que entiendan y lleven a la práctica con

⁷⁴ "Mao lanzó entre 1942 y 1944 una 'gran campaña de rectificación', en la que los incitaba (a los comunistas y soldados) a adoptar los valores colectivos, que, según ciertos testimonios, fue comparable a la futura revolución cultural" (K.S. Karol, *La segunda revolución china*, Seix Barral, Barcelona, 1977, p. 46).

⁷⁵ John G. Gurley, *Desafíos al capitalismo*, Editorial Ariel, Barcelona-Caracas-México, 1979, pp. 162-163.

entusiasmo sus directivas) y la *eficiencia de la acción* (en que los dirigentes intelectuales buscan no sentar las bases para subvertir la división del trabajo —lo cual implicaría reconocer la existencia de un estrato de la clase intelectual *dentro* del partido—, sino una "buena" división del trabajo, con una membresía menos ignorante, que convierta la organización partidaria en más eficaz y operativa). El Movimiento de rectificación de 1942-44, por integrar en un todo el *paternalismo educativo* y la *eficiencia de la acción*, debe ser definido, por consiguiente como un caso de *reforma cultural partidaria*, lo cual no excluye, al mismo tiempo, que pueda y deba ser caracterizado como un antecedente de la revolución cultural de 1966-69.

Acudamos ahora al aspecto teórico. Mao Tse-Tung escribió en 1926 su texto *Análisis de las clases en la sociedad china* que nos interesa especialmente por su vinculación con nuestro tema. Es un texto, aclaremos, escrito contra Chen Du Siu y Chang Guo Tao, defensores, según Mao, del oportunismo de derecha y del oportunismo de izquierda respectivamente en el seno del Partido. Uno, prestaba atención únicamente a la colaboración Kuomintang-Partido Comunista y el otro sólo al movimiento obrero; pero ambos olvidaban, o relegaban a un segundo plano, a los campesinos. Mao distingue las siguientes clases en la sociedad china de la segunda mitad de los veinte: *las clases terratenientes y de compradores, la clase media, el semiproletariado, el proletariado y el lumpen-proletariado*. Si hacemos a un lado *las clases terratenientes* (por ser una supervivencia del pasado feudal) y el *lumpen-proletariado* (por ser un sector marginado de la producción y de la vida económica del país), las clases sociales que enumera Mao pueden ser reducidas primeramente a cuatro: la *alta burguesía* (que comprende a los *compradores*), la *clase media* (que abarca a la burguesía nacional y la pequeña burguesía) el *semiproletariado* (que comprende a los campesinos pobres, los artesanos, los empleados de comercio y los buhoneros) y el *proletariado*. Si tomamos en cuenta, por otro lado, que unas clases son poseedoras y otras desposeídas, estas cuatro clases se reducen a dos: a) *burgueses* (que se subdividen en gran *burguesía* —compradora y nacional— y *pequeña burguesía*, que abarca a los campesinos pobres, artesanos, comerciantes en pequeño y buhoneros) y b) *proletarios*. ¿Qué idea se hace Mao de la pequeña burguesía? Es el estrato inferior de la clase media. Aunque las distintas capas de la pequeña burguesía tienen aproximadamente la misma situación económica, se clasifican, según Mao, en tres grupos: 1. El ala derecha de la pequeña burguesía: aquellas personas que, por su trabajo manual o mental, tienen un excedente anual. Como su situación económica está

próxima a la clase media, esto es, a la burguesía nacional,⁷⁶ creen en la propaganda de ésta y adoptan una actitud escéptica hacia la revolución. 2. Otro grupo está compuesto por los que se mantienen por sí mismos, sin obtener un excedente. Se mantienen políticamente neutrales; pero no se oponen a la revolución. Es un grupo muy numeroso y compone aproximadamente la mitad de la pequeña burguesía 3. El tercer grupo, el ala izquierda, está compuesta por elementos empobrecidos. Como Mao incluye a los trabajadores intelectuales dentro de la pequeña burguesía, no los considera una *clase social* aparte, sino una capa o estrato de la pequeña burguesía. Mao se define aquí, por consiguiente, como partidario en última instancia de una teoría *binaria* de las clases sociales. *Binarismo* no significa, que quede claro, que se enumeren o consideren sólo dos clases sociales. No. Significa que el espectro de clases sociales tomado en consideración gira en torno de las dos y sólo dos clases *básicas* del capitalismo: capital y trabajo. Mao enumera cinco clases sociales porque no sólo emplea un criterio de clasificación (por ejemplo la propiedad o no de medios de producción) sino varios: la supervivencia de clases feudales, la marginalidad, etcétera. Y lo hace así, probablemente, por razones políticas. Pero si tomamos en cuenta que las clases incluidas en su clasificación, excepción hecha del capital y el trabajo, son clases en transición o sin consistencia, se advierte con toda claridad su *binarismo*. No nos interesa en este sitio hacer una crítica general del análisis de Mao de las clases sociales de los veintes en China. Lo que nos interesa subrayar es que, como el criterio *esencial* de clasificación que subyace en su propuesta es la propiedad o no de los medios *materiales* de la producción, el abanico de clases que enumera empíricamente se reduce en fin de cuentas a dos: los poseedores y los desposeídos. Las otras clases, se definen a partir y en función de las dos básicas. Capital y trabajo constituyen las *clases fundamentales* de la sociedad capitalista. Las demás, por importantes que sean, resultan clases secundarias, transitorias, sin sustantividad. Se trata, pues, de la teoría *binaria* de las clases sociales.

Junto con la concepción europeizante de la periodización histórica de China y la descripción de las clases sociales en el capitalismo, hay en el PCCh en general y en la obra de Mao Tse-Tung en particular otro elemento que gira en torno del *binarismo*: su concepto de la clase dirigente de la revolución. Reparemos un momento en este tema.

⁷⁶ Burguesía nacional que mostraba su posición política en esta divisa: "Levantad el puño izquierdo para derribar al imperialismo y el puño derecho para derribar al Partido Comunista".

Como se sabe, el problema de la revolución china fue una de las cuestiones más debatidas, en el seno de la Comintern y otras instancias, entre la mayoría estalinista y la oposición trotskista. Pese a las diferencias que prevalecieron entre ambas posiciones —una poniendo el acento en las alianzas con el Kuomintang y la otra en la organización y reforzamiento de los *soviets*— poseían un común denominador que las hermanaba: *ambas posturas, herederas de la experiencia bolchevique, se hallaban convencidas de que la revolución socialista no podía ser obra sino de la clase obrera industrial y de que el campesinado tenía que limitar su papel al de mero aliado del sujeto histórico esencial*. Las posiciones de Stalin y Trotsky al respecto eran algo así como reedición de las "dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática", en la que a Stalin le tocaba jugar un papel semejante a los mencheviques y a Trotsky un rol análogo a los bolcheviques. Claro que el panorama histórico se había modificado y Stalin no podía argumentar de manera idéntica a como lo hicieron en su momento Plejanov y Martov ni a Trotsky le era dable polemizar del mismo modo en que Lenin lo llevara a cabo después del II Congreso del POSDR. Pero, en su núcleo fundamental, las posiciones eran muy similares: el uno ponía el acento en las alianzas ("sin olvidar" la independencia) y el otro hacía énfasis en la independencia ("sin olvidar" las alianzas). Se trataba, pues, de una antítesis irreconciliable, por un lado, Y que se movía, por otro, en el nivel de suposiciones ilusorias divorciadas de la realidad específica de una China fundamentalmente agraria. Tras la traición del Kuomintang, y las masacres de 1927 en Shangai y Cantón, las posiciones de Stalin y Trotsky revelaron, con su dogmatismo obrerista, su irrealidad histórica. El maoísmo representa, en este instante, un violento cambio de terreno: la superación de la antítesis Stalin-Trotsky y la intuición revolucionaria de la estrategia, verdaderamente destructiva, del PCCh. Este cambio de terreno consistió, como se sabe, en un desplazamiento del lugar de lucha (de la ciudad al campo), del sujeto revolucionario (del proletariado industrial al campesinado pobre) y de la forma de lucha (del sindicato al Ejército Revolucionario fundado en el pueblo perdido de Ching Kangshan). Las "preocupaciones" de Stalin y de Trotsky —la acumulación de fuerzas y la independencia— reaparecieron en un nuevo contexto: ya no era la clase obrera la destinada a tomar un camino o el otro, sino que era el campesinado, pobre el que, mediante la *línea de masas*, debería salvaguardar su independencia que, mediante una hábil política de alianzas, debería pugnar por la acumulación de fuerzas. Todo ello sería realizado, además,

en y desde el campo y mediante la lucha armada.⁷⁷ Después del desastre de 1927, Mao diseñó la nueva estrategia: "alianza de la vanguardia proletaria con la inmensa masa de los campesinos superexplotados, creación de bases de apoyo permanentes y formación del Ejército Rojo para una larga guerra revolucionaria en el campo".⁷⁸ Detengámonos en la primera frase de este programa: ¿qué significado histórico posee la "alianza de la vanguardia proletaria con la inmensa masa de campesinos superexplotados"? En varias ocasiones, hemos asentado que, en un proceso revolucionario, intervienen dos tipos de clases sociales: la *clase histórica* y las *clases empíricas*. La *clase histórica* es aquella que, formando parte del bloque revolucionario, contiene en sí misma la potencialidad (derivada de sus condiciones objetivas y subjetivas, materiales y espirituales) de entronizarse en el poder, una vez destruido al régimen anterior. La clase burguesa es la clase histórica de la revolución democrático-burguesa, la clase intelectual lo es de la revolución proletario-intelectual. Las *clases empíricas* son aquellas que intervienen en el proceso de cambio, aliadas a la clase histórica, pero que carecen de la capacidad objetiva de advenir al poder. Hay dos géneros de clases empíricas: las *empírico-decisivas* y las *empírico-participativas*. Las primeras son aquellas, parte fundamental del bloque revolucionario, cuya presencia combativa determina el cambio: sin la acción de los campesinos y los obreros no podría tener lugar la revolución democrático-burguesa, sin la combatividad de los obreros y los campesinos no podría llevarse a cabo la revolución proletario-intelectual. Las clases empírico-decisivas *constituyen los agentes esenciales del desmantelamiento de un régimen y de su sustitución por otro*. Las clases empírico-participativas son aquellas que ni están en condiciones de llegar al poder (como la clase histórica) ni constituyen los factores esenciales de la transformación (como las empírico-decisivas), sino que, formando parte del bloque revolucionario, colaboran de manera más o menos importante, según las condiciones, en el cambio social. Tal el caso de la clase intelectual, del lumpen-proletariado, de la pequeña burguesía (como fracción burguesa), etcétera, en la revolución democrático-burguesa, y de ciertos elementos burgueses o pequeño-burgueses, del lumpen-proletariado, etcétera, en la

⁷⁷ La hostilidad de Trotsky respecto a la guerra revolucionaria de Mao era tan ostensible que "llegaba hasta el extremo de decir que el ejército de Mao se convertiría en el instrumento de la burguesía rural y acabaría batiéndose contra el proletariado urbano. Eso explicaría, según Deutscher, el antimaoísmo de los trotskistas dogmáticos" (K.S. Karol, *Ibid.*, p. 111).

⁷⁸ *Ibid.*, p. 38.

revolución proletario-intelectual. Somos de la opinión 'de que una revolución social no debe ser definida sólo por las clases empíricas que intervienen en su proceso, ni siquiera por las empírico-decisivas. Llevar a cabo tal cosa —y decir, por ejemplo, que la revolución democrático-burguesa es una *revolución agraria* y que la revolución proletario-intelectual es una *revolución proletaria*— es llevar a cabo una definición unilateral y metafísica, en una palabra, es realizar una *caracterización empirista* de la revolución. La revolución social debe ser caracterizada, nos parece, tomando en cuenta no sólo el "por" (el bloque revolucionario) sino el "para" (la clase social beneficiaria del proceso de cambio a las clases empíricas (y, sobre todo, empírico-decisivas) sino a la clase histórica. La definición empirista de la revolución social debe ser sustituida, en consecuencia, por la *caracterización histórico-dialéctica* de la misma. La clase histórica, por otro lado, posee un *sector histórico*: la fracción de la clase que, a diferencia de las otras capas, lucha (como sector *para-sí* de la clase en cuestión) en el sentido y la dirección de la emancipación de la clase en su conjunto y su toma del poder. Los burgueses más conscientes y combativos (aliados a la intelectualidad antifeudal) conformaron la vanguardia de la revolución democrático-burguesa y, por ende, se definieron en la práctica como el sector histórico, para sí, de la clase histórica en ascenso. La intelectualidad revolucionaria, marxista-leninista, ha constituido la vanguardia de la revolución proletario-intelectual y se ha develado, por consiguiente, como el sector histórico de la clase histórica en ascenso. Una vez aclarado lo anterior, no podemos caracterizar a la revolución china como una revolución agraria, porque si hiciéramos tal cosa estaríamos cayendo en una definición ideológica y unilateral: en una concepción empirista. No. La revolución china es, como la "soviética", proletario-intelectual. Tal es su caracterización histórico-dialéctica. Pero hay una diferencia entre la revolución bolchevique y la revolución china: la primera es esencialmente *obrero-intelectual* (hecha *por* los obreros *para* los intelectuales) mientras que la segunda es en lo fundamental *campesino-intelectual* (hecha *por* los campesinos *para* los intelectuales). La clase empírico-decisiva que intervino en la revolución bolchevique (sin subestimar a los campesinos) fue el *proletariado industrial*. La clase empírico-decisiva que participó en la revolución china (sin olvidar a los obreros) fue el *proletariado rural* y los campesinos pobres (dueños de lo que llamaba Marx una "propiedad fantasma"). Las dos son revoluciones *proletario-intelectuales*; pero la clase intelectual (como "por dirigente" del proceso) se apoyó en diferentes clases empíricas: la "vanguardia proletaria" bolchevique en los obreros y la china en los campesinos; los primeros fueron el "por dirigido"

esencial de la revolución leninista y los segundos el "por dirigido" fundamental de la maoísta. Resulta evidente por qué la *revolución intelectual* bolchevique fue proletario-industrial y la china fue proletario-rural: ello se debe al diferente grado de desarrollo capitalista. Si Rusia era un país atrasado respecto a Europa occidental, una nación "agraria" en relación con el occidente industrial, China era un país atrasado en comparación de la URSS y una nación *agraria* respecto a su vecino del norte. Pasemos a otro punto. ¿Qué era esa "vanguardia proletaria" que, de acuerdo con el postulado maoísta, debía aliarse con el grueso de los campesinos superexplotados? Era el Partido Comunista. Los intelectuales revolucionarios y los obreros intelectualizados que, habiendo estado antes en su mayoría en las ciudades (de 1919 a 1927), ahora, obligados a desarraigarse de la producción industrial por la represión, y respondiendo a la línea política maoísta, se desplazan al campo y, más que "aliarse" a los campesinos, se convierten en sus dirigentes. *El PCCh, la "vanguardia proletaria" del proletariado rural y los campesinos pobres, no es otra cosa que el sector histórico de la clase intelectual que se apoya materialmente en cientos y miles primero, y en millones de campesinos después para llevar al poder, sustentándola, a la clase intelectual en su conjunto.*

La URSS y China son el producto, entonces, de dos revoluciones *proletario-intelectuales*. En ambos casos, una clase empírico-decisiva (obrero en el primer caso, campesina en el segundo), controlada férreamente por un puñado de intelectuales revolucionarios, creo las condiciones para que, con el advenimiento de la clase intelectual el poder —y en especial de su cúpula burocrática—, se creara un régimen, ni capitalista ni socialista, al que la conviene la denominación de *modo de producción intelectual* (MPI) . Si por *modo de producción* entendemos un concepto abstracto mediante el cual se recogen, articulados, los elementos definitorios de un sistema socioeconómico, la URSS y China —como por lo demás todos los países llamados socialistas— pueden ser considerados como formando parte de un mismo modo de producción: el MPI. Si por *formación social* entendemos, por lo contrario, un concepto concreto en el cual se asumen los factores integrantes, condicionados a un tiempo y a un espacio determinados, de una realidad social específica, la URSS y China difieren ostensiblemente. Son, pues, *dos formaciones sociales distintas de un mismo modo de producción*. Lo mismo se puede decir, para poner otro ejemplo, de dos países como Japón y México: en ambos impera el modo de producción capitalista, aunque se diferencien tajantemente como *formaciones sociales*.

No pocos marxistas afirman que países como la URSS o China, si bien no son socialistas en sentido estricto, sí son *regímenes de transición* en los que se está pugnando por construir el socialismo. En otra parte hemos escrito: "Marx y Engels entienden, en términos generales, por *régimen de transición* entre el capitalismo y el comunismo plenamente conformado, la *fase socialista* del proceso revolucionario".⁷⁹ "Lenin se aferró a este punto de vista en la mayor parte de sus obras. Pero en la última fase de su vida, y estando el partido bolchevique ya en el poder, empezó a manejar otro concepto de fase de transición...: ya no se trata de la transición al comunismo, sino de la transición al socialismo o, dicho de otra manera, se trata de la *transición a la transición*".⁸⁰ Los marxistas que se aferran al punto de vista de que los países "socialistas" son regímenes de transición se apoyan, en general, en la tesis de la *transición a la transición*. De acuerdo con ellos, en la URSS y en China están combatiendo aún las fuerzas de lo nuevo (socialistas) y las fuerzas de lo viejo (capitalistas) ; pero la ley de tendencia, sin descartar del todo la posibilidad de una regresión, será la instauración final del socialismo. Este punto de vista, que contrasta con el enfoque triunfalista de los ideólogos oficiales de las burocracias (para los cuales el socialismo ya ha sido creado en sus naciones), confunde un *sistema*, que se diferencia tanto del capitalismo cuanto del socialismo, con el tránsito de un régimen al otro, como si se caracterizara el capitalismo (que no es *ni* feudal *ni* socialista) como el régimen de transición del feudalismo al socialismo, cuando se trata de un modo de producción colocado entre ambos. El concepto de *régimen de transición* no puede identificarse con el de *modo de producción*, sino con el de *sustitución conflictiva de uno por otro*. El capitalismo ha sido sustituido en la URSS y en China por el MPI. Son falsas las tesis "*optimistas*" de que son naciones ya socialistas; pero también las tesis "*pesimistas*" de que son regímenes de transición. En realidad, son naciones que se han constituido como un MPI tras de pasar por su propio régimen de transición. En efecto, el período que va de 1917 a 1936 en la URSS y el que va de 1949 a 1958 en China, son *periodos de transición*; pero no de transición al comunismo ni de transición al socialismo (de transición a la transición) . No son tampoco la perpetuación o congelamiento del régimen de transición (al socialismo) como quieren algunos, confundiendo, el modo de producción *intermedio*, con el

⁷⁹ Enrique González Rojo, "En torno al concepto de proceso de transición", en *Iztapalapa*, UAM, 1979, p. 3 (y en *Obra filosófico-política*, t. III, cap. VI, Ed. Domés).

⁸⁰ *Ibid.*, p. 4.

paso contradictorio de uno a otro. No. *Los períodos mencionados encarnan la fase de transición del capitalismo al MPI.* A partir, en efecto, de 1936, la URSS es un MPI plenamente conformado. Al final del primer plan quinquenal, China es, por su parte, no un país socialista, sino un MPI cabalmente configurado. De 1917 a 1936 —en que se pasa por las fases del capitalismo de Estado, del comunismo de guerra, de la NEP y del "gran viraje" (o la colectivización agrícola)— de 1949 a 1958 —en que se atraviesan las fases de la Nueva Democracia, la reforma agraria y el primer plan quinquenal—, la URSS y China son el escenario en que luchan la clase intelectual (en el poder), apoyada en los obreros y los campesinos, contra el capital privado, hasta culminar con el desmantelamiento de este último y la creación del MPI.

Una característica esencial del proceso de construcción del MPI es el doble movimiento de aniquilamiento del poder burgués, por un lado, y de la autonomía proletaria, por otro. *La clase intelectual levanta el puño izquierdo contra el capital privado y yergue el puño derecho contra la organización autónoma de las masas.* Tanto el PCUS como el PCCh han justificado el levantamiento del puño derecho contra la organización autónoma de las masas, por la necesidad de blandir eficazmente, sin perturbaciones, el puño izquierdo contra los capitalistas. Es claro que la revolución bolchevique y la china tienen diferencias importantes. Destaquemos algunas:

1. Como dijimos, la china es fundamentalmente agraria, en tanto la rusa es esencialmente obrera. La *smichka* —la alianza obrero-campesina⁸¹ tiene, por ello, diferente carácter en ambas revoluciones. En Rusia, la revolución de 1917 —tanto la de febrero cuanto la de octubre— fue la articulación de dos procesos diferentes: la revolución obrera, con una tendencia anticapitalista, dirigida por los partidos marxistas y hegemonizada finalmente por los bolcheviques, y la revolución campesina, con una tendencia democrático-burguesa, dirigida por el partido socialista revolucionario. Este desfase entre ambos procesos, esta dinámica diferente de la lucha urbana y campesina, es una de las causas esenciales de la forma

⁸¹ **O**, como dice Stephen F. Cohen, eufemismo que alude a "las relaciones entre el partido y los campesinos" (*Bujarin y la revolución bolchevique*, ii XXI, España, 1976, p. 207).

específica que asumió el desarrollo de la formación social intelectual rusa.⁸² Desfase que culminará, no con la realización de la *smichka*, la armonía del proletariado urbano y el trabajador agrícola, la alianza de la hoz y el martillo, sino con la supeditación del campesinado a la *clase intelectual* en general y a su cúpula tecnoburocrática en particular. Tal es el sentido de la colectivización agrícola estalinista y el contenido de clase de la política del "gran viraje". En China las cosas se desarrollaron de manera muy diferente. La revolución no fue, en lo esencial, la articulación de dos procesos (uno urbano y otro agrario), sino un movimiento campesino que fue sitiando poco a poco a las ciudades hasta que, de 1945 a 1949, fue conquistando las más importantes. Aún más, en lo esencial, se puede afirmar que mientras la reforma agraria, fue en Rusia posterior, a la revolución de octubre (y hasta esperó más de diez años para asumir la forma de una plana "colectivización"), en China la reforma agraria se inicia antes de la toma del poder a nivel nacional y (sin hablar, por ahora, de las comunas generadas a partir de 1958) llega a su etapa de "colectivización" muy pronto (en 1955).

2. La revolución rusa y la china ofrecen, por otro lado, otra diferencia. Mientras el partido de Lenin toma el poder sin experiencias organizativo-estatales —y las presuposiciones teóricas al respecto, por ejemplo las vislumbradas en *El Estado y la Revolución*, resultaron enormemente desfasadas respecto a las exigencias reales—, el partido de Mao, con su línea de masas y sus *zonas liberadas* (Estados en miniatura), llega al poder con una larga experiencia administrativo-estatal.
3. Otra diferencia importante entre las revoluciones rusa y china se deriva de algo evidente de por sí: la bolchevique carece de precedentes (salvo el muy limitado y transitorio de la Comuna de París de 1871), en tanto que la China nace, precisamente, bajo la influencia, el auxilio y la cobertura de la revolución de octubre. Somos de la opinión, por ejemplo, de que el período de la Nueva Democracia, que va de 1949 a 1952, asimila las experiencias y evita los errores de la planificación económica de la URSS en los años veinte. La Nueva Democracia supera, por así decirlo, las fases del capitalismo de Estado, el comunismo de guerra y, en parte, de la NEP. Y esto no es un accidente. Se deriva del hecho, de una

⁸² Con sus consabidas prioridades: de la industria sobre la agricultura. de la industria pesada sobre la ligera, etcétera. La "acumulación originaria socialista" se realizó, además, a expensas no sólo de los obreros, sino de los campesinos.

obviedad innegable, de que cada intento de crear el socialismo sirve o puede servir a las luchas posteriores como un ejemplo de lo que debe hacerse (en ciertos aspectos) y de lo que no debe hacerse (en otros).

4. En íntima relación con la anterior, hay otra diferencia: mientras que, al nacer la revolución soviética, se ve rodeada automáticamente por un cerco capitalista *total* (para no hablar de la intervención de los ejércitos capitalistas en territorio ruso), al nacer, en 1949, la República Popular China, se ve circundada por un cerco capitalista *parcial*. La presencia de la URSS trae a la República Popular China dos consecuencias contradictorias: una positiva y otra negativa, una que puede ser caracterizada de cooperación y ayuda, protección y financiamiento y otra que puede ser evaluada como de restricción e impedimento, arrogancia y autoritarismo. La URSS ayudó, a no dudarlo, a la consolidación de la revolución *proletario-intelectual* china; pero obstaculizó lo más que pudo su desarrollo particular y específico. Cooperó generosamente con China en *lo que tienen de idéntico* la revolución bolchevique y la china, e intentó oponerse y convertirse en obstáculo *en lo que ofrecen de diferente* ambas revoluciones. Ayudó a la conformación del modo de producción nuevo que informaba a China; pero vio con reticencias e intentó torpedear la formación social específica que, a diferencia de la URSS, se acabó por gestar en China.

Una diferencia más entre las dos revoluciones es la siguiente: mientras el Ejército Rojo es creado después de la revolución rusa y aprovecha muchos elementos —incluyendo técnicos del Estado Mayor zarista y burgués—, el Ejército Rojo chino es organizado con antelación a la toma del poder y se caracteriza, en lo fundamental, por su composición campesina y popular.

Pese a estas diferencias, la organización económica de la nueva China se aproximó al modelo soviético, hasta coincidir prácticamente con él, al momento de aprobarse y llevarse a cabo, con la ayuda técnica, material y financiera de la URSS⁸³ el primer plan quinquenal (1953-1957). Como producto de este plan, por primera vez en la economía china, la proporción

⁸³ "La URSS concedió préstamos a los chinos con los que pudieron comprar, con pago retardado, alrededor de 200 plantas industriales completas, así como equipo militar y otros productos... Además, más de 10 000 expertos soviéticos fueron a China durante los años 50 para entrenar a los chinos en técnicas industriales, y China a su vez envió más de 13 000 estudiantes a la Unión Soviética para recibir enseñanza técnica superior" (John G. Gurley. *Desafíos al capitalismo*, Ariel, p. 185).

de la producción industrial fue, en la renta nacional, más importante que la de la agricultura. El índice del crecimiento de la economía fue del 14 por ciento anual y el sector industrial fue el que creció de manera más acelerada.⁸⁴ Uno de los textos más importantes de Mao Tse-Tung anterior al "gran salto" es el discurso del 27 de febrero de 1957. *Sobre el problema de la justa solución de las contradicciones que existen dentro del pueblo*. En este discurso, Mao asienta que; a partir de 1956, "podemos decir que las fuerzas principales de los contrarrevolucionarios están ya liquidadas", lo cual nos lleva a hacer tres comentarios: 1. Si el "régimen de transición" de la revolución rusa va de 1917 a 1936 aproximadamente, el de la china se extiende de 1949 a 1956-57; si el primero abarca, como hemos dicho, las etapas del capitalismo de Estado, el comunismo de guerra, la NEP y, respondiendo al "gran viraje", el primer plan quinquenal, el segundo comprende la etapa de la Nueva Democracia y el primer plan quinquenal. Aunque oficialmente ambos regímenes se autodesignaron *socialistas* al término de su respectivo primer plan quinquenal, y dieron por finalizado el período de transición, nosotros creemos que esas fechas representan, sí, el final de un período de transición; pero de transición no al socialismo sino al MPI. La URSS es, pues, un MPI desde 1936; China lo es desde 1956. 2. Es de observarse que sólo después de consolidado el régimen chino, como *un MPI* configurado a cabalidad, pudo oponerse y se opuso *políticamente* al PCUS en múltiples aspectos y 3. No puede soslayarse el hecho, asimismo, que únicamente después de consolidado el MPI chino, el PCCh, pudo oponerse de la misma manera, y se opuso, a la *política económica* de la URSS, como lo muestra el *gran salto* y los escritos económicos de Mao.

Pero comentemos tres aspectos esenciales de este famoso discurso: el concepto maoísta de *pueblo*, el problema de las contradicciones en el seno del pueblo y de la justa manera de solucionarlas y la problemática de la intelectualidad y la política de las 100 flores.

Comencemos por el concepto maoísta de *pueblo*. Mao opina que esta noción tiene un carácter histórico y relativo. Es falso suponer, como pretenden ciertas posiciones metafísicas, que el pueblo haya sido siempre el mismo y haya estado integrado por idénticos elementos en todo tiempo y lugar. El concepto de pueblo posee diverso contenido, presenta distinta composición en los diferentes Estados y períodos históricos. Por ejemplo, según Mao, el pueblo del período de la segunda guerra civil revolucionaria (que se

⁸⁴ K.S. Karol, *La segunda revolución china, op. cit.*, p. 63.

extiende de 1927 a 1937) difiere sustancialmente del pueblo que corresponde a la etapa de la guerra de resistencia a la agresión japonesa (que tiene lugar de 1937 a 1945). Mientras que en el primer período formaban parte del pueblo todas las clases sociales que integraban la sociedad china, con excepción de la burguesía compradora; en el segundo, el pueblo se hallaba conformado por todos los sectores sociales que se oponían al invasor japonés, incluyendo el *Kuomintang*. Para Mao, la intelectualidad es parte del pueblo no sólo en toda la etapa histórica que antecede a la fundación de la República Popular China (1949) sino que sigue siéndolo durante el período de la reconstrucción (de 1949 a 1953) y de la construcción económica (de 1953 a 1957, en que tiene lugar el primer plan quinquenal) . La intelectualidad, de acuerdo con el texto de febrero de 1957, pertenece, pues, al pueblo durante *toda la etapa* de transición. Aunque no llegó a formularse teóricamente de ese modo, sólo durante la revolución cultural proletaria, se consideró o tendió a considerarse a la intelectualidad como uno de los enemigos del pueblo. Para nosotros, en cambio, como la intelectualidad constituye una *clase social específica*, debe de ser ubicada como integrante del pueblo *antes* de la revolución "socialista" y como enemigo del pueblo —ahora constituido por los trabajadores manuales de la ciudad y el campo— *en* los regímenes del llamado socialismo, y que no son otra cosa que diversas encarnaciones del MPI. En íntima conexión con el concepto de pueblo, se hallan los dos tipos de contradicciones, de diferente carácter, que pone de relieve el texto de Mao: las contradicciones *en el seno del pueblo* y las que tienen lugar *entre el pueblo y sus enemigos*. Las contradicciones *en el seno del pueblo* no son, en términos generales, antagónicas; las que se llevan a cabo *entre el pueblo y sus enemigos* sí lo son. Cuando en el pueblo, por circunstancias históricas especiales, se hallan reunidas clases sociales normalmente polarizadas (como en el caso de la lucha del pueblo contra el invasor japonés de 1937 a 1945) se pueden distinguir, según Mao, dos clases diversas de contradicciones en el seno del pueblo; las contradicciones, no antagónicas, entre las diversas ramas de los trabajadores, y las contradicciones entre clases explotadoras y explotadas (o entre el capital y el trabajo) que, como arguye el texto que comentamos, presentan un aspecto antagónico y otro no antagónico. En el pueblo puede haber, por consiguiente, cuando se trata de una lucha antimperialista o nacional-liberadora, contradicciones antagónicas; pero cuyo antagonismo pasa a segundo plano frente al antagonismo preeminente que sufren en común la burguesía nacional y los trabajadores. El "aspecto antagónico" que continúa hallándose presente entre los explotadores burgueses y los

explotados laborales se deriva de la contraposición económica de ambas clases. Se trata pues, esencialmente, de un antagonismo *económico*. El "aspecto no antagónico" que aflora en las relaciones entre los explotadores y explotados tiene como su fundamento la contraposición de *toda* la sociedad china, el *Kuomintang* incluido, y los japoneses y sus peleles autóctonos. Este "aspecto no antagónico" posee, por consiguiente, un contenido fundamentalmente *político*. La formulación de Mao es aparentemente correcta; pero tiene, a nuestro parecer, un lado endeble: maneja homológicamente o con ambigüedad la noción de *trabajadores*. Si tomamos en cuenta, en cambio, que los trabajadores pueden ser trabajadores del intelecto o trabajadores manuales, y nos desplazamos *de* una concepción *binaria* de las clases sociales a una concepción *ternaria*, nos vemos en la necesidad de formular de manera distinta las cosas. En un país invadido por una potencia extranjera no sólo existen: a) las contradicciones entre el enemigo y el pueblo (la burguesía nacional incluida) a las cuales debemos considerar como *antagónicas*, con un antagonismo esencialmente político, aunque no, desde luego, únicamente político, b) las contradicciones, con un aspecto antagónico y otro no, entre los explotadores y explotados y c) las contradicciones, no antagónicas, entre los trabajadores de la ciudad y el campo. Si deshomologizamos el concepto de *trabajadores*, además de las tres variedades de contradicciones de diferente tipo, hay una cuarta variante: las contradicciones que existen, en el seno del trabajo, entre los que monopolizan los medios *intelectuales* de producción (o clase intelectual) y quienes carecen de ellos (o clase manual). ¿Qué tipo de contradicciones son éstas? Se trata, al igual que la segunda variante, de contradicciones dadas en el seno del pueblo (que lucha contra el enemigo imperialista) y que poseen un "aspecto antagónico" y otro no. El "aspecto antagónico", de carácter esencialmente económico, reside en el hecho de que los dueños de los medios *intelectuales* de producción dominan a los que carecen de ellos y constituyen la "clase media" de la formación capitalista, tendiente, si se presentan condiciones revolucionarias, a *sustantivarse* o, lo que es igual, a transformarse de clase *dominante* (respecto a la clase manual) en clase *explotadora* (bajo la forma del capitalismo tecnoburocrático de Estado propio del MPI). El "aspecto no antagónico" de las mismas, de carácter principalmente político, se desprende de *la* necesidad que tienen los intelectuales, como la propia burguesía nacional, de formar parte de un frente antimperialista.

Es interesante subrayar el hecho de que, para el Mao de 1957, la burguesía nacional formaba parte del pueblo durante todo el período de transición o

de Nueva Democracia. Charles Bettelheim escribe al respecto: "para apreciar las condiciones específicas de la construcción del socialismo en China, es preciso... tener en cuenta las características mismas de la evolución china. Ésta pasó sin interrupción, es decir en un *proceso único*, de la etapa de la revolución de la nueva democracia a la etapa de la revolución socialista. Una consecuencia de dicha continuidad radica en que la coalición de las tres clases (obreros, campesinos y burguesía nacional) que se había formado en el curso de la etapa de la nueva democracia se mantuviera en el curso de la etapa de la revolución socialista".⁸⁵ Y más adelante: "Tal cosa fue posible por el hecho histórico de que la burguesía china no era una burguesía imperialista... Dicha situación objetiva, combinada con la política de frente democrático popular unido preconizada por el PCCh, permitió el mantenimiento de la coalición de las tres clases a lo largo de la etapa de la democracia popular (de 1949 a 1957), como etapa de transición hacia el socialismo. Esta etapa se caracterizó por ser una forma específica de *alianza con y lucha contra* la burguesía nacional. Y ha desembocado (a través de un capitalismo de Estado controlado por un sector público dirigido por la clase obrera y el Partido Comunista) en la transformación socialista de la economía. Esta transformación, que se aceleró a partir de 1955, tiene una gran importancia teórica y práctica. En particular permitió que gran número de empresas industriales y comerciales fueran dotadas de administradores y técnicos experimentados, provenientes de las empresas industriales y comerciales capitalistas".⁸⁶ No vamos a enjuiciar en este sitio las apreciaciones de Bettelheim. Lo que nos interesa, al reproducir las citas anteriores, es hacer notar que, según Mao, la *clase* burguesa y la intelectualidad no superviven de la misma forma en el período de transición al "socialismo": la burguesía nacional continúa formando parte del *pueblo*, a sabiendas (por parte del PCCh) de que es una clase explotadora (lo cual lleva al Partido a la línea de *alianza con y lucha contra*), en tanto que la intelectualidad (revolucionaria) prosigue siendo parte del *pueblo* porque (se considera) no constituye una *clase social* diferenciada del capital y la clase obrera. El PCCh realizó diversos convenios con la burguesía nacional, con el doble objetivo de atraerla al amplio frente

⁸⁵ Charles Bettelheim, Jacques Charriere, Helene Marchisio, *La construcción del socialismo en China*, Ediciones Era, México, 1975, p. 18-19.

⁸⁶ *Ibid.*, p. 19.

de la Nueva Democracia y de utilizar sus conocimientos técnicos.⁸⁷ Nos parece, aún más, que el segundo objetivo es más decisivo incluso que el primero. La burguesía nacional de un país capitalista subdesarrollado y con profundos residuos precapitalistas se caracteriza, en general, por encarnar lo que hemos llamado una *dualidad clasista*, consistente en que no sólo son dueños de los medios *materiales* de la producción (y pertenecientes, por tanto, a la *clase capitalista*), sino dueños de los medios *intelectuales*, técnicos y administrativos de la producción (y pertenecientes, por ende, a la *clase intelectual*). Los convenios que llevó a cabo el Estado maoísta con el capital privado contemplaban más el aspecto *técnico-intelectual* de los burgueses que el de poseedores de las condiciones materiales de la producción. Aún más. Generalmente estos contratos (de 6, 7, 8 años) estipulaban que, a su vencimiento y al convertirse la empresa mixta en empresa estatal, los capitalistas deberían quedar al frente de ella en calidad de gerentes, administradores o técnicos. Para Mao, las contradicciones entre el *pueblo* y sus enemigos y las que se dan en el seno del *pueblo* son de distinto rango y deben resolverse mediante métodos diferentes. La dictadura del proletariado tiene, como una de sus funciones principales, la de resolver las contradicciones entre el *pueblo* (que incluye todavía en esta fase a la burguesía nacional) y sus enemigos. Esta dictadura no se aplica al *pueblo*, porque éste, al decir de Mao, no puede ejercer la dictadura sobre sí mismo. La esencia de la política del nuevo Estado es, de conformidad con el texto que comentamos, ejercer la dictadura contra los enemigos y auspiciar la democracia para el *pueblo*. Dentro de este último debe predominar el centralismo democrático. "Aunque somos partidarios de la libertad dirigida y de la democracia orientada por el centralismo —escribe Mao—, esto no significa en modo alguno que, en el seno del pueblo, deban resolverse por medio de medidas coercitivas las cuestiones ideológicas y aquellos problemas que impliquen la distinción entre lo erróneo y lo correcto "... Los intentos de resolver los problemas ideológicos y el problema de la verdad y la mentira por métodos administrativos y coercitivos son inútiles y perniciosos". El método acertado para resolver las contradicciones en el seno del pueblo es el de *cohesión-crítica-cohesión*. Partir de la cohesión —de la unidad que delimita *al pueblo*—, ejercer la

⁸⁷ En un viaje que realizamos a la República Popular China a principios de 1957, visitamos en Shangai una gran empresa mixta de hilados, tejidos y estampados. Esta empresa, tras la liberación, aumentó su productividad al hacerse mixta, al asociarse el Estado con el capital privado. Los capitalistas, con un ingreso fijo, recibían el 5% anual sobre su inversión, según un contrato de 7 años entre el Estado y los capitalistas.

crítica de manera racional y dialéctica, para tornar a la cohesión, a la unidad del *pueblo* en un nivel superior. Este método fue ya utilizado en Yenán durante el movimiento de cheng-feng de 1942 para rectificar el estilo de trabajo y superar la oposición marxismo/dogmatismo. Durante el VII Congreso del PCCh en 1945, tras de la etapa crítica, se logró el objeto de cohesionar a todo el Partido, lo cual sentó las bases para que, tras la "segunda larga marcha" (que va de 1945, en que se derrota al invasor japonés, a 1949, en que se establece a nivel nacional el poder del Partido Comunista), la revolución popular alcance la victoria. En el pueblo, como se comprende de lo dicho con anterioridad, un mal tratamiento de las contradicciones puede generar un cierto antagonismo (de carácter político) que en lugar de hacer que la fase de la crítica se resuelva en una nueva y más alta unidad, la haga distorsionar el método y lleve a la confrontación y la ruptura.

Hagamos un comentario crítico sobre lo precedente. El concepto de *pueblo* de Mao Tse-Tung se basa, como hemos dicho, en una concepción *binaria* de las clases sociales que existen en el capitalismo. Esta es la razón por la cual mientras la clase burguesa —no la burguesía compradora— es parte integrante del *pueblo* en el período de 1945-49, y aun —al menos parcialmente— de 1949 a 1957 (esto es, durante la "transición"), a partir de este año y+ sobre todo, de 1957 puede y debe considerarse como enemiga del *pueblo*. Esta es también la razón por la cual si la intelectualidad es caracterizada como un segmento del *pueblo* antes de la revolución de 1949, también lo es durante el régimen de transición e incluso durante la construcción del "socialismo". Si cambiamos, por lo contrario, de terreno teórico y de perspectiva política, y enfocamos las cosas desde una concepción *ternaria* de las clases sociales propias del capitalismo, el concepto de *pueblo*, referido a las diferentes etapas mencionadas, sufre modificaciones sustanciales. En efecto, si la intelectualidad, ahora interpretada como *clase intelectual*, aunque posea contradicciones con el proletariado manual, debe ser considerada como parte del frente *popular* antimperialista (de la misma manera en que la burguesía nacional, aunque explote al trabajo asalariado, debe cerrar filas con el *pueblo* en la lucha contra el imperialismo y la burguesía compradora), una vez que el partido del proletariado manual llegue al poder deberá ser considerada como *enemiga del pueblo*. Expliquemos esto con mayor detalle. Durante el régimen de transición es innegable que a una clase antagónica respecto al proletariado (la burguesía), se le puede y debe seguir considerando, por razones fundamentalmente políticas, como parte del

pueblo. Pero ello debe hacerse si y sólo si la burguesía nacional es *hegemonizada* por el partido proletario. Lo mismo debemos asentar respecto a la clase *intelectual*: es indudable que, durante la etapa transicional, a esta clase antagónica respecto al proletariado manual (aunque con un *antagonismo secundario* en comparación con el de la antítesis apropiativo-material) se le puede y debe seguir considerando, por razones esencialmente políticas, como parte del *pueblo*. Mas ello sólo debe hacerse si y sólo si la clase intelectual es *hegemonizada* por el proletariado manual. Hay, por consiguiente, dos modos diferentes de formar parte del *pueblo*: A. La primera consiste en que una clase antagónica (*en sentido económico*) a las otras clases, se halla agrupada con ellas en el ámbito de un *pueblo* en lucha, porque su *antagonismo político* respecto a sus contrarios "naturales" se ve desplazado por la presencia de un enemigo principal común a todas ellas. Este es el caso de *la burguesía nacional* que cierra filas con el proletariado para luchar contra el imperialismo y la burguesía compradora. Y este también es el caso de la *clase intelectual* que forma parte del frente popular con la burguesía nacional y con el proletariado manual para luchar contra el imperialismo y la burguesía compradora y para sentar las bases,- además, para la lucha contra la burguesía nacional. B. La segunda consiste en que una clase antagónica (*en sentido económico*) a las otras clases —como la burguesía nacional respecto al proletariado manual— se halla agrupada con ellas en el ámbito de un *pueblo* lucha, porque su antagonismo político respecto a sus contrarios "naturales" se ve desplazado por el hecho de que el proletariado manual y su partido ejerzan la *hegemonía* sobre la burguesía nacional o la clase intelectual de tal manera que no permitan que ni una ni otra se sustenten y generen un régimen *democrático-burgués* o *proletario-intelectual*. Es de advertirse que esta segunda forma en que una clase social -o, mejor, ciertas fracciones progresistas de una clase social— forma parte del *pueblo* presupone en realidad la existencia de *la dictadura del proletariado manual*. Una dictadura que "se alía" con la burguesía nacional o con la clase intelectual para que el desmantelamiento de éstas se haga de manera pacífica y en busca del beneficio tanto del Estado obrero cuanto de los burgueses e intelectuales *considerados como individuos*, o, lo que es lo mismo, de los burgueses e intelectuales sometidos por la dictadura del proletariado manual a un proceso de desclasamiento económico-social e ideológico. Las ideas de Mao sobre el *pueblo*, las contradicciones *en el seno del pueblo* y la justa manera de solucionarlas, se relacionan con la política de alianzas que debe implementar el Partido obrero-campesino. Nosotros vemos las cosas de la siguiente manera: la clase trabajadora manual, en su lucha contra el capitalismo, puede y debe aliarse con la *clase intelectual*, porque, aunque esta

última representa un enemigo con el cual el trabajo físico mantiene un *antagonismo secundario*, la clase capitalista y el régimen que preside, configuran el enemigo principal, contra el que hay que acumular la mayor cantidad de fuerza posible. Si la alianza entre la clase *manual* y la *intelectual* se lleva a cabo, se gesta un *frente laboral anticapitalista* o, como diría Mao, un *pueblo* en lucha. En este frente hay un aspecto antagónico (de carácter fundamentalmente económico) y un aspecto no antagónico (de carácter esencialmente político). El problema decisivo en el *frente laboral* es quién acaba por hegemonizar a quién. Si la *clase intelectual*, representada por su sector histórico, domina el frente laboral, la revolución anticapitalista devendrá, tras de un período de transición, revolución *proletario-intelectual*. Si la clase *trabajadora manual* domina el frente laboral o frente popular, la revolución anticapitalista devendrá, tras un período de transición (en que se articulen la revolución económica y la revolución cultural) *revolución socialista*. Para que la clase manual pueda hegemonizar el frente laboral y no ser hegemonizada por la intelectualidad, se requiere que tome conciencia del *carácter clasista* de esta última y se halle organizada con independencia no sólo de la burguesía sino de la clase intelectual. Esta organización "doblemente independiente" no es otra cosa que la *organización autónoma* que la clase manual debe poseer frente a *todos* sus enemigos de clase.

El maoísmo ha combatido instintivamente, con diversos grados de convencimiento y radicalidad, el *monopolio de los conocimientos* por parte de una élite intelectual. Esta especie de *fourierismo práctico* se ha revelado en varios momentos: por ejemplo en la "campaña ideológica" de 1942 en Yenán (movimiento de *chengfeng*) y en la de 1957 (movimiento de *Hsia-fang*). Esta última, consistente en el envío de jóvenes estudiantes a trabajar en las cooperativas agrícolas o en las fábricas, estaba destinada, como dice Hu chi-hsi, "a eliminar el desprecio hacia el trabajo productivo de una capa importante de la población".⁸⁸ La culminación de esta política antintelectualista, no exenta del peligro *manualista*, culmina en los meses calientes de la revolución cultural. Pero el maoísmo combatió también, de manera igualmente instintiva, el obrerismo vulgar, el antintelectualismo irracional de los trabajadores manuales. De ahí la política de las *cien flores*. Probablemente el documento más importante sobre la política cultural maoísta fue el texto de Lu Ting-yi, *Que cien flores se abran; que compitan cien escuelas ideológicas*, de mayo de 1956, y anterior, por consiguiente, al

⁸⁸ Mao Tse-tung, *La construcción del socialismo. Vía china o modelo soviético*. Textos inéditos presentados por Hu chi-hsi. Editorial Anagrama, Barcelona, p. 22.

período del *gran salto*.

Mao formuló la política de las *cien flores* en una Conferencia Suprema del Estado. Y su proposición, una vez aprobada por las instancias pertinentes, fue la base para la política cultural del PCCh en 1957. Lu Ting-yi escribe: "La literatura y el arte no pueden nunca florecer si sólo se abre una flor aislada, por muy bella que ésta sea".⁸⁹ Eso es lo que al arte se refiere. En lo que alude a la ciencia, aduce: "La historia ha demostrado que si no se estimulan el pensamiento independiente y la libre discusión, la ciencia se estanca".⁹⁰ La libertad del artista y del hombre de ciencia no debe considerarse, sin embargo, como absoluta. "Debe haber democracia y libertad en el seno del pueblo; pero no debe extenderse a los contrarrevolucionarios".⁹¹ La contrarrevolución, por ende, no podrá hacer propaganda reaccionaria en nombre de la producción literaria. La fórmula *Que cien flores se abran, que compitan cien escuelas ideológicas* significa libertad en y del pueblo; pero no de los enemigos del pueblo.

La política de las *cien flores* respondió, al parecer, tanto a circunstancias internas a China cuanto a causas exteriores. La política antintelectualista que, con frecuencia, asumió el PCCh, respondía a la necesidad de no dejar de lado el viejo ideal del igualitarismo y de combatir los privilegios de burócratas y "mandarines intelectuales" caracterizados por una "mentalidad neoburguesa". Este antintelectualismo degeneraba bien pronto, como sucede habitualmente, en un manualismo torpe y obcecado. Manualismo u obrerismo vulgar que se caracteriza por el odio o el desdén no al monopolio de la cultura, no a la *propiedad privada* de los medios *intelectuales* de producción, sino a la cultura misma, a la ciencia y al arte. Ante el "estado de ánimo manualista" de las masas, el maoísmo se veía en la necesidad de reaccionar contra un pensamiento y una acción perturbadores y dañinos. Esta es, pues, una de las causas que condujeron a Mao Tse-Tung a proponer en 1956 una política cultural, la de las *cien flores*, que permitiera a los intelectuales producir artística y científicamente sin interferencias burocráticas, y que modificase la actitud tradicional de los partidos comunistas hacia la intelectualidad (en el

⁸⁹ Lu Ting-yi, *Que cien flores se abran; que compitan cien escuelas ideológicas*, Ed. en Lenguas Extranjeras, Pekin, 1957, p. 3.

⁹⁰ *Ibid.*, p. 3.

⁹¹ *Ibid.*, p. 3.

sentido de ponerles taxativas, obstáculos, prohibiciones), creando un ambiente propicio para el ejercicio de la libertad cultural y manifestando, así, un respeto ilimitado por la creación artística y la investigación científica sin más límite que el interés histórico y revolucionario de las masas. Mao pensaba que la campaña de las *Cien flores* debía ser dirigida a las masas y apoyada por ellas; pero la experiencia demostró que los únicos que se movilizaron fueron los intelectuales. "De repente, Mao dio un viraje: nunca había intentado 'liberalizar' de ese modo; pretendía radicalizar los contrastes, facilitar la manifestación de las necesidades, de las 'ideas correctas' de la base. Así, a la 'campaña de las Cien Flores' sucedió la dirigida contra 'los derechistas' y contra los 'intelectuales burgueses'".⁹² El fracaso de la política cultural de las *Cien flores* fue el pródromo, a no dudarlo, del "gran salto adelante".

El conjunto de textos inéditos de Mao Tsé-Tung escritos entre 1958 y 1960 —publicados primeramente en francés⁹³ y luego en español—⁹⁴ resultan especialmente precisos para conocer los puntos de vista económico-políticos del dirigente chino que sirvieron de base al movimiento conocido con el nombre del *gran salto adelante* y que tiene lugar poco tiempo después de la política de las *cien flores*.

Recordemos que el primer Plan Quinquenal (de 1953 a 1957) fue diseñado y conducido a la práctica bajo la influencia de los soviéticos. Este plan no es otra cosa que una detallada imitación de los planes quinquenales estalinistas. Cuando el Plan chino mencionado confiere mayor importancia a la producción industrial que a la agrícola, a la industria pesada que a la ligera, etcétera, está transplantando las directrices principales de la planificación soviética a la construcción del "socialismo" chino. La adopción de esta línea económica de desarrollo resulta extraña si tomamos en cuenta la lucha denodada de Mao contra las posiciones prosoviéticas de Li Li-san y Wang Ming, en los años treinta y cuarenta, las formas inéditas y novedosas utilizadas por el PCCh para acceder al poder en 1949 y la manera muy particular de consolidar éste en el periodo de la *Nueva Democracia* que

⁹² *Ibid.*, p. 74.

⁹³ *Mao Tsé-tung et la construction du socialisme. Modele soviétique ou voie chinoise*, Editions du Sevil, París, 1975.

⁹⁴ *La construcción del socialismo. Via china o modelo soviético*, Editorial Anagrama, Barcelona, 1975. La presentación del libro se debe a Hu Chi-Hsi.

se extiende de 1949 a 1953. Hu Chi-Hsi escribe que: "En declaraciones hechas a *posteriori* Mao explica que su docilidad ideológica se debía a su inicial ignorancia en los problemas económicos".⁹⁵ Sea lo que fuere, el primer Plan Quinquenal chino no es, en lo esencial, sino la vía soviética de desarrollo transplantada a la planificación económica de la nueva China, Mao Tse-Tung, sin embargo, empieza a dudar, cuando está a punto de llegar a su término el Plan mencionado, de la conveniencia de continuar adoptando la vía estalinista. Empieza a dudar y termina por hallarse convencido de que su país debe emprender una ruta diferente, una vía particularmente china.

El móvil del *gran salto adelante* o, lo que es igual, la finalidad expresa buscada por la nueva vía ideada por Mao, consistía en el propósito y la convicción de alcanzar (desde un punto de vista económico multilateral) a la Gran Bretaña en quince años.. Para lograr tal cosa —un magno intento de quemar etapas— había la necesidad de modificar ciertos lineamientos y principios económicos, así como el carácter de la fuerza de trabajo. Había que caminar "a dos pies": desarrollar no sólo la ciudad sino el campo, no sólo la industria sino la agricultura, no sólo la industria pesada sino la industria ligera, no sólo la industria militar sino la industria pacífica. Había que organizar de modo más colectivo la producción agrícola —transitando de las cooperativas de producción y consumo a las comunas. Había que convertir en unidades industriales y agropecuarias a estas últimas. Había que instalar multitud de pequeños altos hornos (de carácter frecuentemente familiar) para garantizar una voluminosa producción siderúrgica, etcétera. Al mismo tiempo que esta modificación sustancial del carácter y grado de desarrollo de los aspectos técnicos de las fuerzas productivas, había que emplear de manera masiva una fuerza de trabajo tan abundante como la de la República Socialista de China. En la primavera de 1958, Mao se pronunciaba en el sentido de "que gracias a sus 600 millones de habitantes pudiera ser que 'China no necesitara tanto tiempo como se había estimado hasta entonces para alcanzar a los grandes países capitalistas en el terreno de la producción industrial y agrícola".⁹⁶ Como Mao pretendía resolver la contradicción entre una población que crecía a un mayor ritmo que la producción de bienes y servicios, puso el acento no sólo en el *empleo masivo* de la fuerza de trabajo —creyendo que la cooperación y la manufactura de grandes

⁹⁵ *Ibid.*, p. 9.

⁹⁶ *Ibid.*, p. 26.

masas puede sustituir hasta cierto punto la ausencia de tecnificación y maquinaria—, sino en la necesidad de despertar *en* el pueblo trabajador una voluntad socialista, un espíritu emprendedor y una "mística" laboral hasta entonces desconocida.

Como se sabe, el *gran salto adelante* fracasó, si no en todas, en muchas de sus perspectivas. Las razones de esta derrota no sólo hay que atribuirlo a varios fenómenos naturales que tuvieron lugar por aquellos meses —inundaciones, plagas, etcétera— sino a un evidente voluntarismo económico que se hallaba en la base de las apreciaciones y deseos de un partido influido por los puntos de vista maoístas. Sin embargo, a partir de 1968, el propio Mao reconoce autocriticamente que la experiencia del *gran salto adelante* vuelve evidente que, aunque no hay que perder fe en la capacidad productiva de las masas politizadas, no hay atajos para llegar al comunismo.

En este sitio no nos interesa hacer un análisis de la etapa del *gran salto adelante*. Nuestro propósito es, más bien, rastrear si en este período hace acto de presencia algún antecedente de la revolución cultural que estallará seis años después. Es interesante hacer notar, al respecto, que Mao impulsó, no sólo la utilización masiva de la fuerza de trabajo, sino la vinculación del trabajo intelectual con el trabajo manual. Hu Chi-Hsi hace notar que: "el movimiento *Hsia-fang* de China (enviar cuadros y jóvenes a la fábrica o al campo para trabajar) que se inició en 1957 bajo el impulso de Mao y destinado a eliminar el desprecio hacia el trabajo productivo de una capa importante de la población, constituye por su amplitud y persistencia, una experiencia única en la historia económica".⁹⁷ La historia del PCCh presenta, en efecto, en las "campañas de rectificación" que tienen lugar en varias de sus etapas, *movimientos anticipatorios* de la revolución cultural de 1966-69. El movimiento de *Cheng-feng* de 1942 y el de *Hsia-fang* de 1957 son, entre otros, dos de los más importantes experimentos precursores de la remodelación del carácter de la fuerza de trabajo que tendrá lugar —en niveles más amplios y profundos— durante la revolución cultural. Pero estos movimientos no son ejemplos, a nuestro entender, de revoluciones culturales, sino de *reformas culturales*. La campaña *Hsia-fang*, por ejemplo, no es sino uno de los elementos de la política económica de la burocracia maoísta. Aunque el PCCh se pronuncia en el sentido de que "un intelectual burgués puede llegar a tener naturaleza proletaria por poco que vaya a trabajar de vez en cuando con los campesinos y los obreros y

⁹⁷ *Ibid.*, p. 22.

que asimile el pensamiento de Mao Tsé-Tung",⁹⁸ este remodelaje de la fuerza de trabajo conlleva la evidente intención de aumentar la capacidad productiva del frente laboral en su conjunto, es decir, del trabajo intelectual y del trabajo manual. La reforma cultural se diferencia de la revolución cultural, como hicimos notar más arriba, en *que no busca subvertir la división del trabajo y destruir el carácter clasista de la intelectualidad, sino en aumentar la productividad de la fuerza de trabajo existente*. Si la reforma cultural es *clasista* (y en el caso del movimiento *Hsia-fang* es una reforma cultural puesta al servicio de la burocracia intelectual), la revolución cultural es *anticlasista* porque, como lo hemos dicho reiteradamente, su propósito esencial consiste en socializar los medios *intelectuales* de producción, crear así una sociedad en la que no existan clases sociales en el sentido apropiativo-intelectual de la expresión. Es interesante hacer notar que de la misma manera en que la acumulación de la cantidad precede y funda a un cambio de calidad, la sucesión de diversas *reformas culturales* acabó por generar, en el PCCh, la necesidad de una *revolución cultural*. Y es importante poner de relieve que entre unas y otras no sólo hay diferencias de grado, de extensión y profundidad, sino de orientación, calidad y carácter de clase.

Si se examina cuidadosamente la historia de la República Popular China desde 1949 hasta 1966, se puede afirmar resueltamente que sólo la *revolución cultural proletaria* "intentó" modificar el carácter socioeconómico del MPI y sustituirlo por uno verdaderamente socialista, en el cual se articulara la supresión de la propiedad privada y se iniciara la subversión de la división del trabajo.

¿Por qué suponemos tal cosa? Porque, a pesar de la intuición primitiva respecto de lo que hemos llamado la *Revolución Articulada*, y que se movía más en el nivel de lo vagamente instintivo que en el de una teorización fundada y fundante, el maoísmo entrevió en la práctica un poderoso enemigo relativamente subestimado con anterioridad: la *clase intelectual*. Es cierto que al sector histórico de la *clase intelectual* —el cual expresa objetivamente los intereses de toda la clase— se le aplicó el epíteto de *neocapitalista* (de tal modo que Liu Shao-chi o Teng Siao-ping fueron calificados, en efecto, durante la revolución cultural de "nuevos capitalistas"). Es cierto que al MPI —imperante de manera muy nítida en la URSS— se le caracterizó, como lo hicieron los anarquistas o la izquierda

⁹⁸ *Ibid.*, p. 17.

alemana y holandesa de los veinteos, de *capitalismo de Estado*. Pero a través de esta vieja e imprecisa terminología se visualizaba, aunque fuese borrosamente, la existencia de una "tercera clase" (la intelectual) y un modo de producción que no se identificaba ni con el capitalismo tradicional ni con el socialista (MPI). En realidad: nuevo vino en viejos odres terminológicos. Pero no sólo se intuyó teórica y prácticamente el enfoque *ternario* de las clases sociales y sus consecuencias, sino que, en la práctica, se entendió por *intelectualidad* no sólo la académica (la científica, artística y filosófica) sino la tecnoburocrática, con lo cual se logró algo especialmente importante y meritorio: la extensión del concepto de intelectualidad hasta abarcar a todos los que monopolizan el saber, detentan la *práctica condensada* de la teoría, en una palabra, a todos los que, independientemente de sus funciones sociales, son dueños de medios *intelectuales* de producción. La revolución cultural fue, no obstante, un intento frustrado. Basta mencionar el hecho, conocido de todos, de que Teng Siao-ping el "segundo blanco" de los ataques de los guardias rojos, el enemigo implacable de los "desmanes de la revolución cultural" es el que, tras la breve "regencia" de Hua Kuo-feng, se ha convertido en el indiscutible hombre fuerte del régimen posterior al fallecimiento de Chou En-lai y de Mao Tse-Tung. La revolución cultural de 196669 es algo así como la "Comuna de París" del socialismo. De la misma manera que los comuneros franceses tras de intentar, en 1871, "asediar el cielo", dismantelar el sistema burgués e inaugurar la "república de los trabajadores", se vieron arrinconados por una correlación de fuerzas desfavorable y una evidente inmadurez teórico-política, lo cual los llevó a una derrota sangrienta e implacable, la revolución cultural (incluyendo la Comuna de Shanghai) intentó modificar las relaciones sociales, suprimir la incesante reproducción (léase afianzamiento) del MPI y fue igualmente derrotada. Si la Comuna parisina propició esencialmente la supresión de la *propiedad privada* (aunque, desde luego, no sólo eso), la Comuna china pugnó fundamentalmente por la supresión de la *división enajenada del trabajo*, ya que la propiedad privada había sido de hecho abolida con anterioridad. Ambas Comunas fueron, sin embargo, derrotadas. Aunque no podemos dejar de tener en cuenta que, de la misma forma en que la Comuna de París fue la clarinada, el antecedente, la "experiencia a seguir" de las revoluciones posteriores (en especial de la revolución de octubre), la revolución cultural china, como primer intento *social* de subversión de la división del trabajo, seguramente será el obligado punto de referencia de las revoluciones mundiales socialistas por venir.

La revolución cultural china fue derrotada. Dejó su impronta en la historia de aquel país y repercutió en el movimiento comunista y revolucionario de todo el mundo. Pero fue derrotada. Si aplicamos la tríada preposicional a la revolución cultural, podemos decir que intentó ser una revolución hecha *por* los trabajadores manuales, *contra* los "nuevos capitalistas" (esto es, la clase intelectual), *para* los trabajadores manuales; pero terminó siendo, por algunas razones que examinaremos más adelante, una revolución hecha *por* los trabajadores manuales y sus aliados, *contra* la burocracia, *para* la tecnoburocracia. China no transitó, por consiguiente, con la revolución cultural, de un *régimen intelectual* (o "capitalista de Estado") a un incipiente socialismo (supresión de la propiedad privada e inicio de la abolición de la división horizontal y vertical del trabajo), sino de una fase del MPI a otra: del período burocrático al período tecnoburocrático.

¿Por qué fracasó la revolución cultural china? Hay muchas causas. Enlistemos algunas de ellas:

1. Ausencia del concepto de *clase intelectual* y sus múltiples consecuencias (así como de la concepción, más general todavía, de *Revolución Articulada*). El vacío teórico-práctico del concepto de *clase intelectual*, independientemente de los vislumbres intuitivos al respecto, llevó a que el elemento determinante de la revolución cultural, esto es, el maoísmo, se moviera a partir, no de una estrategia racionalmente establecida y científicamente diseñada, sino de un pragmatismo basado en los intereses y limitaciones del sector estatal por él representado y en un antintelectualismo en parte nacido espontáneamente en las masas y en parte fomentado en ellas "desde arriba". El maoísmo en general y Mao Tse-Tung en particular presentan esta característica: intuyen la tercera clase, la denuncian, la dan un nombre ("neo-capitalista"), *pero se excluyen de ella*. Combaten a los jerarcas, mandarines, burócratas del Partido y el Estado; movilizan a las masas —obreros, campesinos y estudiantes— bajo la consigna de la *subversión del trabajo* y, por ende, bajo la orientación política del verdadero socialismo; promueven una alianza lo más estrecha posible entre la fracción "antintelectualista" del régimen y las masas antiburocráticas; pero se sitúan ficticiamente *fuera* de la clase dominante y dentro de la clase dominada. En este *fuera y dentro* se juega toda la política de Mao y sus seguidores. Para que el maoísmo coincidiera con el socialismo tendría que pugnar por la instauración de la *dictadura del proletariado manual*, vale decir, que tendría no sólo

que denunciar a Liu Shao-chi, Teng Siao-ping, Chen yi, etcétera, como políticos "seguidores de la vía capitalista" (o, lo que sería más preciso, políticos representantes de una de las fracciones de la *clase intelectual*), sino que tendría que *incluir* al propio maoísmo entre los grupos que conforman la *clase intelectual*. Tendría que denunciarse no sólo a la burocracia sino a la tecnocracia (y la tecnoburocracia), no sólo a *algunos* intelectuales sino *a todos* los intelectuales. La única posibilidad de que un intelectual se desclase, se haga copartícipe de los intereses reales de los trabajadores físicos, es que *se autorreconozca como parte de una clase social privilegiada*. Sin esta autognosis, sin esta "apercepción clasista" —y las prácticas a ella aparejadas— no hay la posibilidad de estar fuera y *dentro* de la clase. Como el maoísmo no se incluye en la clase intelectual sino que se excluye; como estando *dentro* de esta clase se presenta como si estuviera *fuera*, el resultado es apreciable objetivamente: se trata de una fracción de la clase imperante, del *por dirigente* de una revolución "sui generis" que le hace concesiones a las masas para convertirlas en *el por dirigido*. Se trata de una alianza intelectual-manual dirigida en contra de la otra fracción de la intelectualidad dominante. La esencia de la revolución cultural china es, por eso mismo, una *revolución proletario-tecnoburocrática*, Una revolución hecha *por* el proletariado (manual) *para* la tecnoburocracia. El maoísmo (independientemente de la voluntad de sus dirigentes) jugó el papel de un elemento favorecedor de la tecnoburocracia: quitó el poder a la vieja burocracia y dio luz verde a una tecnoburocracia eficientista. En esto parece haber, sin embargo, una paradoja: Mao, que tenía, al parecer, un enemigo irreconciliable en el eficientismo productivista (basta recordar que Teng Siao-ping encarnaba a uno de los más claros representantes de este grupo) acabó por entregarle el poder a su adversario. ¿Qué es lo que sucedió? La *clase intelectual* en el poder se divide, para no mencionar a la intelligentsia académica, en dos grandes fracciones: los burócratas (de carácter eminentemente *político*) y los técnicos (de carácter esencialmente *económico*). Los primeros, una vez que la revolución anticapitalista sale triunfante, se hacen del poder: son los dueños, en la forma de la propiedad privada (Marx), del Estado. Los segundos (gerentes, administradores, técnicos, hombres de ciencia) se hallan al frente de las empresas industriales y agropecuarias. Quienes por lo general llegan inicialmente al poder son los burócratas, es decir, los dirigentes revolucionarios o cuadros políticos, los cuales, por encabezar al *por dirigente* (el Partido), resultan los primeros usufructuarios del

proceso de cambio. No es raro que, en una fase determinada del desarrollo histórico del nuevo modo de producción, aparezcan contradicciones entre el centro burocrático y la periferia de los técnicos. Generalmente la *forma* que asume esta pugna es una discusión en torno a la *eficiencia*. Los técnicos, que conocen de manera más directa los problemas concretos de la producción y el consumo, echan en cara a los burócratas, a los "planificadores de gabinete", su torpe gestión económica, mientras los burócratas, generalmente con mayor sensibilidad política, critican a los técnicos por no ver la situación social en su conjunto. Si esta es la *forma*, dicha a grandes rasgos, que adquiere en general la contradicción entre burócratas y técnicos, o el *contenido* de la misma no es otro que una lucha por el poder. En realidad, los técnicos (subordinados por lo común a los burócratas en la fase inicial del "socialismo") sueñan, se desviven, luchan por llegar al poder, hacerse del Estado, convertir el régimen en una *tecnocracia*. Conviene dejar en claro que la pugna entre los burócratas y los técnicos tiende a resolverse en la conformación de una *tecnoburocracia* (con la inclusión de los militares)⁹⁹ en la cual ambos sectores se reparten, de manera más o menos equitativa, el poder político. El maoísmo de la revolución cultural no coincide ni con la burocracia de viejo cuño ni con la tecnocracia ascendente (o, lo que es igual, con los burócratas *tecnocratizantes*). El maoísmo representa, a nuestro modo de ver las cosas, la *fracción populista de la clase intelectual*. Pero antes de explicar esto, conviene dejar en claro que se puede hablar de un maoísmo *burocrático*, un maoísmo *tecnocrático*, un maoísmo *tecnoburocrático* y un maoísmo *populista*. La larga trayectoria de Mao Tse-Tung como líder teórico-político indiscutible del PCCh, desde la conferencia de Tsunyi en 1935 hasta su muerte, hizo que encabezara, determinado por una inquietud permanente y una búsqueda infatigable de nuevos derroteros, las posiciones políticas y

⁹⁹ Daremos el nombre de *tecnoburocracia* a la simbiosis de los técnicos Y los burócratas. De la misma manera que la *democracia* es la "forma natural" del régimen capitalista, la *tecnoburocracia* es la "forma natural" del MPI. Si en la *tecnoburocracia* predominan los técnicos sobre los burócratas (como en Yugoslavia) daremos el nombre de *tecnoburocracia*; si en la *tecnoburocracia* dominan los burócratas sobre los técnicos (como en la URSS y otros países de Europa oriental) la nominaremos *burotecnocracia*.

teóricas más disímiles y contradictorias.¹⁰⁰ El maoísmo *burocrático*, *tecnocrático* o *tecnoburocrático* coincide sin más con la ideología de la clase intelectual, con el "socialismo de los intelectuales" que diría Machajski. ¿Qué significado tiene, en cambio, el *populismo maoísta* de la revolución cultural? Para entender a cabalidad el contenido político de esta tendencia, conviene hacer una diferenciación entre el *populismo burgués* y el *populismo "socialista" de Mao*. El primero alude a la política socioeconómica de la *burguesía nacional* destinada a autoemanciparse, legitimarse y hacerse del espacio indispensable para llevar a cabo la función acumulativa del capital y la reproducción de las condiciones generales del sistema. El instrumento fundamental utilizado por el populismo para lograr los objetivos enunciados, se localiza en una reestructuración reformista de la sociedad (reforma agraria, reglamentación de las inversiones extranjeras, atención a las demandas económicas de los trabajadores para ampliar el mercado interno, etcétera). El instrumento no es otro, por consiguiente, que el de las *concesiones* del Estado capitalista al trabajo, orientadas a lograr una mayor cohesión social y mejores condiciones para la reproducción ampliada del capital. Algo muy característico del populismo burgués es que puede cuestionarlo todo menos la propiedad privada. De ahí que el populismo no puede ser confundido ni con el MPI ni con el socialismo, aunque utilice frecuentemente, con fines de manipulación ideológica, slogans socializantes y fraseología marxista. Asimismo, el populismo burgués no se halla nunca vinculado a *la revolución cultural*; pero puede estarlo, y es natural que lo esté, con *la reforma cultural*, en la medida en que ésta promueve un aumento de la calificación del trabajo, etcétera, con el objeto de desarrollar unas fuerzas productivas que se hallan bajo el control de la clase burguesa. El populismo maoísta es un *ensayo frustrado de subversión de la sociedad intelectual*. No consiste únicamente en implementar una serie de concesiones al pueblo destinadas a apuntalar a la clase intelectual en el poder. No diseña y lleva a cabo un conjunto de reformas que

¹⁰⁰ Ésta es una de las razones por las que la lucha de tendencias en el PCCH sea la pugna entre individuos identificados con puntos de vista maoístas discrepantes entre sí. Hay quienes defienden al Mao del primer plan quinquenal contra el Mao del Gran salto o quienes defienden al Mao del Gran salto contra el Mao de la revolución cultural, etcétera. Estas pugnas no consisten simplemente, como se piensa frecuentemente en Occidente, en que los contrincantes se ven en la necesidad de usar la cobertura de una ideología común, sino en que hay, en efecto, una pluralidad de posiciones maoístas que dan pie al conflicto entre diversos seguidores de su maestro.

pretenden legitimizar el sistema y hacer que funcione de mejor manera el capitalismo tecnoburocrático de Estado propio del MPI. Mientras la tecnoburocracia es partidaria de la *reforma cultural*, el populismo maoísta promueve la *revolución cultural*. Y aquí salta una diferencia sustancial entre el populismo burgués y el maoísta: mientras el primero respeta la propiedad privada esencial del capitalismo: aquella que se ejerce sobre los medios *materiales* de la producción; el segundo no respeta, sino que intenta deliberadamente subvertir la propiedad privada esencial del MPI: aquella que se ejerce sobre los medios *intelectuales* de la producción. *La revolución cultural china es, de toda la historia universal, el momento en que, con mayor alcance social, con mayor profundidad y de manera más radical, se ha pretendido subvertir la división social del trabajo.* Es, sin embargo, una revolución cultural frustrada. Una revolución que abrió un camino inédito pero que no pudo seguirlo. Que entrevió un nuevo mundo pero no pudo colonizarlo. Que asumió en *estado empírico*, de manera instintiva, algunas de las tareas propias del *socialismo*; pero que se vio imposibilitado de continuarlas, convertirlas en sistema y organizarlas de modo tal que condujesen a la primera fase del comunismo. Decíamos con anterioridad que la revolución cultural puede ser considerada como la "Comuna de París" del verdadero socialismo. Así como la Comuna de 1871 fue, en tanto "república de los trabajadores", un ensayo frustrado de "socialismo", la revolución cultural china de 1966 (y en especial la Comuna de Shangai) fue un ensayo frustrado de *socialismo* (sin comillas). Se podría pensar que tanto la una como la otra fracasaron por errores tácticos, lo cual no deja de ser cierto; pero estos errores estaban vinculados en ambos casos a la ausencia de una clara estrategia revolucionaria fincada en los principios sustanciales de la emancipación del trabajo en general en el primer caso y del trabajo manual en el segundo. La razón fundamental por la cual fue derrotada la revolución cultural china estriba en la ausencia de una clara concepción de las clases sociales, del enemigo principal en la etapa "socialista", del carácter del partido, el Estado y las organizaciones de masas derivado, no del dogma del binarismo tradicional, sino de la concepción ternaria que desde Fourier y el joven Marx, pasando por Bakunin, se va consolidando poco a poco en las ciencias sociales. Digámoslo de manera condensada: a la revolución cultural china le faltó el concepto de *clase intelectual*. Por eso el maoísmo de la fase de la revolución cultural no es, pese a sus prácticas socializantes, verdadero socialismo, sino la *tendencia populista de la clase intelectual*. La forma de convertir el populismo maoísta en

verdadero socialismo sería reubicarlo en el contexto de la *Revolución Articulada*. El populismo maoísta es, en cierto sentido, intuición teórica y asunción práctica del verdadero socialismo; pero, al no poder escapar de los dogmas del marxismo doctrinario, deviene en algo así como un nuevo *socialismo utópico*. Si el viejo socialismo utópico (el de Fourier y Owen sobre todo), a pesar de su incisiva capacidad crítica, carecía de vigor destructivo, otro tanto, aunque en diferente nivel histórico y con modalidades específicas, ocurre con el *nuevo socialismo utópico*: mostró en la práctica su incapacidad para subvertir el MPI, para dismantelar la dictadura de la clase intelectual sobre los trabajadores físicos. ¿Cuál fue el resultado de la revolución cultural? Es un hecho que conmocionó a toda China, que modificó tajantemente la situación, que cambió la fisonomía económica, política, social y cultural de aquel país. Pero estos cambios, que redundaron en modificaciones más o menos significativas del MPI, no entrañaron una subversión del sistema. La revolución cultural china fue una crisis *dentro* del régimen y no una crisis que diera al traste con la formación social. Su efecto fue, a nuestra manera de ver las cosas, acelerar el proceso de simbiosis entre las dos fracciones dominantes de la clase intelectual: la burocracia y la tecnocracia. El gran desequilibrio que trajo consigo la revolución cultural hizo que los diversos segmentos de la clase intelectual, sintiendo peligrar sus intereses, su estabilidad, su dominio, cerraran filas, olvidaran sus diferencias faccionales y marcharan a pasos agigantados hacia la conformación de una tecnoburocracia, esto es, al surgimiento de la élite "natural" del MPI. El mismo Mao abandona su populismo y se ubica, junto con Chou En-lai, en una posición coincidente con los intereses tecnoburocráticos. K.S. Karol cuenta que Lin piao celebró cuatro largas entrevistas con Mao y, tras ello, el 30 de marzo de 1968, publicó en la prensa oficial una serie de "instrucciones muy recientes del presidente Mao" que iban a jugar un papel importante en la revolución cultural. Las instrucciones de Mao, dice Karol, "demostraban esencialmente que no quería oír hablar de una reactivación del movimiento desde abajo; le interesaba colocar a los responsables en primera posición en los comités revolucionarios, con lo que los activistas de la revolución cultural ("los representantes de las masas") pasaban a ocupar el tercer puesto, después de los militares, que quedaban así relegados al segundo".¹⁰¹ En estas instrucciones "la revolución cultural ya no era

¹⁰¹ K.S. Karol, *La segunda revolución china, op. cit.*, p. 373.

aquella conmoción que nadie había intentado nunca y que debía desarrollarse por el impulso procedente de abajo gracias a los 'focos revolucionarios de la base'. Representaba un episodio de una batalla perfectamente conocida, que seguía leyes inviolables 'desde hace muchos años' y sólo podía verse coronada por el éxito bajo la dirección del PC Chino. De hecho, era la primera vez, desde el comienzo de la revolución cultural, que Mao hablaba del Partido Comunista, y precisamente para insistir en su función dirigente".¹⁰² Aquí nos hallamos el inicio de la retractación de Mao, del abandono de su populismo, o de la conversación paulatina del *plebeyismo red* en un *plebeyismo formal* que prácticamente coincidió con el proceso simbiótico de las dos fracciones fundamentales de la clase intelectual. Si el régimen tecnoburocrático se consolida durante el periodo de Hua Kuo-feng y, sobre todo, de Teng Siao-ping, se instaura poco a poco en los años que van del término de la revolución cultural a la muerte de Chou En-lai y del propio Mao. El hecho de poner el acento en la reordenación de la sociedad "desde arriba", en la reivindicación del papel del Estado, el Partido, los cuadros dirigentes, etcétera nos muestra —aunque se nos hable de que ésta fue una primera revolución cultural y que más tarde vendrán otras_ un repliegue del populismo intelectual pero socializante a las posiciones, no meramente burocráticas o tecnocráticas, sino tecnoburocráticas que imperan hoy en día en el MPI de China. Este repliegue es, por otro lado, comprensible. Lanzarse a una revolución cultural ininterrumpida y por abajo, sin existir las condiciones teóricas (una idea clara de la revolución cultural), políticas y organizativas a ella aparejadas, hubiera significado una aventura anarquizante que un político como Mao, representante pese a todo de la clase intelectual, estaba lejos de asumir.

2. Otra de las razones esenciales por las que la revolución cultural se dirigió ineluctablemente a su fracaso, tiene que ver con la índole misma del Partido Comunista Chino. El PCCh fue organizado, en efecto, al igual que el partido bolchevique, para destruir el capitalismo privado. No cabe duda de que el PCCh fue un *partido-destrucción*; pero no un *partido-construcción*. Un partido que supo dismantelar el poder económico-político de la burguesía, porque estaba hecho para eso. Pero que no pudo construir el socialismo porque, no siendo el partido del proletariado manual, sino (independientemente de cómo lo

¹⁰² *Ibid.*, p. 374.

consideraran sus organizadores) el partido de la *intelectualidad revolucionaria*, se vio en la imposibilidad de generar otra cosa que no fuese el MPI.

El PCCh se orientó, a partir sobre todo de febrero de 1942 (cuando Mao Tse-tung lanzó en Yenán la Campaña de Rectificación) por la llamada *línea de masas*. ¿Qué debemos entender por ésta? El propio Mao la definió del modo siguiente en una directiva fechada el primero de julio de 1943: "...toda dirección correcta está basada necesariamente en el principio: 'de las masas a las masas'. Esto significa recoger las ideas (dispersas y no sistemáticas) de las masas y sintetizarlas (transformarlas, mediante el estudio, en ideas sintetizadas y sistematizadas) para luego llevarlas a las masas, difundirlas y explicarlas, de modo que las masas las hagan suyas, perseveren en ellas y las traduzcan en acción, y comprobar en la acción de las masas la justeza de esas ideas. Luego, hay que volver a recoger y sintetizar las ideas y llevarlas a las masas para que perseveren en ellas, y así indefinidamente, de modo que las ideas se tornan cada vez más justas, más vivas y más ricas de contenido. Tal es la teoría marxista del conocimiento".¹⁰³ El principio "de las masas a las masas" pretende ser, sin duda, la encarnación política de la teoría marxista del conocimiento. Tal principio revela varios puntos de contacto con la secuencia *práctica-teoría-práctica* que suele presentarse como la condensación del proceso cognoscitivo. En efecto, las "ideas (dispersas y no sistemáticas) de las masas", equivalen al papel que la *práctica inicial* juega en la tríada gnoseológica. El centro directivo que recoge las ideas para "sintetizarlas (transformarlas, mediante el estudio, en ideas sintetizadas)", corresponde a la *teoría* de la secuencia epistemológica, y la reconducción de las ideas ya sintetizadas a las masas ("de modo que las masas las hagan suyas, perseveren en ellas y las traduzcan en acción") equivale a la *segunda práctica*, o práctica potenciada, que aparece en la fórmula trifásica de la teoría marxista del conocimiento. No interesa -en este momento poner de relieve las diferencias que pueden existir y existen entre las "ideas dispersas" de que habla la *línea de masas* y la *práctica inicial* a la que se refiere la tríada cognoscitiva, ni tampoco, por idénticas razones, las distinciones que existen o pueden existir entre la *reconducción de las ideas (ya sintetizadas)* a las masas que se desprende de la consigna "de las

¹⁰³ Mao Tse-tung, *Obras Escogidas*, t. III.

masas a las masas" y la *práctica potenciada* que se deriva del trinomio práctica-teoría-práctica. Resulta, en cambio, esencial poner de relieve que las masas y sus "ideas dispersas" (o las masas y su práctica socio-política habitual) son vistas por la *línea de masas* ortodoxa como la materia prima a transformar. El partido es, aquí, el *intelectual colectivo* que ocupa no sólo el lugar central entre las masas del primer momento y las masas del segundo, sino el elemento activo, promotor de los cambios, orientador, que traza la línea y conduce a las masas a su liberación. Pero la *línea de masas*, interpretada como lo hizo el PCCh, de 1942 a 1949, no es otra cosa que la *dialéctica del por dirigente* y el *por dirigido*, la dialéctica de la destrucción del capitalismo; pero no, que quede claro, la línea de la construcción del socialismo, porque ese partido que "sintetiza las ideas" de las masas y las vuelve a volcar a ellas, es, por así decirlo, el Estado del futuro, el "pequeño Leviathán", la organización desde la que *la clase intelectual*, representada por su sector histórico, se atrincheró y pugna por desmantelar el orden burgués y colocar férreamente bajo su control las organizaciones de masas. La *línea de masas* no es otra cosa, por consiguiente, que la *dialéctica del "por dirigente"* y el *"por dirigido"* que culminará en el *"para intelectual"*. Otra de las razones por las cuales la revolución cultural fracasó estriba, entonces, en el hecho de que un partido, construido expresamente para encabezar, en la forma de una vanguardia *externa* a los trabajadores del campo y la ciudad, no podía servir, ni aun padeciendo profundos sacudimientos en su interior, para llevar a cabo una verdadera revolución cultural socialista. La *línea de masas* es susceptible, creemos, de dos tipos de interpretación: una basada en la *exterioridad vanguardista* (como la que caracterizó el PCCh anterior a la revolución cultural) y otra en el *todo continuo masas-partido*. La *línea de masas* se puede formular, decíamos, del siguiente modo: "de las masas a las masas". De acuerdo con la primera interpretación, que es la habitual, esta fórmula significaría: *de las masas al partido auto proclamado (esto es, al Estado Mayor de la clase intelectual)* y *del partido autoproclamado a las masas*. De acuerdo con la segunda interpretación significaría: *de la instancia popular a la instancia partidaria (esto es, al partido del proletariado manual)* y *de la instancia partidaria a la instancia popular*. No se puede esperar que el partido de la clase intelectual genere el socialismo. Sólo un partido que exprese los intereses históricos del proletariado manual de la ciudad y el campo puede proponerse y llevar a cabo tal cosa.

5. Una razón más por la cual la revolución cultural, lejos de conducir al socialismo, abrió las puertas a la hegemonía tecnoburocrática, se relaciona con el problema del Estado. El binarismo clasista no sólo repercute en la concepción de los partidos políticos, sino también, como se comprende, en la caracterización del Estado. Sin tomar en cuenta a los regímenes precapitalistas, hay, para el marxismo binarista, dos y sólo dos formas de Estado: el que *en su esencia* es la dictadura de la minoría burguesa contra la mayoría proletaria y el que *en su médula* es la dictadura de la mayoría proletaria contra la minoría burguesa. Es cierto que algunos marxistas —en especial la corriente trotskista—, sin abandonar el binarismo, lo flexibilizan con su teoría de la degeneración burocrática, de tal manera que puede haber un régimen que aun conservando su carácter de dictadura del proletariado, presente una *forma*, una superestructura, una perturbación en primera instancia burocrática y en última instancia —ya que el distorsionamiento burocrático es reflejo de la ideología y el *modus vivendi* capitalista— decididamente burguesa. Pero esta flexibilización del binarismo sigue siendo binarista. Una dictadura del proletariado deformada por una "excrecencia burocrática" continúa siendo, *en su esencia*, la dictadura de la mayoría explotada sobre la minoría explotadora. La concepción binaria de las clases sociales —tanto el binarismo mecánico que preconizan los ideólogos de los países autoproclamados socialistas cuanto el binarismo flexibilizado del trotskismo habitual— no entrevé la posibilidad (que para nosotros es una realidad aplastante puesta ante los ojos del que quiera o pueda ver) de que entre la *dictadura burguesa* y la *dictadura obrera* (manual) puede surgir, como ha surgido, una *dictadura intelectual*. La manera de ocultar la emergencia de esta nueva forma de Estado es bien simple: basta con reunir bajo una sola denominación (la de trabajadores, proletarios u obreros) a los trabajadores manuales e intelectuales, y la superchería está realizada: se sustituye la dictadura *burguesa* por la *proletaria, laboral u obrera* y se llama socialista (o régimen de transición al socialismo) al nuevo sistema. Pero se oculta el hecho de que una nueva minoría está ejerciendo ahora su dictadura sobre la mayoría. Ya no es, desde luego, la minoría burguesa, propietaria privada de los medios de producción *materiales*, sino la *minoría intelectual* propietaria privada de los medios de producción *intelectuales* y "propietaria" colectiva, por ende, de los medios de producción *materiales*.

La toma del poder en China por parte del Partido Comunista en 1949 significó el cambio de color de la dictadura estatal. Esta transformación, llevada a cabo en un proceso transitivo, no consistió en sustituir la dictadura de la minoría explotadora por la de la mayoría (manual) explotada, sino de la *minoría burguesa* por la *minoría intelectual*. Ciertamente esta última formaba parte de la mayoría explotada del capitalismo (con excepción de sus sectores aburguesados); pero reunía tales características materiales e intelectuales que, una vez derrotada la minoría burguesa, se diferenció tajantemente de la mayoría de que formaba parte y, en el proceso que hemos llamado de *sustantivación*, se erigió en la nueva minoría, explotadora.

No sólo hay que tomar en cuenta, por otra parte, el carácter del Estado sino la forma de gobierno. Si el carácter del Estado se halla determinado, en lo que al MPI se refiere, por la clase en el poder o, lo que es igual, por la *minoría intelectual* que ejerce su dictadura sobre la *mayoría manal*, la forma de gobierno depende del sector de la clase intelectual (burócrata, tecnócrata, militar, etcétera) que adquiriera la hegemonía en la cuestión pública.

La forma de gobierno de la República Popular China ha sufrido diversos cambios. En cierto sentido, estos avatares coinciden con los avatares del maoísmo, ya que, como hemos afirmado, no nos es dable identificar sin más a Mao con los *maoísmos*. Hay, en efecto, un Mao burócrata, otro tecnócrata, uno más militar, otro tecnoburocrático y otro, especialmente importante, populista. Y a cada uno corresponde, con su legión de seguidores, partidarios o secuaces, un maoísmo diferenciado... Mao, como teórico, es el escenario de una lucha enconada entre diversas facciones de la clase intelectual.

Pero detengámonos un tanto en la personalidad política de Mao Tse-Tung. Con alguna frecuencia, este último, después de provocar ciertos desequilibrios hacia la izquierda, tendía inexorablemente hacia el *centro*. Tales son los casos, para no mencionar otros, del Gran salto de 1958 y de la Revolución Cultural de 1966. Un centro que, por cierto, abría las puertas, con la misma ineluctabilidad, a la derecha.

Mas antes de proseguir, conviene decir unas palabras sobre el *centrismo*. El centrismo, el punto intermedio entre dos extremos, es la ubicación natural del

dirigente con influencia en organizaciones políticas y populares. Y es lógico que así sea. Dicho dirigente no podría inclinarse demasiado a la derecha porque pondría en peligro su influencia sobre la izquierda, ni podría apoyar acentuadamente a la izquierda porque haría peligrar sus relaciones directivas con la derecha. La hegemonía exige la equidistancia, y bien que lo saben o lo llegan a intuir los grandes políticos y revolucionarios. Marx, por ejemplo, se coloca en cierta etapa histórica entre los proudhonianos (la derecha) y los bakuninistas (la izquierda). Lenin se sitúa, en el problema de los sindicatos, entre la Oposición obrera (la izquierda) y Trotsky (la derecha). Stalin, hacia 1929, se ubica entre Bujarin, Tomsy y Rykov (la derecha) y Trotsky (la izquierda), etcétera.

Al hablar de izquierda y derecha, se precisa distinguir, sin embargo, entre una izquierda y derecha *posicionales* y una izquierda y una derecha *históricas*. Las primeras se basan en consideraciones subjetivas, corcunstanciales e ideológicas y se mueven en pleno relativismo: toda tendencia política tiene, así, su izquierda y su derecha.¹⁰⁴ Las segundas se definen por responder a los intereses históricos de las clases de la sociedad moderna: capitalistas, trabajadores intelectuales y trabajadores manuales. La clase burguesa fue la *izquierda histórica* durante la época feudal y absolutista (la aristocracia terrateniente la *derecha*). La clase intelectual es la *izquierda histórica* en el capitalismo (la clase burguesa, en estas condiciones, la *derecha*). La clase proletaria manual es, en las sociedades "socialistas", la *izquierda histórica* (la clase intelectual, tecnoburocrática, en este régimen, la *derecha*). Se precisa llevar a cabo, por consiguiente, un minucioso deslinde entre la *izquierda histórica-intelectual* y la *izquierda histórico-manual*. La primera es *izquierda* frente al capital privado pero *derecha* frente al trabajo manual o, lo que es igual, es *izquierda antes* de la revolución anticapitalista y *derecha después* de ella. De lo dicho se deducen las siguientes observaciones: a) la *izquierda histórica* se convierte en *derecha* al tener lugar la revolución que da al traste con el régimen en el cual era la principal fuerza disidente y opositora: la *clase burguesa*, de *izquierda histórica* que era en el *anden régime*, se convierte en *derecha* en la sociedad democrático-burguesa; la *clase intelectual*, de *izquierda histórica* que es en la sociedad capitalista, se transforma en *derecha* en el MPI, b) si la *izquierda histórica* se transmuta en *derecha* al pasar de un sistema social a otro, la *derecha* es, siempre, *ahistórica*, esto es, carece de

¹⁰⁴ Se llaman de izquierda o derecha porque supuestamente configuran Posturas más o menos radicales.

porvenir: la aristocracia del régimen feudal y absolutista estaba condenada a desaparecer tarde o temprano; la burguesía del régimen capitalista tiene, asimismo, las horas contadas, c) a la *izquierda* de la *izquierda histórica* ha habido siempre, hasta hoy, fuerzas sociales *empíricas*. Las clases intelectual y trabajadora manual representaban una fuerza *empírica* a la izquierda de la *izquierda histórico-burguesa* que existía en la sociedad feudal y absolutista; la clase trabajadora manual ha sido hasta hoy una fuerza *empírica* a la izquierda de la *izquierda histórico-intelectual* que existe en la sociedad capitalista, d) así como la *izquierda histórica* deviene en *derecha* al pasar de un modo de producción a otro, la *izquierda empírica* se transmuta en *histórica* al transitarse de una formación socioeconómica a otra: la clase intelectual, de *izquierda empírica* en el feudalismo, se trocó en *izquierda histórica* en la sociedad burguesa; la clase trabajadora manual, de *izquierda empírica* en la sociedad capitalista se convierte en *izquierda histórica* en el MPI, y e) aunque de manera espontánea una izquierda se define, de acuerdo con las circunstancias como histórica o empírica, la intervención de la iniciativa humana (una iniciativa basada en el conocimiento de las circunstancias objetivas y las leyes de tendencia, así como en las condiciones subjetivas y organizativas) confiamos en que puede transmutar a la izquierda hasta hoy *empírica* en *izquierda histórica*. La clase obrera manual es, en efecto, una *izquierda empírica* en el capitalismo. Sus condiciones de vida, su situación económica, social e ideológica lo determinan así. Pero puede convertirse, ya desde el capitalismo, en *izquierda histórica* o, mejor, *histórico-manual* si se propone no sólo coadyuvar a la destrucción de la derecha de su derecha, (esto es, al capital privado), sino, en el momento oportuno, de su derecha natural (o sea, la clase intelectual). La izquierda y derecha como posturas políticas puramente *posicionales* hacen referencia, no a la eficacia política (fundamentalmente destructiva) de la izquierda histórica (burguesía, clase intelectual, proletariado manual), sino a un mayor o menor radicalismo con frecuencia contraproducente. El polarismo exacerbado (de izquierda o de derecha) puede ayudar al opositor natural de la clase social a la que pretende apoyar: el izquierdismo infantil, por ejemplo, suele servirle a la burguesía, la política rabiosa de la derecha al proletariado. Cuando Mao Tse-Tung, como Lenin, ataca (durante su vida partidaria y su gestión estatal) las desviaciones "de izquierda" o "de derecha", el *centro político* desde el cual denuncia (generalmente con razón) tales desviaciones posicionales es la *izquierda histórico-intelectual (anticapitalista)*. Sin embargo, cuando estalla la revolución cultural, modifica su *centro político* (al menos transitoriamente): al denunciar y combatir a la *derecha*, ya no se trata de la

vieja derecha (capitalista) sino de la *nueva derecha*, a la que él denomina "neocapitalista", y que no es otra, a nuestro entender, que la *clase intelectual*. Pero esta denuncia de la clase intelectual no deja de ser intelectual. Mao está a punto de ubicarse teóricamente en las posiciones de la *izquierda histórico-manual*. Mas a pesar de lo grandioso de este intento, no es aún un cambio de terreno conceptual y práctico definitivo; por eso, bajo la modalidad del *populismo intelectual*, aflora la confusión, el movimiento se frustra y el proletariado manual nuevamente es derrotado.

Las observaciones sobre la izquierda y la derecha, nos llevan a meditar sobre el *centro*. Resulta imprescindible hacer la diferenciación entre los siguientes tipos de *centro*: primero, el centrismo, que aparece al interior de cualquier posición política: los anarquistas, los marxistas, los leninistas, los socialdemócratas, etcétera, tienen no sólo su izquierda y su derecha, sino su centro, su justo medio entre los extremos. Segundo, el centrismo de una corriente política respecto a otras: el eurocomunismo, por ejemplo, mantiene una posición centrista respecto al leninismo (izquierda) y la socialmedocracia (derecha),¹⁰⁵ el leninismo mantiene, a su vez, una posición centrista en relación con el anarquismo o el marxismo revolucionario consejista (izquierda) y el eurocomunismo (derecha), etcétera. Tanto el primer centrismo (el justo medio de cualquier tendencia política) como el segundo (el centrismo de una tendencia respecto a otras) nos hablan de un centrismo posicional y relativista. Tercero, el centrismo que, pugnando por la revolución proletario-intelectual, es un centrismo histórico-intelectual. El leninismo es un centro no sólo posicional y relativo, sino histórico: es el centro político que, combatiendo a las corrientes izquierdistas y derechistas *externas*, llegará al poder y destruirá el capitalismo privado. El centrismo histórico-intelectual se ve en la necesidad de *destruir* no sólo al capital privado sino a las organizaciones autónomas o semiautónomas populares para cumplir su rol histórico. Cuarto, el centrismo que, expresando los intereses de la revolución proletario-manual, es un *centrismo histórico-manual*. Es un centro político que, combatiendo las corrientes infantistas y oportunistas externas, lucha por llegar al poder para *destruir* el capitalismo y *construir* el socialismo. Tanto la tendencia política que ocupa el centro histórico-intelectual, cuanto la que se sitúa en el centro histórico-manual, tienen, a su interior, un centro unificador que es un justo medio entre los

¹⁰⁵ Al menos desde el punto de vista del anticapitalismo.

extremos. El centro de una corriente que funge como centro histórico¹⁰⁶ es, a su vez, histórico: cuando Lenin o Mao actúan como justo medio entre los extremos de una corriente política destructiva, constituyen un centro histórico porque, al no ubicarse ni en un extremo ni en otro, ni en el tendiente a la burguesía ni en el tendiente al trabajo manual, coordinan o engloban, mediante el centro unificador, a todo el partido o la corriente política en cuestión. Lo mismo habrá que decir del centro de la tendencia política que fungirá como centro histórico-manual.

En todas las corrientes políticas (tanto en aquellas que son centros históricos respecto a posiciones externas como las que son centros posicionales) el centro unificador es la base para el sustinismo y el caudillismo. Hay no obstante una diferencia esencial: el centro unificador de la tendencia o partido que funge como centro histórico-intelectual lleva naturalmente a la clase intelectual y a los caudillos al poder. El centro unificador de la tendencia o partido que fungirá como centro histórico manual (la dirección del partido obrero-campesino) tenderá, por razones de principio (la Revolución Articulada), a subvertir la división del trabajo, a sustituir el sustinismo por la democracia centralizada y a sentar las bases para la desaparición del caudillismo.

El centro unificador de una 'organización política no debe interpretarse como inmóvil. La interpretación concreta de una realidad concreta puede hacer que tenga que desplazarse a la izquierda o a la derecha, en comparación con la posición que guardaba con anterioridad. Incluso en estos desplazamientos puede perder transitoriamente a ciertos militantes pero tiene que conservar su carácter de centro unificador de extremos para no desintegrarse. El centro unificador será interpretado por la dictadura del proletariado manual como un medio: como un medio para unificar a los proletarios manuales en su lucha contra el manualismo y el intelectualismo, el radicalismo infantil y el oportunismo burgués o intelectual y para sentar las bases para la desaparición del propio centro unificador. Si este último se toma como fin se cae en el sustinismo y el caudillismo.

¹⁰⁶ Centro histórico si lo comparamos son dos posiciones externas polarizadas; pero izquierda histórica si la referimos a su derecha histórica natural. a la burguesía ni en el tendiente al trabajo manual, coordinan o engloban, mediante el centro unificador, a todo el partido o la corriente política en cuestión. Lo mismo habrá que decir del centro de la tendencia política que fungirá como centro histórico-manual.

El gran problema del maoísmo desencadenados de la primera fase de la revolución cultural consistió en lo siguiente: pretendió que un partido construido expresamente para llevar a cabo la revolución proletario-intelectual y un Estado instituido como maquinaria política de la clase dominante del MPI, cambiaran de repente de color, modificaran su trayectoria y transformaran su carácter. A 17 años de fundado el Estado de la República Popular China, creado bajo el modelo "soviético", sufrió un serio sacudimiento, pareció desquiciarse, pero, tras algunos años de desequilibrio, retomó el camino intelectualista, ahora dirigido por la tecnoburocracia, y renunció a todo flirteo con el populismo socializante. El PCCh había sido concebido, anotábamos, como un instrumento (la vanguardia *intelectual* del proletariado *manual*) hecho para la revolución proletario-intelectual. Como tal, se definió en la práctica, y en la teoría como un centro histórico-intelectual que combatió, simultáneamente, contra las corrientes burguesas (el Kuomintang, etcétera) y los intentos, llamados por el maoísmo anarquizantes, de organizar a las masas de manera autónoma. Además, el maoísmo se reveló en la práctica y la teoría como el centro unificador, pero cambiante sin cesar, que luchó al interior del partido contra las desviaciones de izquierda y de derecha. El resultado de todo ello fue la creación, tras el período de transición que va de la fundación de la República Popular China al final del primer Plan Quinquenal, del MPI. Una vez creado tal régimen, Mao pretende cambiar las cosas. Piensa que hay que combatir no sólo a los burgueses, a los capitalistas de viejo tipo, sino a los que denomina capitalistas de nuevo tipo o neoburgueses. Y ¿quiénes son éstos? No los dueños de los medios *materiales* de la producción. No la iniciativa privada (para esa época ya privada de toda iniciativa), sino los burócratas del partido y del Estado, es decir, los detentadores de los medios *intelectuales* de producción y, por ende, monopolizadores de la cuestión pública. Mao entrevé, aunque en medio de las brumas y la confusión, al otro enemigo de los trabajadores físicos de la ciudad y el campo: la *clase intelectual*. Su posición teórica sigue siendo binaria, pero su intuición política vislumbra una realidad social ternaria. Pero la vislumbra solamente. Aunque en ocasiones se acerca a la concepción de un partido obrero-campesino no intelectualista y a un Estado como dictadura del proletariado manual, no lo hace de manera consecuente, fincada en el conocimiento de la existencia de la nueva clase explotadora. En general, se mueve dentro de una crítica aún intelectual a la clase intelectual. Posición ésta a la que hemos llamado *populismo intelectual*. El populismo intelectual es antiburocrático y socializante, pero no socialista. Se pone en contra de los burócratas (o parte de ellos). Arremete contra los tecnócratas (o parte de ellos). Pero no denuncia a la

clase intelectual en su conjunto ni, en una autognosis que hubiera sido especialmente significativa, se considera como parte de la clase dominante. La revolución cultural pasó por tres etapas: a) por el desencadenamiento del proceso "desde arriba", b) el estallido revolucionario "desde abajo" y c) el control de *la* situación por parte del populismo intelectual. No es este el lugar para narrar de manera pormenorizada cómo se inició la revolución cultural. Baste recordar que se gestó, en las esferas oficiales, como producto de contradicciones interburocráticas. El maoísmo, debilitado en esta lucha, apeló a las masas, con lo cual se pasó de la primera fase de la revolución cultural, fase fundamentalmente burocrática, a la segunda, en que las masas, impulsadas inicialmente por el sector maoísta del funcionariado estatal y partidario, adquieren su propia dinámica y, como en el caso de la Comuna de Shangai, entran en contradicción no sólo con los "neocapitalistas" (Liu Shao-Chi) sino, de manera más o menos abierta, contra el populismo maoísta. La irrupción de las masas, la lucha "desde abajo" crea las condiciones para pasar a la tercera fase: la del control de la situación, que amenazaba en convertirse en caótica y de consecuencias impredecibles, por parte del maoísmo. Parte importante de este proceso de control está representado por la aparición, en buena parte de la nación china, de un poder tripartito: partido, ejército y organizaciones populares. Modelo de organización éste aparentemente muy avanzado, pero que traía nuevamente consigo, con la subordinación de las organizaciones populares al partido y al ejército, la restauración de la dictadura de los intelectuales sobre los manuales, los gobernantes sobre los gobernados, el partido sobre los obreros y campesinos. La revolución cultural fracasó. Estaba condenada al fracaso. Fracasó porque el maoísmo (y no se diga las masas) carecía del concepto de clase intelectual y, con ello, de una clara política de alianzas. Sus alianzas interpartidarias, para poner un ejemplo, estuvieron concebidas de acuerdo con la estabilidad política de la clase intelectual y no con la posibilidad de un avance hacia el socialismo: Mao se alió con Chou En-lai contra Lin Piao, o sea con una corriente, francamente intelectualista en contra de una tendencia antintelectualista y defensora de un populismo intelectual extremoso, porque pensaba, seguía pensando que la pugna entre intelectuales y manuales era una "contradicción en el seno del pueblo". Prefirió la *tecnocracia intelectual* de Chou al *plebeyismo antintelectualista* de Lin porque su concepción de la revolución cultural no advertía que el enemigo de los obreros y campesinos era *toda* la clase intelectual y no sólo los burócratas sino también los técnicos. Lo mismo se repitió en la época de Hua Kuo feng: prefirió aliarse con Teng Siao-ping y no con el populismo intelectualista de la "banda de los cuatro".

CAPITULO V

EL PUESTO DE LA REVOLUCIÓN CULTURAL EN LA REVOLUCIÓN ARTICULADA

I. INTRODUCCIÓN

Cuatro son las revoluciones que deben ser realizadas para lograr la construcción del comunismo: la revolución económica, la revolución cultural, la revolución sexual y la revolución antiautoritaria. Aunque es notoria la existencia de grandes diferencias entre ellas (diferencias en lo que se refiere a

su carácter, su temporalidad, su objeto, etcétera) tienen algo importante en común: *conllevan en todos los casos una rebelión contra la propiedad privada*. La revolución económica lucha contra la propiedad privada de los medios *materiales* de la producción. La cultural, contra la propiedad privada de los medios *intelectuales* de la misma. La sexual, contra la propiedad privada de las *personas* y la antiautoritaria contra la propiedad privada *del Estado y toda forma de poder*. El comunismo es, entonces, la desaparición de estas cuatro formas de propiedad y todo lo que ello implica. La fase inicial del comunismo, la etapa llamada *socialista*, no puede ser otra cosa, por consiguiente, que un *régimen de transición en el cual se halle programada la Revolución Articulada*, esto es, en que, a partir de un plan cuidadosamente elaborado, se pugne por socializar la propiedad en los cuatro sentidos enumerados. En todos los casos en que existe la propiedad privada se puede registrar una estructura bipolar: el polo propietario se contrapone al polo desposeído. El polo propietario es, en todos los casos, el polo positivo, beneficiario, conservador de la contradicción. El polo desposeído es el polo negativo, dominado, destructor de la contradicción. ¿Cuál es la fuerza motriz de la revolución económica? No puede ser otra que el conjunto de trabajadores (manuales e intelectuales) *asalariados*. *Condición necesaria para que se pueda derrocar el capitalismo, es no sólo alianza obrero-campesina, sino obrero-intelectual*. La clase obrera debe cerrar filas con la intelectualidad progresista, sin olvidar nunca el carácter *de clase*¹⁰⁷ de ésta, con el objeto de erradicar el modo de producción capitalista. ¿Cuál es la fuerza central de la revolución cultural? Ya no puede ser el *frente laboral* tomado en su conjunto, en virtud de que dicho frente se desdobra, a partir de la "socialización" de los medios *materiales* de la producción, en los dos polos de una nueva estructura bipolar dominante: intelectualidad y clase obrera. *La fuerza central de la revolución cultural no puede ser otra, entonces, que la clase obrera, los trabajadores manuales de la ciudad y del campo*. Y esto es así porque la *clase intelectual* ha sustituido en el poder a la clase burguesa. Si anteriormente dicha clase se alió con los obreros, autodesignándose revolucionaria y socialista, ello estaba realizado dentro de límites bien precisos: que la revolución atentara contra la propiedad de *cosas* (utensilios) pero no contra la propiedad privada de *ideas*. ¿Cuál es la fuerza medular de la revolución amorosa? La esencia de la esclavitud sexual y familiar de nuestros días radica en la *interposesionalidad de los sexos* (y en la propiedad privada de los hijos). Como se trata de una interposesionalidad *desigual* en que el dominio lo ejerce en última

¹⁰⁷ De clase, en sentido técnico-funcional.

instancia el hombre, creemos que la fuerza medular de la revolución sexual radica en la mujer consciente, impugnadora, revolucionaria. ¿Cuál es, por último, la fuerza capital de la revolución antiautoritaria? La fuerza fundamental de esta revolución que pugna por la desaparición del Estado, y la reorganización autogestionaria de la sociedad, no puede ser otra que la de los gobernados (hombres y mujeres) contra los gobernantes.

La tecnoburocracia estatal, que expresa los intereses de la clase burguesa o de la clase intelectual, según se trate del capitalismo o el "socialismo", tiene al Estado como su propiedad privada. Esta tecnoburocracia no sólo expresa los intereses *externos* de la clase burguesa (si se trata del capitalismo) o de la clase intelectual (si se trata del "socialismo") sino también los intereses *internos* de su propio estrato (en ambos regímenes). El mero ejercicio del poder, en efecto, genera intereses. De ahí que mientras exista un Estado, mientras los asuntos de todos sean monopolizados por unos cuantos, habrá esclavitud y habrá necesidad de una revolución anti-autoritaria.

La Revolución Articulada sólo puede ser aceptada y promovida en su conjunto *por quienes están con los trabajadores contra los burgueses, con el trabajo manual contra los privilegios del trabajo intelectual, con las mujeres contra la dominación masculina y con los gobernados contra los gobernantes*. Hay quienes participarán sólo en una fase de esta revolución. No sólo conviene mencionar aquí al intelectual subordinado *formalmente* a la clase trabajadora manual (el cual, como hemos señalado en otros sitios, abandonará la lucha al llegar al "socialismo", esto es, a un régimen en que la clase intelectual, de dominada que era, se vuelve dominante) sino también al que está de acuerdo con las revoluciones económica y cultural; pero retrocede ante las revoluciones sexual y antiautoritaria.

La *Revolución Articulada* (que presupone una TDR, una teoría de las diferentes revoluciones) debe tratar de escapar, en la medida de lo posible, del espontaneísmo. Ciertamente los estallidos espontáneos en cualquier sentido son importantes e imprescindibles; una vez aparecidos, deben ser encauzados al máximo; y una vez esfumados o neutralizados, deben ser examinados con detenimiento para obtener de ellos una experiencia valiosa con vistas al esclarecimiento de las pugnas futuras; pero la Revolución Articulada, consciente de las limitaciones de todo espontaneísmo, debe intentar programar, en lo posible, el proceso revolucionario. Pongamos un ejemplo. En una medida importante, la revolución cultural proletaria china fue un producto espontáneo. No queremos decir con ello que un número importante de comunistas (maoístas) no hubiera sido, en cierto sentido,

impulsor de dicha revolución. Lo que deseamos afirmar es que esa revolución cultural china estalló en las masas *sin una teoría previa* que la ayudara a consolidarse Y ésta es la razón de que el *ciclo de la espontaneidad* —nacimiento de un proceso, desarrollo y muerte del mismo— reapareciera en tales condiciones históricas. La Revolución Articulada tiene como finalidad llevar a cabo,¹⁰⁸ lo que podría denominarse *planes temporales de revolucionarización* (PTR) en los que, se programaría, en la gestión misma del nuevo Estado, la realización articulada y jerarquizada de las cuatro revoluciones. La TDR no es otra cosa, por eso, que el intento de planificar la lucha por la emancipación general de los hombres.

2. LOS CONCEPTOS DE "REVOLUCIÓN" Y "ARTICULACIÓN"

Antes de pasar adelante, conviene aclarar qué sentido damos a los términos de *revolución* y de *articulación*. Pensamos que por *revolución* debe entenderse, en este contexto, *el proceso social destinado a destruir ciertas formas esenciales de propiedad privada que existen en la sociedad contemporánea*. Hablamos, por consiguiente, no sólo de una revolución económica, sino de las revoluciones cultural, sexual y antiautoritaria, en virtud de que *todas ellas se proponen dar al traste de una vez para siempre con la posesión privada de medios de producción, ideas, personas o jerarquías*. Es indiscutible que estas cuatro formas de propiedad (que existen claramente en el capitalismo) se retroalimentan de manera sutil y compleja. No es cierto que sólo la propiedad de medios de producción influya en la propiedad de ideas, personas o jerarquías. Lo contrario también es cierto. *Mientras los hombres posean algo, pueden aspirar a poseer lo demás*. Aunque, en el sistema capitalista, la propiedad de los medios *materiales* de la producción *domina* a las otras tres formas de propiedad, cada una de ellas tiene, por así decirlo, su infraestructura y su superestructura peculiares. La *realidad económica*, basada en la propiedad privada de las condiciones materiales de la producción, posee su infraestructura en la existencia de las clases sociales (en el sentido apropiativo-material de la expresión) y en el basamento económico de ellas. Su superestructura está constituida por todo aquello que, en los niveles jurídico, político e ideológico, se deriva dialécticamente de dicha infraestructura. La *realidad cultural*, basada en la propiedad privada de los medios *intelectuales* de la producción, posee su infraestructura en las clases sociales (en el sentido técnico-funcional de la expresión) y en el

¹⁰⁸ Como veremos más adelante.

basamento económico de ellas. Su superestructura está constituida por todo aquello que, en los niveles de lo jurídico, político e ideológico, se deriva dialécticamente de dicha infraestructura. Es cierto que el binomio infraestructura-superestructura de la *realidad cultural* en el capitalismo se halla dominado, por el binomio infraestructura-superestructura de la *realidad económica*. Pero dicha dominación no debe llevarnos a tratar la relación entre una realidad y otra como un *todo aestructurado* en el cual se diluyan las diferencias entre una instancia y otra y, lo que es más grave, se suponga que a la realidad cultural es mero efecto de la realidad económica. La *realidad sexual*, basada en la propiedad privada de las personas, posee su infraestructura en los géneros sexuales contrapuestos y en el basamento biológico-social de los mismos. Su superestructura está formada por todo aquello que, en los niveles de lo jurídico, político e ideológico, se deriva dialécticamente de tal infraestructura. Por último, la *realidad estatal*, basada en la propiedad privada del poder central por parte del Estado, posee su infraestructura en los dos grandes conglomerados humanos de gobernantes y gobernados y en el basamento económico-político de ellos. Su superestructura está constituida por todo aquello que en los niveles de lo jurídico, político e ideológico se deriva dialécticamente de tal infraestructura. De todo esto se desprende que no sólo existe, por ejemplo, una *ideología económica* (aquella que justifica la explotación del trabajo asalariado), sino también una *ideología intelectualista* (que sanciona los privilegios del trabajo intelectual frente al trabajo físico), una *ideología sexista* (que avala la dominación masculina) y una *ideología autoritaria* (que sirve a los intereses de una autoridad contrapuesta a todo un pueblo). Es importante destacar la existencia de estos cuatro tipos de juegos binarios de infraestructura-superestructura para salir al paso a la idea de que las realidades cultural, sexual y estatal son meros epifenómenos (o superestructuras) de la realidad económica para salirle al paso, por consiguiente, a la idea de que es preciso llevar a cabo tan sólo o fundamentalmente la revolución económica ya que lo demás (las revoluciones cultural, sexual y antiautoritaria) vendrán por añadidura. Las superestructuras de las realidades cultural, sexual y estatal en el capitalismo se hallan generadas, en primera instancia, por sus propias infraestructuras; pero caen bajo el dominio, en última instancia, de la realidad económica. De ahí que las ideologías intelectualista, sexista y autoritaria formen parte de la *superestructura burguesa general*. Sin embargo, al desaparecer la infraestructura económica del capitalismo (la propiedad privada de los medios *materiales* de la producción) no desaparecen las ideologías mencionadas, sino sólo la dominación burguesa de ellas; dominación que es

sustituida por otra de diferente signo. En la Unión Soviética, por ejemplo, el sexismo y el autoritarismo son dos superestructuras (generadas en su propio campo) y puestas al servicio de un régimen *intelectual* (burocrático-tecnocrático). Las estructuras de las realidades cultural, sexual y estatal —esto es, sus respectivos binomios de infraestructura-superestructura— operan como estructuras invariantes¹⁰⁹ en virtud de que son refuncionalizadas por el nuevo sistema.

Si, como hemos aclarado con antelación, la creación del socialismo no es producto de una revolución sino de varias revoluciones vinculadas; si no es el efecto de una mera "transformación económica" que establece, más tarde o más temprano, la emancipación general de las diversas esclavitudes que sufren los hombres en la sociedad contemporánea, sino la forzosa realización de varias revoluciones articuladas y jerarquizadas, que luchan por erradicar diversas formas de propiedad privada, ello hace que pase a primer plano la necesidad de una TDR. Pieza importante de esta última es la aseveración de que si bien debe rechazarse la tesis de que requiere una sola revolución (concebida como "revolución económica") para construir el **socialismo**, también debe combatirse *la posición* de que se necesitan varias revoluciones, desvinculadas unas de otras y concebidas bajo el modelo *gradualista* de que solamente *se* puede emprender la siguiente si se realiza la anterior. La TDR plantea, sí, la necesidad de llevar a cabo varias revoluciones (*a* diferencia de la primera tesis); pero varias revoluciones *articuladas y jerarquizadas* hasta conformar un solo proceso al que podemos dar el nombre de *Revolución Articulada* o *Revolución Articulada Permanente* (*a* diferencia de la segunda tesis). Para comprender la *articulación* de estas revoluciones conviene destacar, antes que nada, que éstas pueden dividirse en *revoluciones condicionantes y revoluciones condicionadas*. La revolución económica, por ejemplo, es una revolución condicionante y la revolución cultural es una revolución condicionada. ¿Qué queremos decir con ello? Deseamos asentar con tal cosa que *no es posible realizar la revolución cultural sin una previa revolución económica que establezca los marcos propicios para que pueda tener lugar la socialización de los medios, intelectuales de la producción*. ¿Cuál es la razón que nos lleva a afirmar con toda decisión que sin una revolución económica no es posible una revolución cultural? La respuesta es simple y contundente: si no se lleva a cabo la revolución económica, subsiste la propiedad de los medios *materiales* de la producción y, con ella,

¹⁰⁹ Consúltase Enrique González Rojo, *Hacia una Teoría Marxista del trabajo intelectual y el trabajo manual*, Ed. Grijalbo, Col. Teoría y Praxis. México, 1977, p. 13.

el dominio de la clase burguesa. Esta clase no sólo protege como la niña de sus ojos la propiedad privada de los medios *materiales* de la producción — fundamento mismo de su existencia y su carácter explotador— sino todas aquellas formas de propiedad privada que coadyuvan a su dominio, como es el caso, en lo que a la *realidad cultural* se refiere, de la propiedad privada de los medios *intelectuales* de la producción, como es el caso también, en lo que a la *realidad sexual* alude, de la interposesionalidad desigual de los sexos y como es el caso, en fin, en lo que a la *realidad estatal* hace referencia, de la propiedad privada del poder estatal por parte de la burocracia. Mientras no se realice la revolución económica, no se puede hablar sino de antecedentes, avances o vislumbres de la revolución cultural; pero en ningún caso de socialización de medios *intelectuales* de la producción. Algo semejante corre con las revoluciones sexual y antiautoritaria. Estas dos revoluciones no pueden tener lugar sin una previa revolución económica, que genere el marco propicio en el que puedan revolucionar, con alcance verdaderamente social, sus objetivos o realidades específicos. La razón de ello estriba, como dijimos, en que la familia, por un lado, y el Estado, por otro, son instituciones esenciales para la reproducción de las condiciones de existencia del modo de producción capitalista. Es un contrasentido pensar que el régimen burgués pudiera permitir la revolucionarización de pilares tan fundamentales de su propia arquitectura. Creemos, además, que las revoluciones sexual y antiautoritaria no sólo son revoluciones condicionadas respecto a la revolución económica, sino también respecto a la revolución cultural la cual, aunque es una revolución condicionada en relación con la revolución económica, funge a nuestro parecer como revolución condicionante de las otras dos revoluciones. Dicho de otra manera. Nos inclinamos a pensar que las revoluciones sexual y antiautoritaria no sólo no pueden ser llevadas a cabo antes de una revolución económica, sino tampoco antes de una revolución cultural. ¿A qué atribuir tal cosa? Nuestra respuesta provisional a esta cuestión es la siguiente: suponiendo que se hubiera realizado la revolución "económica" pero no la cultural, que se hubiera socializado los medios *materiales* de la producción pero no los *intelectuales*, el régimen emanado de tal circunstancia no podría ser otro que el modo de producción *intelectual* (burocrático-tecnocrático), en el cual las clases fundamentales de la sociedad burguesa (capital/trabajo) se hallan sustituidas por las clases en sentido técnico-funcional (trabajo intelectual/trabajo manual). En un régimen, pues, como el "soviético", no han tenido lugar ni la revolución sexual ni la revolución antiautoritaria, porque no habiendo estallado una revolución cultural (que al socializar los medios

intelectuales de la producción, destruyera el dominio de la *clase intelectual* en el poder) las realidades a que aluden aquellas dos revoluciones (o sea la familia y el poder) son instituciones heredadas del pasado y refuncionalizadas para coadyuvar a la reproducción de las condiciones de existencia del nuevo sistema. Una revolución es condicionante respecto a otra cuando puede tener lugar con independencia de ella. La "revolución económica" es condicionante respecto a la cultura porque pueden ser "socializados" los medios *materiales* de la producción sin socializarse los medios *intelectuales* de la misma. Por lo contrario, una revolución es condicionada respecto a otra cuando no puede realizarse independientemente de ella. La revolución cultural, como hemos dicho, se halla condicionada respecto a la económica porque no pueden ser socializados los medios *intelectuales* de la producción si no se han socializado previamente, en lo fundamental, los medios *materiales* de la producción. La revolución cultural, a su vez, es una revolución condicionante respecto a las revoluciones sexual y antiautoritaria en virtud de que es posible socializar los medios *intelectuales* de la producción (un poco más adelante expondremos la forma en que, pensamos, puede realizarse tal cosa) sin destruir la interposicionalidad desigual propia de una realidad sexual enajenada ni la propiedad privada del poder propia de una realidad política que conserva y reproduce las jerarquías. ¿Cuál es la razón de que la "revolución económica" sea una revolución condicionante respecto a las otras tres y que la revolución cultural lo sea respecto a las otras dos? Intentaremos esta respuesta: la causa de que las dos revoluciones mencionadas sean, en diferente nivel, condicionantes de las otras dos, se debe a que su objetivo histórico consiste en destruir, con la propiedad privada de medios de producción (sean *materiales* o *intelectuales*) agrupamientos humanos, de hombres y mujeres, que pueden y deben ser considerados como *clases sociales*, aunque, como se sabe, con la diferencia de que en un caso se trata de clases sociales en sentido apropiativo-material y en otro de clases sociales en sentido apropiativo-intelectual. Afirmar esto es lo mismo que asentar que las revoluciones sexual y antiautoritaria no son posibles *sin erradicar previamente todo tipo de clases sociales*. Y ello es así porque todo régimen de clases pone a su servicio a la familia y al Estado y se sirve de ellos como piezas esenciales de su constante reproducción y supervivencia. De todo lo afirmado aquí no se puede deducir ninguna forma de gradualismo. El hecho de que haya revoluciones condicionantes y revoluciones condicionadas, no significa que no deban y puedan hacerse ciertos avances anticipativos y experimentales de *la* fase posterior en la precedente, ni, sobre todo, excluye la necesidad de programar (articular)

el tránsito de una revolución a otra. En la actualidad ya tenemos cierta experiencia de lo que puede ocurrir, como ha ocurrido, cuando se realiza una revolución condicionante (como la "económica) sin otra condicionada-condicionante (como la cultural) . El producto de ello, insospechado, ha sido un nuevo modo de producción no provisto por los clásicos del marxismo: el régimen actual que rige, entre otros países, en la Unión Soviética.

En el supuesto caso de que en algún sitio se intentara llevar a cabo una revolución económica y cultural, pero no sexual y antiautoritaria, el producto de tal cosa, aunque escapa a toda predicción actual,¹¹⁰ sería, a no dudarlo, obstaculizador de la gestación del régimen comunista; de ahí que, en consecuencia, no hay otro camino para crear el socialismo, como etapa incipiente y de transición, que la de llevar a cabo una *Revolución Articulada*.

3. OBJETOS, MEDIOS Y FIN ÚLTIMO

Las cuatro revoluciones de que hablamos poseen, como se comprende, distintos objetos. El objeto de la revolución económica es la propiedad privada de los medios *materiales* de la producción. El de la revolución cultural, la propiedad privada del instrumental *teórico*. El de la revolución sexual, la propiedad privada de las *personas*, y el de la revolución antiautoritaria, la propiedad privada del *poder*. Como se ve, *el objeto general de la Revolución Articulada es la propiedad privada en sus cuatro formas enumeradas*.

Las revoluciones se diferencian, pues, por su objeto, por el tipo de realidad específica que se requiere revolucionar. Para llevar a cabo esta revolucionarización se necesita echar mano de ciertos *medios*. Hay medios *específicos*, particulares, que sirven de palanca para realizar cada una de estas revoluciones. La "expropiación de los expropiadores", por ejemplo, es un medio específico de la revolución económica. Pero también existen medios *comunes* generales, que pueden coadyuvar simultáneamente a los diferentes tipos de transformación que pretende vincular la Revolución Articulada podemos mencionar como ejemplos de estos medios comunes, entre otros, la educación revolucionaria, la moral revolucionaria, la actitud científica revolucionaria y el arte revolucionario. La educación, la moral, la ciencia y el arte pueden, en

¹¹⁰ Porque preguntas como ¿cuál es la posibilidad deformadora y bastª involucionadora de la propiedad privada de las personas y del poder? no tienen, creemos, al menos por ahora, una clara respuesta.

efecto, ayudar esencialmente a la realización de la Revolución Articulada. Si los objetos de las diferentes revoluciones que deben ser articuladas son las diferentes formas de propiedad enumeradas y si los instrumentos necesarios para destruir (dentro de la temporalidad específica de cada campo) tales propiedades, son los medios (específicos y comunes), el fin último de la Revolución Articulada no puede ser otro que el comunismo.

4. LA CATEGORÍA DE REVOLUCIÓN CULTURAL

Cuando hablamos de revolución cultural no nos referimos a la revolución cultural china. Para nosotros, la noción de revolución cultural es una categoría conformada a partir de ciertos antecedentes históricos (la Comuna de París, la Revolución Soviética en sus inicios, la Revolución Cultural China, etcétera) y ciertos antecedentes teóricos (formulaciones en Marx y Engels, en el socialismo utópico, en el anarquismo y en la teoría de Machajski). Es cierto que la Revolución Cultural Proletaria China es el momento más alto o la etapa donde se registra la eclosión revolucionaria cultural más importante de la historia, independientemente de *su* carácter transitorio y en cierto modo frustrado; pero de ninguna manera se puede caracterizar a esta revolución, como una revolución cultural realizada plenamente.

La Revolución Cultural China, aunque modificó ciertas instituciones y relaciones socioeconómicas, y aunque pretendió transformar otras, no puede ser considerada sino como un ejemplo más de ese conjunto de estallidos espontáneos de revolución cultural que aparecen aquí y allá en el decurso histórico, en virtud de que no le fue dable llevar a cabo, por razones históricas, la subversión de todos los aspectos que constituyen la esencia categorial de la revolución cultural, considerada no como un proceso realizado, sino como un proceso por realizar.

5. DIVERSOS ASPECTOS DE LA REVOLUCIÓN CULTURAL

Podemos discernir cinco aspectos fundamentales de la revolución cultural: A) la *educación revolucionaria*, B) la *lucha contra la división enajenadora, horizontal, del trabajo*, C) la *Segunda Re. volución Industrial*, D) la *subversión científica* y E) la *rebelión geográfica o ecológica*. Veamos uno por uno.

A) LA EDUCACIÓN REVOLUCIONARIA

El propósito de la *educación revolucionaria*, como aspecto decisivo de la revolución cultural, es realizar el principio fundamental de esta última, o sea, el de socializar los medios *intelectuales* de la producción. Se puede asentar que, en su aspecto más general, la vía para llevar a cabo esta socialización consiste *en intelectualizar el trabajo manual y proletarizar el trabajo intelectual*. Detengámonos un momento en la necesidad de intelectualizar el trabajo manual. Como existen medios *intelectuales* de producción en dos sentidos (en sentido amplio, hacen referencia a toda especie de *calificación* o de *trabajo en la fuerza de trabajo*; y en sentido estricto aluden a los medios de producción propios del trabajo puramente intelectual), la intelectualización del trabajo manual puede llevarse a cabo en el sentido de un trabajo manual calificado y/o en la dirección de una transformación del *tipo* de trabajo convirtiéndolo de trabajo físico en trabajo intelectual. *Debemos entender, pues, por intelectualización del trabajo físico la adquisición de medios intelectuales de la producción en el sentido amplio del término*. Esta intelectualización no puede ser implementada sino a través de la educación. Pero subrayemos, al respecto, dos cosas: esta educación tiene que ser esencialmente *abierta* e impartida al trabajador manual en su *centro mismo de trabajo*. La educación *cerrada* (la escuela tradicional) no sólo es franca y decididamente elitista, sino la "fábrica de intelectuales" que requiere el modo de producción intelectual (burocrático-tecnocrático) para reproducir y acrecentar la clase intelectual en el poder y la aristocracia obrera que requiere el régimen. La *escuela cerrada* (a la que acuden los hijos de la intelectualidad en general y de los burócratas y tecnócratas en particular, además de las capas superiores de la clase obrera) cumple, por consiguiente, la función de dotar de medios *intelectuales* de producción a un sector diferenciado de la sociedad, al mismo tiempo que excluye a la inmensa mayoría de la población de dicho privilegio. Esta es la razón por la que en toda formación social *intelectual* predomina la *escuela cerrada*. Cae de suyo que la presencia en esta escuela de un número más o menos grande de obreros (que se hallan en un proceso de intelectualización *personal*) no le confiere el carácter de institución en la que encarna una revolución cultural, sino todo lo contrario: se trata del aparato que afirma y reafirma incesantemente la línea de demarcación entre quienes poseen medios *intelectuales* de producción y quienes se hallan desposeídos de ellos. La revolución cultural no puede llevarse a cabo sino mediante la *escuela abierta*. *No se trata de que algunos obreros, por numerosos que sean, acudan a la escuela, sino que la escuela vaya a todos los trabajadores manuales*.

La escuela abierta tiene como su finalidad principal la desaparición de la propiedad privada sobre los medios *intelectuales* de producción. La educación revolucionaria debe interpretarse, entonces, como una educación que, por ser abierta, democrática, popular, combate a fondo el monopolio cultural que caracteriza no sólo al sistema capitalista sino también al "socialista". Los obreros que se intelectualizan en el Modo de Producción *Intelectual*, y que se intelectualizan ya sea convirtiéndose en trabajadores intelectuales o en obreros calificados, no hacen otra cosa que o bien *desclasarse* ascendentemente (formando parte de la clase intelectual) o bien subordinarse sociopolíticamente a la clase dominante. El obrero calificado tiene diferencias tipológicas con el trabajador intelectual (la índole misma del trabajo) pero tiene *en común* con él la posesión privada de medios *intelectuales* de producción. Este común denominador entre dos elementos diferenciados, coadyuva a que tiendan a cerrar filas la clase intelectual (sobre todo en sus sectores burocrático y técnico) con la aristocracia obrera. La *educación abierta* lucha, por tanto, no sólo contra los privilegios del intelectual sino también del obrero calificado aristócrata que funge como su aliado. La *escuela abierta* se vuelca hacia las masas. Consciente de la necesidad de que no se interrumpa en ningún momento el proceso productivo de toda la sociedad, acude al centro de trabajo de los productores, sobre la base del aprovechamiento racional por parte de ellos de una porción de su tiempo libre.

Pero no sólo, recordemos, hay que intelectualizar el trabajo manual, sino proletarizar el trabajo intelectual y politizar al trabajo manual calificado. Estos dos movimientos, de procesamiento simultáneo, no deben, sin embargo, confundirse, homologizarse. No son dos acciones simplemente inversas. Son prácticas sociales que, aunque articuladas, presentan distinta especificidad. Si la primera acción tiene, como hemos visto, un *fundamento educativo* (adquisición de medios *intelectuales* de producción), sin aludir por ahora a las consecuencias de ello, la segunda posee un *fundamento político* (combatir los intereses que espontáneamente brotan de la clase intelectual o de la aristocracia obrera) sin aludir por ahora, asimismo, a las consecuencias de ello.

Los procedimientos para llevar a cabo la proletarización del trabajo intelectual son varios. Destaquemos los más importantes. Se necesita, en primer término, haber tomado conciencia (en la teoría revolucionaria) de que la intelectualidad constituye una *clase*. La proletarización del trabajo

intelectual no busca una modificación cuantitativa de la conciencia del intelectual, sino una modificación *cualitativa*. *Proletarización* igual a *desclasamiento*. Sólo puede haber desclasamiento, subversión respecto a los intereses que emanan espontáneamente de la intelectualidad, si se reconoce la existencia de una *clase intelectual*. Si la intelectualidad no constituye una clase, sino una capa o un estrato que mantiene contradicciones no antagónicas con la clase obrera, no será necesario un *desclasamiento* sino tan sólo una modificación de detalle. Si la intelectualidad es una clase, la proletarización debe interpretarse como desclasamiento y el proceso que comanda tal cosa como *revolución cultural*. Si la intelectualidad no es una clase, la "proletarización" debe interpretarse como modificación de detalle y el proceso que jefatura tal cosa como *reforma cultural*. Nosotros somos partidarios de la *revolución cultural* y la concebimos como *lucha de clases*. Es la pugna de la clase obrera por crear el socialismo y el comunismo. Los *intelectualistas* son, en cambio, y en cierto sentido, *reformistas culturales*. Arguyen que como la intelectualidad no es una clase, sino una *capa* que en el peor de los casos sólo tiene contradicciones no antagónicas con la clase obrera, no hace falta ninguna lucha de clases, ninguna revolución cultural.

Es necesario, asimismo, proletarizar el trabajo manual calificado. Como hemos explicado en otro sitio, en el seno de la clase obrera hay diferencias cualitativas (cualitativas cuando el enfoque, el *criterio de aplicación* metodológico, es la propiedad o no de *instrumentos intelectuales auxiliares* o de *medios de producción intelectual* en el sentido amplio del término) entre la aristocracia obrera y el obrero medio. La revolución cultural debe promover un doble movimiento que parece contradictorio: el de pugnar por la calificación de *todo el trabajo manual* y el de luchar por la desaristocratización del trabajo que, habiendo tenido la oportunidad de instruirse, de especializarse (en el sentido de poder manejar ciertos medios *materiales* de producción, más o menos sofisticados, para elaborar productos *materiales*), debe considerarse como trabajo manual complejo. La importancia de la propiedad privada o no de instrumentos intelectuales auxiliares *dentro* de la clase obrera es tal que no sólo hallamos en ello una de las causas que nos explican la existencia de la *aristocracia obrera* y de la alianza de ésta con ciertas capas de la burguesía (en el capitalismo) o con la clase intelectual (en el "socialismo") sino que configura un *estrato de clase* privilegiado, al que no retrocederíamos en caracterizar como *subclase* ya que, sin ser una clase contrapuesta al trabajo manual simple y medio —como el trabajo intelectual lo es respecto al trabajo manual en su conjunto— mantiene diferencias *cualitativas* en el seno mismo de un trabajo

tipológicamente homogéneo. De ahí que la consigna de la proletarización del trabajo intelectual debe ser interpretada en el sentido *no sólo de combatir la arrogancia del intelectual frente al obrero sino la aristocratización del trabajo manual especializado frente al obrero ignorante*.

La revolución cultural implica, en su proceso "ascendente" elevar sistemática y planificadamente el standar educativo de las masas. Consiste esencialmente en dos movimientos: en la conversión del trabajo manual simple en trabajo manual complejo y en la transformación del trabajo intelectual simple en trabajo intelectual complejo. Adviértase, entonces, que la esencia de la revolución cultural, en este nivel, consiste en dar acceso a *todos los trabajadores*, independientemente de la rama económica en que operen, a la oportunidad de *trabajar su fuerza de trabajo*. La revolución cultural también supone, como se comprende, la posibilidad de que los obreros puedan "ascender" de un trabajo esencialmente manual a un trabajo fundamentalmente intelectual o, lo que es igual, supone la posibilidad no sólo de una "elevación" en lo que a la calificación de la fuerza de trabajo se refiere, como en los casos anteriores, sino también de un "salto" de un tipo de trabajo a otro.

Pero la revolución cultural también implica, en su proceso "descendente", una *politización y proletarización* del trabajo intelectual y del trabajo manual calificado. Esta politización y proletarización consistirá, pues, en hacer copartícipe al trabajo manual complejo (o al que vaya transitando hacia este estado) de los intereses históricos (emancipadores) del proletariado manual simple, y al trabajo intelectual complejo (o al que vaya conformándose como tal) de los intereses históricos del trabajo manual tomado en su conjunto (especialmente de los obreros medios no calificados), sin olvidar los intereses que emanan del trabajo intelectual simple, ya que de la misma manera en que podemos hablar de dos subclases, contrapuestas, en la clase trabajadora manual: la subclase del obrero calificado (aristócrata) y la subclase del obrero no calificado, nos es dable hablar de dos subclases, también contrapuestas, en la clase trabajadora intelectual, la subclase del intelectual calificado (la aristocracia intelectual) y la subclase del intelectual simple. La línea demarcatoria entre estas subclases no es el *tipo* de trabajo (ya que en un caso se trata de un trabajo complejo *manual* y de un trabajo simple *manual* y en otro caso de un trabajo complejo *intelectual* y de un trabajo simple *intelectual*) sino de la propiedad o no de medios *intelectuales* de producción en el sentido amplio del término. En efecto, la aristocracia obrera y la aristocracia

intelectual tienen algo en común: el haber adquirido, mediante el *trabajo en la fuerza de trabajo*, ciertos conocimientos de los cuales *carecen* los obreros no aristócratas y los intelectuales "plebeyos". Si la única diferencia que existiera entre los trabajadores fuera una diferencia de *calificación*, es claro, por ejemplo, que los trabajadores manuales *simples* y los trabajadores intelectuales *simples* cerrarían filas contra los aristócratas manuales e intelectuales. Pero como, junto con la diferencia anterior, existe la *diferencia tipológica*, ello hace que, frecuentemente, y como ley de tendencia, el trabajo intelectual simple en vez de buscar el apoyo del obrero simple en su lucha contra la aristocracia intelectual (y los burgueses) cierre filas con ésta y rehuya toda *identificación* con trabajadores "sucios e ignorantes" a quienes desdenea; además, claro, de que frecuentemente el salario del intelectual simple es mayor que el del obrero manual simple.¹¹¹

La *politización y proletarización* de la clase intelectual y de la aristocracia obrera debe implicar, entre otros, los siguientes aspectos: 1. económico, 2. social (educativo, científico), 3. político y 4. empírico.

1. Aspecto económico. "A cada quien según su trabajo", reza la divisa pretendidamente socialista. En varios sitios hemos indicado que esta consigna no puede ser el criterio apropiado de distribución de los ingresos en un régimen verdaderamente socialista (esto es, en un régimen de transición). Más bien se trata de la divisa del *Modo de Producción Intelectual*, de un modo de producción que ya no es capitalista, pero tampoco es socialista, sino un régimen donde se halla en el poder *la clase intelectual en el sentido amplio del término*, es decir, una clase que abarca no sólo a los trabajadores intelectuales (o sea la clase intelectual en sentido estricto) sino a la aristocracia obrera (dueña de medios de producción *intelectuales* en el sentido lato de la expresión). Si rige *sistemáticamente* el principio económico de dar "a cada quien de acuerdo con su trabajo" —y no digamos las violaciones expoliadoras de tal principio— ello significa perpetuar la desigualdad social por el lado de los salarios y sueldos. Si eres un intelectual (sobre todo un intelectual *complejo*) y si eres un obrero

¹¹¹ Es importante recordar, para que se entienda con claridad el concepto de *trabajo simple*, que Marx entiende por éste no el trabajo individual más rudimentario, sino el trabajo que, como promedio, ejerce el obrero común. El trabajo complejo es un trabajo que se compara, entonces, no con el trabajo individual más elemental, sino con el trabajo medio. El trabajo simple como categoría histórica es, entonces, *el trabajo que puede realizar un Operario por término medio sin instrucción especial*.

calificado (o sea intelectualizado, en el sentido amplio de la expresión) obtendrás una mejor remuneración, mayores prestaciones y otras ventajas (tiendas especiales, etcétera) que si sólo eres un obrero o un campesino medios. El principio de "a cada quien de acuerdo con su trabajo" debe ser sustituido, hemos escrito en otras partes, y ahora insistimos en ello, por la consigna de "a cada quien de acuerdo con las necesidades históricas de la construcción del socialismo". Independientemente de la forma concreta que asuma este principio —forma concreta determinada por la situación específica del proceso particular de cada revolución socialista—, el criterio de distribución del ingreso o de la renta individuales, amparada por la consigna de "a cada quien de acuerdo con las necesidades históricas de la construcción del socialismo", *debe luchar contra los privilegios salariales, los "sueldos de excepción", las prebendas y prestaciones a los burócratas, técnicos y obreros calificados*, ya que tales ventajas, fundadas en el principio marxista-leninista de "a cada quien según su trabajo" no son sino el pilar económico, en lo que a los ingresos se refiere, de la *sustantivación* de la clase intelectual en el sentido amplio del término. Una manera importante de politizar y profetizar a los intelectuales y a los trabajadores manuales especializados puede ser detectada en la anulación tanto de los privilegios salariales *sistemáticos* de la clase intelectual y de la aristocracia obrera, cuanto del principio ("a cada quien según su trabajo") que los fundamenta y da sentido. Esto no quiere decir que, en ciertas etapas, en cierto momento histórico definido, no deba pagársele más a ciertos técnicos que el obrero común, *cuando ello se desprenda de necesidades impostergables de desarrollo, consolidación y fortalecimiento del nuevo régimen*; pero estas desigualdades no deben ser constantes ni basarse en un "principio" que las sistematice.

2. *Aspecto social.* La *sustantivación* de la clase intelectual¹¹² trae consigo una refuncionalización o remodelación de los Aparatos ideológicos de Estado en el sentido de hallarse puestos al servicio, no de la reproducción de un sistema —el capitalista— donde la clase dominante es la burguesa, sino de la reproducción de un régimen —el pretendidamente socialista— en que la clase dominante es la poseedora de medios *intelectuales* de producción (en el sentido amplio del término) , de un modo de producción, en una palabra, en

¹¹² Cuando hablamos de *clase intelectual* a secas, hacemos referencia a su sentido estricto, esto es, a la clase que trabaja fundamentalmente de manera intelectual. Sólo cuando aclaramos que se trata de la clase intelectual en el sentido amplio del término, hacemos referencia no sólo a los intelectuales sino a la aristocracia obrera.

que el control y propiedad de facto de los medios *materiales* de producción no puede ser ejercido sino por los dueños de los medios *intelectuales* de producción: los trabajadores intelectuales propiamente dichos y la aristocracia obrera.

La politización y proletarización de la clase intelectual y de la aristocracia obrera supone no sólo la denuncia y el desmantelamiento de tales Aparatos Ideológicos, sino de su sustitución por lo que nos gustaría denominar *Aparatos Teóricos de la Revolución Articulada*. Estos *Aparatos* no serían ya las instituciones encargadas de ideologizar y manipular a las masas para adaptarlas al orden existente. No serían los vehículos de que se vale la clase dominante para generar en los trabajadores la sumisión indispensable para la reproducción de sus condiciones de existencia. Los *Aparatos Teóricos de la Revolución Articulada* serían, muy por lo contrario, los órganos de la *paulatina socialización del nuevo régimen*. El socialismo, en efecto, no es un acto sino un proceso. No consiste tan sólo en la socialización de los medios *materiales* de la producción (como un acto generador del *régimen de transición*) sino en la socialización de los medios *intelectuales* de la misma, además del conjunto de socializaciones que constituyen la Revolución Articulada. Todo modo de producción es, en efecto, un proceso. Proceso que implica tres fases: un *punto de arranque*, un *desarrollo* y una *agonía*. La "socialización" de los medios *materiales* de la producción no es el *punto de arranque* del *proceso socialista*, sino del *Modo de Producción Intelectual*. Es el inicio (la acumulación originaria *intelectual*) de un proceso, un desarrollo que conducirá a una agonía, primero, y a la sustitución del régimen burocrático, tecnocrático por el socialista, después. La socialización de los medios *materiales* de la producción puede formar parte del *punto de arranque* del socialismo, esto es, del *régimen de transición hacia el comunismo*, si, y sólo si, se articula con la revolución cultural y la socialización de los medios *intelectuales* de producción que implica. Los *Aparatos Teóricos de la Revolución Articulada* (nueva "familia", escuela abierta, mass media, manifestaciones artísticas, sindicatos, etcétera) tienen una función precisa: luchar *planificadamente*, a corto y largo plazo, contra *la sustantivación* de la clase intelectual. Es evidente que para llevar a cabo tal cosa, para desempeñar dicho papel antimanipulador y desenajenante, deben subvertirse. La familia, la escuela, los mass media, el arte y los sindicatos *socialistas*, si queremos seguir dándoles el nombre tradicional (aunque su forma y contenido se modifiquen sustancialmente), ya no serán lo que son en la actualidad tanto en la sociedad burguesa cuanto en la sociedad "socialista". Serán los vehículos para llevar a cabo la *insurrección generalizada*

contra la propiedad privada: de los medios materiales de la producción, de los medios intelectuales de la misma, de las personas y del Estado y toda forma de poder. Volvamos nuevamente a la educación.

2.1. *La escuela socialista.* Pese a sus diferencias, entre la *escuela capitalista* y la *escuela intelectual* hay algo en común: su función esencial consistente en *separar* una élite del conglomerado popular. Dicho de otro modo: consiste en dotar a un sector de la sociedad (reducido en comparación con el pueblo en su conjunto) de un acervo de conocimientos de que carece en general el trabajador manual urbano y agrícola. Este grupo de privilegiados culturales constituye una *clase social* sui generis. Una clase que en el capitalismo no puede ser independiente. Su autonomía es un sueño. Su sustantivación un deseo irrealizable. Pero una clase que obtiene su autonomización en el "socialismo". La función de la *escuela capitalista* consiste, pues, en crear una *clase intelectual dominada*: una clase sojuzgada por la clase burguesa y el sistema global que expresa sus intereses. El rol de la *escuela intelectual* consiste, por un lado, en crear una *clase dominante*, una clase sojuzgadora del trabajo manual tomado en conjunto. La *escuela socialista* está destinada a destruir a las clases. Por eso su divisa fundamental es la de que: "*el pueblo no debe ir a la escuela sino la escuela al pueblo*". El objetivo que persigue esta *educación abierta* es, ya lo dijimos, *intelectualizar el trabajo manual y proletarizar el trabajo intelectual*. La esencia de la *educación socialista*, del *proceso* educativo de la revolución cultural, consiste en que al mismo tiempo de proporcionar medios *intelectuales* de producción a un grupo cada vez mayor de personas (con la finalidad de cultivar *el pueblo en su conjunto* en un plazo determinado), se les dota de *la crítica científica de sus efectos y peligros*. Se intelectualiza al pueblo; pero se combate la propiedad privada de los conocimientos. Obligación de todo el que recibe instrucción será —además de la producción económica, etcétera— impartirla a quienes carecen de ella. Principio fundamental de *la educación socialista* será el de que "*se te brindarán conocimientos siempre y cuando tú los transmitas a otros*". Todo alumno tendrá que ser maestro. El derecho a la obtención de medios *intelectuales* de producción será la obligación a impartirlos a quienes carecen de ellos. En íntima relación con esto, se halla la lucha constante que debe emprenderse contra el desdén por el trabajo manual y la sobrevaloración del trabajo mental; pero debe combatirse, al propio tiempo, la tesis ideológica, decididamente conformista y manipuladora, del *igualitarismo laboral*, la tesis, cara a los intereses del egoísmo intelectualista, de que como es tan digno el trabajo manual como el intelectual, como es tan noble la labor del obrero como la del filósofo o el

estadista, en consecuencia las cosas deben seguir como están.

2.2. *La subversión científica y la clase intelectual*

Hemos dicho en reiteradas ocasiones que uno de los procedimientos más frecuentemente empleado por nosotros es el de disolver las homologías y definir la génesis, la estructura y la ley de tendencia de cada elemento que forma un todo organizado. Al disolver la homología implícita en el concepto habitual de *clase media*, por ejemplo, hallamos que dicha noción alude, en realidad, al *sector inferior* de la burguesía y al *sector superior* del trabajo. Está conformado, por ende, por dos sectores distintos que *no deben ser confundido en una sola designación y en una misma conceptualización*. Al disolver la homología implícita en el concepto de *intelectualidad* hallamos que dicha expresión alude: 1) al ideólogo *de clase* en sentido apropiativo-material; 2) al ideólogo *de clase* en sentido apropiativo-intelectual; 3) al hombre de ciencia en general¹¹³ y 4) al intelectual científico-revolucionario.

A veces es necesario detectar la existencia de una *homología dentro de la homología*. Al disolver la homología implícita en la noción *intelectualidad* nos hemos tropezado con que, entre las funciones del intelectual, hay que distinguir la de *científico-revolucionario* de las otras tres; pero el concepto mismo de *ciencia revolucionaria* es homológico. Se precisa, pues, disolver también esta ambigüedad.

Podemos entender por *ciencia revolucionaria* dos cosas: 1) un combate, una denuncia, una invectiva contra *la ideología de clase* en sentido apropiativo-material. En este sentido, la ciencia revolucionaria devela sistemáticamente *el carácter de clase de teorías que se presentan como verdaderas*. El liberalismo, por ejemplo, es desenmascarado por la ciencia revolucionaria como una ideología burguesa y pequeño-burguesa, etcétera. Este tipo de *operación denunciadora* de la ciencia revolucionaria ha sido desarrollado desde los clásicos del marxismo, y aunque representa y debe seguir representando una labor constante y sistemática, se puede decir que ha sido destacada suficientemente. 2) Un combate, una denuncia, una invectiva contra *la ideología de clase* en sentido apropiativo-intelectual. No basta, en efecto, desenmascarar las ideologías burguesas (desde la pequeño-burguesa hasta la fascista) sino que se precisa —es la gran tarea del marxismo contemporáneo y de la revolución cultural— develar las

¹¹³ Del cual hablaremos con posterioridad.

ideologías que se presentan como "planteamientos socialistas", como "puntos de vista del proletariado", como teorías "marxistas" cuando no son, en su esencia íntima, en su significado histórico, más que *planteamientos "proletarizantes" de la clase intelectual*. Este tipo de *operación denunciadora* casi no existe. Los que han intentado llevar a cabo, aunque sea tímidamente, algo en este sentido, han sido acusados rápidamente de *revisionistas, anarquistas o extremistas*, de individuos "voluntaristas" que le hacen el juego al enemigo. Son acusados de "voluntaristas", en efecto, porque los ideólogos "socialistas" identifican sus propias opiniones y política con la *ciencia* (el desarrollo de las fuerzas productivas, nos dicen, eliminará *a su tiempo* la contradicción entre el trabajo intelectual y el trabajo manual, etcétera) y toda opinión divergente es caracterizada como anticientífica. Este tipo de *operación denunciadora* es, sin embargo, la más urgente y necesaria, dada su inexistencia o silenciamiento. La subversión científica es, entonces, el fundamento teórico de la revolución cultural. La lucha, en el nivel de la teoría, contra la sustantivación de la clase intelectual y contra las ideologías que tienen un fundamento técnico-funcional.

La ideología más depurada de la clase intelectual tiene, como *cara externa*, el marxismo-leninismo. Tiene, como *cara interna*, el servir a los intereses de la clase intelectual en general y a sus sectores burocrático y tecnocrático en particular. Nada mejor para la dictadura de la clase intelectual sobre la clase obrera que decirse marxista-leninista o, si se prefiere, asumir un marxismo que en su proceso de constitución no ha llegado a la conciencia de que existen clases sociales en sentido apropiativo-intelectual y, por ende, no ha vislumbrado la imperiosa necesidad de denunciar y combatir a esta *clase*.¹¹⁴

El marxismo "soviético" es un *sistema de pensamiento*: una mezcla de elementos científicos e ideológicos en que los segundos dominan a los primeros. No es un sistema de pensamiento científico, como pretenden los soviéticos, sino *ideológico*.

En la Comuna de París, en la revolución de Octubre o en la Revolución

¹¹⁴ Tanto el marxismo tradicional, cuanto el marxismo-leninismo (y otras tendencias marxistas contemporáneas), no son otra cosa, a pesar 'de sus diferencias (de sus diversos grados, por ejemplo, de aproximación o no a la TDR) que la *ideología histórica de la clase intelectual*. Si el marxismo no subvierte en medida importante su estructuración actual, si no se torna lo que nos gustaría llamar un *marxismo posleninista* (que haga explícita la Revolución Articulada), seguirá funcionando como lo ha hecho en lo fundamental hasta ahora: como la *teoría proletarizante de la clase intelectual*.

Cultural Proletaria China hallamos acontecimientos e ideas que pueden servirnos de "puntos de apoyo" para conformar una teoría integral del proceso revolucionario y sustituir la tesis de "lo demás vendrá por añadidura" (tesis que afirma que se precisa llevar a cabo la "revolución económica" ya que lo demás advendrá inexorablemente) por la teoría de la *Revolución Articulada* o la *Teoría de las Diferentes Revoluciones*.¹¹⁵

La *subversión científica* consiste, por consiguiente, en denunciar al marxismo-leninismo como la teoría de la *intelectualidad* en ascenso o consolidada. Representa la conciencia de que el marxismo no ha sido plenamente constituido, y es un llamado de alerta contra quienes —respondiendo a ciertos intereses— dan una ciencia en vías de conformación como ya conformada. La revolución científica es, pues, el "brazo teórico" de la revolución cultural proletaria. Sin la revolución científica, sin la denuncia del carácter ideológico del *marxismo-leninismo* de la clase intelectual, la revolución cultural proletaria o no es posible o se queda a mitad del camino (como ocurrió con la Revolución Cultural Proletaria China). La subversión científica es la *teoría* de la revolución cultural. O también: la elevación a *estado teórico* de lo que se ha dado en *estado empírico* (y/o en *estado práctico*) a lo largo de diferentes procesos históricos en que las masas laboriosas se levantaron en contra no sólo de la clase dominante en sentido apropiativo-material, sino también contra la élite intelectual, entreviendo, con ello, otro de sus enemigos.

3. Aspecto político.

El socialismo, concebido como régimen de transición, presupone la *dictadura de la clase obrera*. La clase trabajadora manual debe ser el fundamento, la dirección y el alma de la revolución cultural.

Mas, para que se entienda el contenido de la afirmación precedente, resulta indispensable diferenciarnos de la tesis leninista habitual de la "dictadura del proletariado". Diferenciarnos de ella, no *en el* sentido, derechista, de negar su viabilidad o pertinencia a favor de tal o cual "democracia socialista" o "socialismo democrático", en que se vende bajo cuerda la mercancía capitalista, sino en el sentido de garantizar, con la presencia

¹¹⁵ Consúltese: Enrique González Rojo, *Hacia una teoría marxista del trabajo intelectual y el trabajo manual*. Ed. Grijalbo, p. 137.

en el poder no del "proletariado" o la "clase trabajadora"¹¹⁶ sino de *la clase obrera*, de la clase trabajadora *manual*, la destrucción de toda clase: tanto de la burguesa cuanto de la intelectual. La "dictadura del proletariado" no es sino la *dictadura de la clase intelectual sobre la clase obrera*. La "dictadura del proletariado" no es otra cosa que un Estado conformado fundamentalmente *a partir de* la lucha de la clase obrera *contra* el sistema capitalista. Pero cuyo resultado, como hemos dicho con insistencia, no fue un régimen *obrero*, un Estado de la clase trabajadora manual, sino la dictadura "proletaria" de la clase intelectual. Es cierto que ésta no fue la intención de Lenin. No cabe duda de que cuando él hablaba de *dictadura del proletariado* (y algo semejante habría que decir de Trotsky) pensaba que una *clase*, constituida por los *trabajadores*, debería ejercer su dictadura contra los explotadores y sentar las bases, con ello, para la construcción del socialismo. No había visualizado (quizás no podía hacerlo) que la *clase trabajadora*, el *proletariado*, que debería ejercer la dictadura como condición necesaria para la emancipación social, no era una *clase*, sino un *complejo de clases*, no era un agrupamiento de hombres unificados por intereses comunes, sino un *frente laboral anticapitalista* donde *dos clases* (la *intelectual* y la *manual*) cerraron filas transitoriamente ante un enemigo común (la burguesía), pero que mantenían, como mantienen, diferencias estructurales profundas que, conscientemente o no, hacen que se *contrapongan* en múltiples sentidos. La "dictadura del proletariado", en la concepción leninista, no busca instaurar un régimen antidemocrático. Todo lo contrario. Su finalidad es *reprimir*, dismantelar, el sistema burgués explotador para emancipar al pueblo. La dictadura se ejerce contra la minoría explotadora; la democracia se lleva a cabo con y para el pueblo. Pero esta es la formulación *teórica* del problema. En la realidad, lo que ocurrió es que si la "dictadura del proletariado" se dirigió *contra* la burguesía, también se ejerció, y sigue ejerciendo, *contra* la clase obrera. ¿Qué sector social será aquel que se beneficia reprimiendo a la clase burguesa y dominando y reprimiendo a la clase obrera? Se puede pensar que es la burocracia. Y tal suposición no está equivocada. Pero no hay burocracia, en sentido estricto (esto es como aparato estatal *decisorio*), al margen de las clases sociales. Toda burocracia es burocracia *de clase*. ¿De qué clase será representante, por consiguiente, esta burocracia? Nuestra respuesta es clara: de la *clase intelectual*, de la clase que, por ser dueña de los medios *intelectuales* de la producción, posee tácticamente, en un

¹¹⁶ Conceptos ambiguos que ocultan el papel de la intelectualidad en los regímenes "socialistas".

régimen en el que jurídicamente no existe la propiedad privada, los medios *materiales* de la misma. La afirmación leninista de que la "dictadura del proletariado" es *democrática* (porque desmonta la explotación burguesa) se revela, entonces, como errónea y limitada o como la ideología de la clase que, al reprimir a la burguesía y al dominar al trabajo manual, se sustantiva y se convierte en clase dominante. Es cierto que la destrucción de la clase burguesa es condición para la emancipación de un *frente laboral* dirigido por la clase intelectual. Pero es igualmente cierto que la destrucción de la clase intelectual es condición para la emancipación del trabajo manual y, con él, de toda la sociedad. Cuando afirmábamos, con anterioridad, que el socialismo "presupone la *dictadura de la clase obrera*" queríamos hacer notar con ello que sólo bajo esta divisa, esta estrategia, esta bandera *es posible compaginar dictadura y democracia*. La dictadura se ejerce contra los dos enemigos de la democracia: el burgués que se segrega del pueblo en su carácter de *poseedor material*, y el intelectual que se aísla de las masas en su papel de *poseedor intelectual*. Sólo si la posesión material llega a todo el pueblo, sólo si la posesión intelectual se socializa, es posible hablar de una democracia que no sea formal. La democracia burguesa tiene como su *contenido* los intereses de la clase capitalista. La democracia intelectual, los intereses de la clase intelectual. La democracia socialista, los intereses anticlasistas de la clase obrera.

En el régimen socialista tendrá que existir aún la burocracia pero sobre este problema, nos gustaría poner de relieve dos cosas:

1. Ya no se puede tratar de la burocracia de la clase finte-lectual, esto es, del Estado Mayor (junto con la del partido) de la clase dominante. Se tratará de un aparato estatal que exprese los intereses de la clase manual, es decir, de una *burocracia* de la clase obrera.
2. Ya no se podrá tratar de una burocracia que ignore que junto con las determinaciones *externas* del Estado (las clases en sentido tradicional y en sentido técnico-funcional), existe la determinación *interna* del Estado (el hecho de que el mero ejercicio del poder acaba por generar en quien lo detenta intereses contrapuestos al pueblo) . Reconocimiento éste que convierte a dicha burocracia, junto con la exigencia de que sea un laboratorio de comunismo, en uno de los agentes de la revolución antiautoritaria indispensable, dentro de la Revolución Articulada, para la realización del régimen comunista, del régimen en que toda propiedad

privada —incluida la del poder— desaparezca.

Para lograr, entonces, la politización y proletarización de la clase intelectual y de la clase obrera se requiere, en el aspecto político, de la *dictadura de la clase obrera*. Sólo la dictadura del trabajo manual puede garantizar la implantación de la democracia, de una democracia no formal, de una democracia que, tornando al sentido etimológico de la expresión, sea el gobierno del pueblo.

4. *Aspecto empírico*

La divisa, propia de la revolución cultural, de que es necesario *intelectualizar el trabajo manual y proletarizar el trabajo intelectual*, tiene que volverse una realidad social mediante una serie de prácticas concretas, empíricas, destinadas a transformar radicalmente las estructuras de una sociedad jerarquizada. Como el proceso de intelectualización del trabajo manual ha sido ya tratado en páginas anteriores, detengámonos un momento en el proceso empírico de la proletarización del trabajo intelectual.

Intentemos explicar, en primer término, a qué obedece la necesidad de que en general los trabajadores intelectuales (y la aristocracia obrera) se incorporen, de manera planificada y sin abandonar su ocupación central, a faenas manuales (y de calificación más o menos simple) de la industria, la agricultura y los servicios:

1. Para conocer en sí mismos el *modus vivendi et operandi* del trabajador manual. Como es cierto que el ser social determina la conciencia, quienes se dedican exclusivamente al trabajo intelectual, acaban por tener, además de los privilegios inherentes a su actividad, una psicología, una concepción del mundo, una idea tal de su papel "directivo" dentro de la comunidad, etcétera, que no sólo se diferencian del pueblo trabajador, sino que se contraponen tajantemente a él. Esta es la razón de que, a más de los *aspectos económico, social y político* de la proletarización del trabajo intelectual (en el sentido amplio del vocablo), se requiera un *aspecto empírico* (el de la gradual y planificada incorporación del trabajo intelectual al trabajo manual) para posibilitar la revolución socialista.
2. Para coadyuvar al aumento de la productividad del proceso laboral, aunando a la experiencia y capacidad cotidiana del trabajador habitual, los conocimientos técnico-científicos obtenidos en la escuela, los libros, el estudio, o para "liberar" en lo

posible, si ello es viable y oportuno, a ciertos trabajadores de sus faenas manuales (y simples) brindándoles la oportunidad de que adquieran en ese tiempo mayores conocimientos y califiquen su fuerza de trabajo.

3. Para cumplir el doble papel de maestros y alumnos, al entrar en contacto con los trabajadores manuales del campo y la ciudad. Maestros en el sentido de transmitir sus conocimientos académicos, de pasar a los obreros sus medios *intelectuales* de producción. Alumnos, en el sentido de aprehender la experiencia riquísima y fecunda (que generalmente no puede ser adquirida en los libros) del trabajador manual.

4. Para combinar constante y sistemáticamente la teoría y la práctica, ya que sólo de esta manera el proceso cognoscitivo puede realizarse de manera correcta, perfectible, armoniosa. Los "teóricos" aprenderán, pues, de los "prácticos", y estos últimos de los primeros, creándose una relación entre la teoría y la práctica que no es, como hasta nuestros días, la relación del amo y el esclavo, del señor que mantiene perpetuamente en la servidumbre a su siervo, sino la de la mezcla, la interpenetración, la lucha por derruir las fronteras entre ambos tipos de labores y sentar las bases para la emancipación del hombre respecto a la división del trabajo.

Cae de suyo que la incorporación del trabajo intelectual al trabajo manual no es ni un castigo ni una venganza. Concebirlo así, sería caer en un error *manualista*.¹¹⁷ Se trata, en cambio, del proceso de *revolucionarización de la fuerza de trabajo* necesaria para dar al traste con la oposición milenaria del trabajo intelectual y el trabajo manual.

Conviene aclarar, en segundo término, cuáles serían los sectores intelectuales que preferentemente deberán ser incorporados (sin abandonar definitivamente, como es claro, su trabajo fundamental) al trabajo manual industrial y agropecuario. Aunque la tendencia debe ser a que *toda* la clase intelectual (todos los técnicos, burócratas, profesionistas, etcétera) realicen, en tiempos definidos, faenas manuales, es indudable que ello tiene que ser

¹¹⁷ "El *manualismo* es la *ideología*' de la clase obrera manual, consistente en la interpretación de la realidad social, no desde la perspectiva de la ciencia revolucionaria (donde se recogen sus más caros intereses), sino desde los estrechos marcos de sus condiciones de trabajo". (Enrique González Rojo, *Hacia una teoría marxista del trabajo intelectual y el trabajo manual*, OP. cit., p. 190).

realizado planificadamente, respondiendo a una *programación cultural* cuidadosamente concebida y constantemente perfeccionada. Decíamos anteriormente que el tipo de escuela esencial del régimen socialista es la *universidad abierta*. Ello no quiere decir, como es obvio, que la *escuela cerrada* vaya a ser excluida del sistema educativo del nuevo régimen. Su presencia, su reforzamiento, su efectividad resulta insoslayable tanto por razones técnico-científicas como socioculturales. La existencia, la necesidad de la *escuela cerrada* trae consigo, sin embargo, problemas que deben ser encarados audazmente y solucionados con eficiencia. Quienes se educan en un *claustro* universitario, quiéranlo o no, tienden a convertirse en élite, en aristocracia intelectual. De ahí que la universidad, interpretada en el sentido tradicional del término, no sea otra cosa que la "fábrica de intelectuales", que la "incubadora de la clase intelectual". Una de las formas fundamentales de combatir la sustantivación clasista que se genera en la *escuela cerrada*, consiste en hacer que los estudiantes, además de llevar a cabo el trabajo intelectual de sus estudios habituales, realicen, en etapas del año definidas, un trabajo manual en el campo y la ciudad. Pero no sólo la juventud debe combinar la teoría y la práctica, el trabajo docente y el trabajo productivo, etcétera. Es importante también (si, desde luego, la coyuntura histórica no lo impide) que ciertas instituciones (sobre todo la "cúspide" de las mismas) realicen, además de sus funciones habituales, trabajos manuales en diversos sectores de la economía. Tal el caso, en primer lugar, del partido de la clase obrera (u otros partidos que pudieran existir entonces). El partido no debe ser concebido como el *dirigente (intelectual) de los obreros*, sino como el *sector obrero consciente de la clase trabajadora manual*. Como su forma de existencia debe ser, desde antes de la toma del poder, el *laboratorio de comunismo*, y como la esencia de éste radica en primer lugar en tratar de asumir *internamente*, en la medida de lo posible, la Revolución Articulada (que incluye la revolución cultural) y, en segundo lugar, en abrirse sistemáticamente al control externo y en propiciar la vigilancia que la clase ejerza sobre él, ello será condición favorable para que el partido, en un *permanente proceso de desburocratización*, envíe constantemente a sus integrantes y en especial a sus cuadros dirigentes a trabajar manualmente en cooperación estrecha con la clase trabajadora. También deben realizar trabajos manuales, en tiempos definidos (rigurosa y ordenadamente planeados), el Estado, el Ejército, la Iglesia y, desde luego, el conjunto de técnicos, hombres de ciencia y trabajadores de la cultura.

En otra parte hemos escrito: "No es posible proporcionar aquí algo así como un recetario para realizar la revolución cultural. Nada más alejado de nuestro propósito y nuestras convicciones. La clase manual de cada país hallará las formas específicas para dar al traste con su clase antagónica. Pero creemos, no obstante, que es posible entrever algunas de las medidas concretas que es necesario llevar a cabo para realizar lo que hemos llamado 'ruptura de la sustantividad'. Creemos en la conveniencia, por ejemplo, de realizar en cada país socialista una planificación, a largo y corto plazo, de lo que nos gustaría denominar *revolución ininterrumpida cultural*. Mao ya entrevió algo semejante cuando habló de que quizás se necesiten 'varias revoluciones culturales'. Esta profunda observación adolece, sin embargo, de cierto espontaneísmo. Nosotros pensamos que no hay que esperar a que 'estallen' diversas revoluciones culturales, sino más bien que hay que someter a una rigurosa planificación el proceso integral de la *revolución ininterrumpida cultural*. Como la esencia de la lucha contra la sustantividad clasista de la clase intelectual y la explotación (de nuevo tipo) que ejerce sobre la clase-obrera manual tiene que consistir en el doble movimiento de proletarización de los intelectuales y en la concientización (intelectualización) de los obreros manuales, la planificación de la *revolución ininterrumpida cultural* no puede ser otra cosa que la programación de la lucha anticlasista por lograr paulatinamente la socialización de la propiedad, privada sobre los medios de producción intelectual".¹¹⁸ Y más adelante: "Algunas de las medidas que probablemente debería recoger esta planificación serían no sólo la de implantar una educación —inferior, media y superior— gratuita, general, obligatoria, masiva, etcétera,¹¹⁹ sino obligar, por ley, a que todos los estudiantes, además de la actividad propiamente escolar a que están dedicados, acudan a trabajar, durante cierto tiempo, a centros agrícolas e industriales para conocer en carne propia las dificultades, características, problemas del trabajo manual y para conducir la experiencia teórica que vayan adquiriendo en las aulas a los trabajadores de dichas fábricas, comunas, etcétera".¹²⁰ Y después: "Además de la juventud estudiosa creemos que también deben ser sometidos a esta proletarización el partido de la clase

¹¹⁸ Enrique González Rojo, *Teoría Científica de la Historia*, Ed. Diógenes, p. 107, 1977.

¹¹⁹ Y habría que añadir *abierta*.

¹²⁰ *Ibid.*, p. 107.

obrero, el Estado,¹²¹ el ejército, etcétera. Todo ello, como se comprende, en la medida que las circunstancias históricas lo permitan y respondiendo, como hemos dicho, a una concienzuda planificación *que evite arbitrariedades...* Decimos esto último porque seguramente habrá algunos trabajadores intelectuales —excepciones que no hay que dejar de lado— cuyo trabajo responda de tal manera a las necesidades históricas de la comunidad, a las necesidades históricas, incluso, de la lucha contra la propia sustantividad clasista de la clase intelectual... que convenga a los intereses colectivos que no abandonen ni transitoriamente la labor intelectual a la que se dedican. Debe instrumentarse, en relación con ello, el mecanismo idóneo por medio del cual las organizaciones populares, al tiempo que hacen excepciones con tal o cual trabajador intelectual, vigilan que su labor¹²² no resulte una traba para el proceso de la liquidación de la sustantividad clasista".¹²³ Hemos transcrito esta larga cita porque nos ayuda a entender, a visualizar no sólo qué sectores de la clase intelectual deben preferentemente incorporarse planeadamente al trabajo manual, sino también cómo debe hacerse tal cosa (en sus lineamientos más generales) y cómo deben tratarse, por último, ciertos casos excepcionales.

B) LA SEGUNDA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL

De acuerdo con Ernest Mandel, el modo de producción capitalista ha atravesado tres fases esenciales (definidas por mutaciones tecnológicas importantes) : "en tanto que la primera revolución tecnológica giraba en torno al motor de vapor y la segunda al motor eléctrico", la tercera "tiene como eje la automatización, la electrónica y la energía nuclear".¹²⁴ Nos parece que estas tres "revoluciones tecnológicas" pueden, ser consideradas como tres fases distintas de lo que nos gustaría denominar la *primera revolución industrial*. Como se sabe, el capitalismo, tras la acumulación originaria del capital y la cooperación simple, ha conocido, desde el punto

¹²¹ Que también debe asumir la forma de laboratorio de comunismo.

¹²² Y su actitud, su psicología, su papel social.

¹²³ *Ibid.*, p.p. 107-108.

¹²⁴ E. Mandel, *Conferencias*, Esc. de Filosofía y Letras, Universidad Autónoma de Puebla, 1973, p. 9.

de vista técnico,¹²⁵ dos grandes etapas: la manufacturera (en que se introduce la división del trabajo en el taller) y el maquinismo (en que el instrumento de trabajo se desarrolla hasta convertirse en máquina y el taller, dotado de un sistema de maquinarias, deviene en fábrica). La fase inicial de la primera revolución industrial comienza, por consiguiente, -con el maquinismo o, lo que es igual, con un taller (fábrica) equipado con, máquinas que lograban poner en movimiento un complejo dispositivo de máquinas-herramienta, a través de un aparato de transmisión que era alimentado por la energía de un *motor de vapor*. ¿Por qué preferimos considerar a estas "tres revoluciones tecnológicas" como *tres fases* diversas de una revolución industrial? Porque, a pesar de modificarse la *fuerza energética* (desplazándose del vapor a la electricidad, primero, y de la electricidad a la electrónica y la energía atómica, después), la razón del cambio reside, esencialmente, en lo que a las fuerzas productivas se refiere, en una transformación *de las condiciones materiales de la producción*. Se trata más de "mutaciones tecnológicas" (que influyen en la fuerza de trabajo) que de *mutaciones laborales* (que repercutan en los medios materiales de la producción). Hay, desde luego, acción mutua: los cambios técnicos originan transformaciones laborales y viceversa. Pero la característica definitoria de la *primera revolución industrial*, independientemente de la fase en que se encuentre, consiste en revolucionar la fuerza de trabajo *a partir* de una modificación sustancial de los medios de producción, en tanto que —ya podemos adelantar la esencia de la *segunda revolución industrial*— la nueva revolución consistirá en revolucionar los medios de producción *a partir* de una modificación radical de la fuerza de trabajo.

La *segunda revolución industrial* tiene como su causa generadora la revolución cultural. Socializar los medios *intelectuales* de la producción — propósito fundamental de dicha revolución— significa no sólo cultivar, instruir, preparar a los trabajadores. El *trabajar la fuerza de trabajo* a nivel colectivo no trae consigo sólo consecuencias culturales, sino efectos económicos. La *segunda revolución industrial* tiene como palanca, en efecto, un proceso teórico (la revolución cultural); pero posee una consecuencia económica (la transformación global de todas las condiciones *materiales* de la producción). Quienes *trabajen su fuerza de trabajo*, quienes vayan obteniendo cada vez más medios *intelectuales* de la producción, no van a permanecer indiferentes frente al *estado* que guardan los medios de producción, sino que tratarán, *a nivel global*, de modificarlos, adaptarlos,

¹²⁵ Y como métodos cada vez más perfeccionados de obtener plusvalía relativa.

perfeccionarlos. Poniendo en juego su inventiva y su experiencia, su trabajo calificado y una orientación social enderezada a la obtención de tal cosa, lucharán por economizar recursos e idearán procedimientos y técnicas que tenderán a liberar al hombre de la prisión ancestral de la división del trabajo. Nada más falso, entonces, que suponer que la *revolución cultural* perjudica al desarrollo de la técnica, de los medios de producción, de las fuerzas productivas. Puede haber cierto conflicto, es cierto, si las circunstancias históricas no permiten una solución en el sentido indicado, o si no se realiza la revolución cultural a partir de un plan adecuado y tras la preparación pertinente; pero ese conflicto será soslayable o transitorio si se tiene claridad, desde el principio, de que la revolución cultural, lejos de dañar a la productividad social, se configura precisamente como la causa de una *segunda revolución industrial*: la revolución que se requiere para sentar las bases, las condiciones, los medios de la sociedad comunista. La *segunda revolución industrial* se realizará plenamente en el momento en que la escolaridad del pueblo en su conjunto (contemplada a largo y corto plazo en la *planificación socioeconómica*) llegue a la educación superior y genere lo que podríamos llamar la *profesionalización de todo el trabajo manual*.

C) LA LUCHA CONTRA LA DIVISIÓN ENAJENADORA, HORIZONTAL, DEL TRABAJO

Además de la *escuela abierta* y de la *segunda revolución cultural* (que implica la *profesionalización de todo el trabajo manual*) la revolución cultural supone una lucha contra la *división enajenadora, horizontal, del trabajo*. En otra parte escribimos lo siguiente: "La sociedad 'neocapitalista' se caracteriza por el crecimiento en términos absolutos del proletariado intelectual. Pero también por la cada vez mayor especialización profesional. Existe la clara tendencia a que cada individuo perteneciente al proletariado intelectual sepa *cada vez más de cada vez menos*. Si la línea divisoria entre el trabajo intelectual y el trabajo manual está constituida por los conocimientos que implica el primero, en el trabajo intelectual mismo¹²⁶ nos hallamos con la situación paradójica de que los especialistas, de tanto acumular conocimientos de la rama específica a que se dedican, ignoran todo o casi todo de lo demás, ignorancia que se vuelve patente y peligrosa en extremo en lo que se refiere a las cuestiones socioeconómicas, porque crea

¹²⁶ Y, aunque en otro sentido, también en el trabajo manual.

la condición favorable para la manipulación. La *revolución tecnológica de la fuerza de trabajo intelectual*,¹²⁷ esto es, la revolución que lucha contra la división enajenadora del trabajo y sus obligadas consecuencias de parcelación de los conocimientos y de las facultades humanas, no viene tampoco `por añadidura' al socializarse los medios *materiales* de la producción".¹²⁸ El proceso, descrito en páginas anteriores, llamado a *proletarizar el trabajo intelectual y a intelectualizar el trabajo manual*, representa el *movimiento vertical* de la revolución cultural: los obreros *ascienden* al trabajar su fuerza de trabajo y los intelectuales (en el sentido amplio del término) "descienden" a la situación de los trabajadores manuales, para obtener el conocimiento de los problemas que conlleva la fuerza de trabajo no calificada. El proceso, del que hablamos ahora, destinado a combatir la parcelación, la especialización enajenante que se da tanto en el trabajo intelectual cuanto en el trabajo manual, representa el *movimiento horizontal* de la revolución cultural. *La revolución cultural, por ende, está llamada a subvertir la división del trabajo*. A subvertirlo en un doble sentido: a evitar la propiedad privada de conocimientos de los intelectuales y la aristocracia obrera *frente* al pueblo trabajador en general y evitar la propiedad privada de conocimientos *especializados* de unos intelectuales y obreros calificados *frente* a otros y de unos trabajadores manuales *frente* a los demás. *La revolución cultural luchará por superar, entonces, tanto la división vertical del trabajo como la división horizontal del mismo*. Adviértase que el fundamento de la división vertical y de la división horizontal del trabajo es el mismo: la propiedad privada de ciertos medios *intelectuales* de producción (en el sentido amplio de la expresión). Lo que diferencia al trabajador intelectual del trabajador manual es, en efecto, la monopolización por parte del primero de ciertos conocimientos (que le permiten llevar a cabo el *tipo* de trabajo a que se dedica) que están vedados *socialmente* al segundo. Lo que diferencia a un trabajador intelectual de otro o a un trabajador manual de otro es, asimismo, la propiedad privada de ciertos *conocimientos especializados* que hacen de su trabajo un coto cerrado, una parcela inaccesible para los demás. Un trabajador que, aunque domine su propia faena, ignora, en mayor o menor medida, las restantes. La *división vertical* del trabajo implica, pues, la propiedad privada de conocimientos que en términos generales tiene una clase (la intelectual) *frente* a otra (la manual). La

¹²⁷ A la que habría que añadir la *revolución tecnológica de la fuerza de trabajo manual*.

¹²⁸ Enrique González Rojo, *Hacia una teoría marxista del trabajo intelectual y el trabajo manual*, *op. cit.*, pp. 16-17.

división horizontal del trabajo supone, por su lado, la propiedad privada de conocimientos que en términos generales tienen ciertas personas de una clase (ya sea intelectual o manual) *frente* a las otras. En lo que al trabajo manual se refiere, es cierto que es más fácil transitar de un trabajo a otro cuando se trata de faenas simples, y aunque la experiencia tiende en cierta medida a parcelar y especializar la función, dichas labores son en fin de cuentas fácilmente intercambiables y su personal deviene en fuerza de trabajo sustituible. Pero a medida que ascendemos en la escala de la calificación, los muros de la propiedad privada de conocimientos van aumentando de espesor, por así decirlo, hasta llegar el momento en que el trabajador o ya no es sustituible o lo es difícilmente. Podríamos sacar la conclusión, por consiguiente, de que, en términos generales, el trabajo manual puede ser sustituido más fácilmente que el intelectual (ya que en general el trabajo intelectual de la sociedad es más complejo que el trabajo manual de la misma), de que el trabajo manual simple puede asimismo ser más fácilmente sustituido que el trabajo manual complejo (propio de la aristocracia obrera), de que el trabajo intelectual simple puede también ser más fácilmente sustituido que el trabajo intelectual complejo y de que, finalmente, el trabajo intelectual simple con frecuencia puede ser también más fácilmente sustituido que el trabajo manual complejo. Lo anterior nos muestra que *una subversión vertical de la división del trabajo acarrearía de por sí ciertas consecuencias en la división horizontal del trabajo*. Si sólo se llevara a cabo el *movimiento vertical* de la revolución cultural (esto es, si se implantara la tendencia a convertir el trabajo manual en intelectual, el trabajo manual simple en trabajo manual complejo y el trabajo intelectual simple en trabajo intelectual complejo) ello traería consigo ostensibles consecuencias *horizontales*: se tendería a convertir el trabajo *en cada vez menos sustituible*, lo cual significaría que la propiedad de conocimientos lejos de desaparecer se fortalecería. Ya no sería, desde luego, 'la propiedad de todos los intelectuales *frente* a los obreros, sino la propiedad de cada quien *frente* a los demás. Estas *moléculas de trabajo parcializado*, de tanto acumular conocimientos de la rama específica a que se dedicaran, ignorarían todo o casi todo de lo demás, ignorancia que se volvería "patente y peligrosa en extremo —como decíamos con anterioridad— porque crearía la condición favorable para la manipulación". De ahí que sea indispensable *no sólo llevar a cabo el movimiento vertical de la revolución cultural sino el movimiento horizontal de la misma*. No sólo debe ser subvertida a la división de trabajo en lo que al tipo y la calificación del mismo se refiere, sino también *la división ocupacional del trabajo*.

La *lucha contra la división enajenadora, horizontal, del trabajo* tiene su propia temporalidad. Comienza en los albores socialistas, cuando la subversión *horizontal* apenas puede ser iniciada, y termina en la organización comunista, cuando el hombre se *emancipa* de la división vertical y horizontal del trabajo. Es probable que en las etapas iniciales de la construcción socialista esta lucha sólo pueda ser realizada de modo muy embrionario todavía. Al igual que el movimiento vertical, el movimiento horizontal de la revolución cultural debe ser planeado a corto y largo plazo de manera rigurosa. En un principio deberá, posiblemente, reducirse a una *educación política popular* que sirva de muro de contención a la parcelación tecnológica de la división ocupacional del trabajo. Expliquemos esto con mayor detalle. No ofrece duda que, durante una etapa histórica considerable, las necesidades económicas y tecnológicas de la nueva sociedad habrán de hacer imposible el que unos trabajadores "salten de unas faenas a otras" para combatir la división enajenadora, horizontal, del trabajo. Sólo una concepción utopista desmovilizadora podría sugerir tal cosa en esta etapa. Pero tampoco pueden dejarse las cosas como están. En estas condiciones, la medida más importante, aunque no la única, para combatir la parcelación y sus negativas consecuencias sociales (un pueblo manipulada y sumiso) es la *educación política popular*. La clase obrera (los campesinos, los trabajadores manuales de la industria, los artesanos, etcétera) no sólo deben *trabajar su fuerza de trabajo* en el sentido de la calificación y el aumento de productividad, no sólo deben adquirir conocimientos o medios *intelectuales* de producción (en el sentido amplio del término), sino que deben adquirir una *educación política*. Ya después, en etapas más desarrolladas del régimen socialista, se podrán y deberán *intercambiarse* ciertas faenas; todo ello de acuerdo con un *plan* riguroso y perfeccionable que tendrá siempre en cuenta, junto con la necesidad de *luchar contra la división enajenadora, horizontal, del trabajo* como una de las premisas para construir el comunismo, los riesgos de asumir a destiempo ciertos cambios en la fuerza laboral.

D) LA SUBVERSIÓN CIENTIFICA

La revolución cultural implica, como insinuamos con anterioridad, una modificación sustancial del carácter y sentido de la práctica científica de

la sociedad en su conjunto. Para mostrar, en sus lineamientos fundamentales, cuál será el contenido de esta *subversión científica*, conviene que tengamos en cuenta la diferencia entre dos tipos de práctica teórica —la científica y la ideológica— y el modo diverso como se relacionan con el contexto socioeconómico. En otra parte hemos escrito:¹²⁹ "La ciencia está condicionada por las otras prácticas sociales, incluyendo la estructura económica y la estructura social. Hemos dicho: condicionamiento y queremos añadir: condicionamiento favorable o desfavorable. La ciencia está condicionada (en lo que a su esencia epistemológica se refiere) favorablemente en ocasiones y desfavorablemente en otras por el ser social. La condición puede ser: posibilitante e imposibilitante. La primera, aquella que permite la 'aparición de la práctica científica, puede ser propiciante (favorable) o desfavorable. La condición imposibilitante es aquella, en cambio, que no permite la aparición de la práctica científica... La ciencia no está determinada (en lo que a su validez cognoscitiva o a su esencia se refiere) por las otras prácticas, aunque éstas jueguen un papel *preeminente* como es el caso de la práctica económica. *La ciencia, lo diremos sintéticamente, está determinada por su propia práctica específica (su modus operandi especial) y condicionada favorablemente o no por el ser social*"... "El caso de la ideología es muy distinto. Y lo es porque la ideología *no está determinada* por su propia práctica, sino que esta última no es otra cosa que el polo determinado (y estructurado de modo especial) de un polo determinante y estructurante que se puede localizar en el ser social. Las prácticas socioeconómicas determinan, por así decirlo, a control remoto tanto el *contenido* cuanto la *forma* de la ideología. *Si la ciencia está condicionada, favorablemente o no, por el ser social, la ideología está determinada en última instancia por él.* Esto no quiere decir que la ciencia sea *pura*, si por esto queremos decir incontaminada e independiente. En realidad, sólo podría existir una práctica científica *al margen* de las clases sociales, la ideologización y la manipulación, en una sociedad sin clases. Pero en una sociedad de clases, como los productos elaborados por la práctica científica pueden servir o perjudicar a la clase que está en el poder, ésta se adueñará de ellos, los pondrá a su servicio, alentará su aparición o impedirá que nazcan o se desarrollen, de acuerdo con sus intereses".

¹²⁹ En nuestra conferencia "Ciencia e Historia", publicada en la revista *Episteme*, Núms. 2-3, Revista de la Academia de Filosofía del CEC y T No. 2 "Miguel Bernard, I.P.N., Enero-junio de 1979, p. 19.

Y más adelante: "Una vez que se ha puesto de relieve el hecho de que la forma de vinculación de la práctica científica con el ser social es de *condicionamiento favorable o no* y de que la forma de relación de la práctica ideológica con el ser social es de *determinación dialéctica en última instancia*, debemos cuidarnos de no atribuir el tipo específico de vinculación de una práctica a la otra y viceversa. Si, por ejemplo, creemos que la ciencia está *determinada* por las relaciones socioeconómicas, como lo está la ideología, caeremos en un error *historicista*. Error que consiste en suponer que la conciencia verdadera (como es el caso de la ciencia) no está determinada por su propia práctica sino por un "contexto histórico" o un nudo de prácticas que se hallan fuera de ella. Si, por lo contrario, creemos que la ideología está sólo *condicionada* por las relaciones socioeconómicas, caeremos en un error *formal-idealista*. Error que consiste en suponer que la conciencia falsa (social) está determinada por su propia práctica especulativa y que su relación con el "contexto histórico" no es otra que la de un mero condicionamiento".

La clase intelectual, en lo que a su práctica teórica se refiere, puede generar, por consiguiente, *productos científicos y/o productos ideológicos*.¹³⁰ El *producto científico* trasciende, desde el punto de vista de su validez gnoseológica, a las clases sociales que enmarcan su operación. En este sentido, no nos es dable afirmar que las matemáticas modernas o Einstein, que Darwin o Freud, son productos *burgueses* o *intelectuales*. Son, sí, elaboraciones que surgen condicionadas por la organización capitalista y *a partir de la práctica teórica de ciertos intelectuales*; pero su validez no se reduce a dicha relación, sino que, al instalarse en el campo específico de la conciencia verdadera, la supera ostensiblemente. El *producto ideológico*, en cambio, lejos de trascender a las clases sociales con las que se vincula su producción, expresa sus intereses, sentimientos o ilusiones y se estructura precisamente a partir de dicha determinación.¹³¹ El *producto ideológico* nunca deja de ser, consecuentemente, *de clase*. Pero *de clase*, en el doble sentido del término: en sentido apropiativo-material (ideología burguesa) o en el sentido apropiativo-intelectual (ideología intelectual o

¹³⁰ O una mezcla de ambos ("sistemas de pensamiento"). Y también, desde luego, productos filosóficos.

¹³¹ No se puede ignorar la existencia de una *ciencia ideologizada*, puesta al servicio de determinados intereses. ¿Qué pasa entonces? Que una práctica científica es convertida en la *card externa* de una ideología y cae, con ello, bajo el dominio de una clase.

intelectualista). Detengámonos un momento en la ideología *de clase* en sentido apropiativo-intelectual. Como hemos aclarado en otro sitio, la clase intelectual en el capitalismo se divide, desde el punto de vista político, en tres estratos claramente diferenciados: la intelectualidad subordinada realmente a la burguesía, la intelectualidad subordinada formalmente a la clase obrera y la intelectualidad subordinada realmente a la clase obrera. La intelectualidad subordinada realmente a la burguesía se divide, a su vez, en dos sectores: el de los técnicos, burócratas e ideólogos puestos al servicio de la clase capitalista y el de los intelectuales pretendidamente autónomos que buscan diferenciarse tanto de los trabajadores manuales cuanto de la "vulgar y mezquina" clase burguesa. A los primeros conviene el nombre sin más de *intelectuales burgueses*, porque conforman el estrato de la "intelectualidad orgánica" de la clase capitalista. Es de subrayarse que, en términos generales, y desde el punto de vista de los intereses *globales* de la clase burguesa, estos intelectuales son "más papistas que el papa", defienden o representan de manera *más consciente* los intereses del capital tomado en su conjunto que los capitalistas individuales, encerrados en enfoques y criterios normalmente particularistas y limitados. El carácter *burgués* de estos intelectuales se deriva, por consiguiente, no de que sean dueños de las condiciones materiales de la producción, sino de que resultan elementos imprescindibles para la reproducción de las condiciones de existencia del sistema. Esté carácter burgués brota *internamente* de la función específica que realizan dichos intelectuales en la conformación hegemónica del bloque histórico capitalista.¹³² A los segundos puede dárseles el nombre de *intelectuales supuestamente independientes* porque, como dijimos anteriormente, se consideran a sí mismos como un sector diferenciado —una élite, una aristocracia del pensamiento, una clase autónoma— tanto del capital como de la clase obrera. Considerar que estos intelectuales *sólo en apariencia* son independientes de la burguesía, no significa afirmar que sus productos (arte, ciencia, filosofía o ideología *intelectual*) no guarden cierta distancia, cierta autonomía, respecto a los intereses de la clase dominante. Sólo un rebuscamiento extremo y dogmático nos podría llevar a calificar a Paul

¹³² Es importante señalar que a pesar de la resuelta supeditación de estos intelectuales a la clase burguesa dominante, tienen con frecuencia actitudes, reacciones, conductas que son el reflejo, a veces muy mediado, de su pertenencia estructural a la clase intelectual. Y es importante también poner de relieve que en dicha pertenencia estriba la razón de sus actitudes francamente contestatarias en etapas de crisis.

Klee o Mallarmé como autores burgueses *en primera instancia*. Estos intelectuales se hallan subordinados realmente a la burguesía sólo en última instancia. Su carácter burgués brota *externamente* de la relación específica que guardan sus productos con el sistema capitalista en el cual surgen. A diferencia de los *intelectuales burgueses* —cuyo carácter brota *intrínsecamente* del papel específico que juegan como técnicos, burócratas o ideólogos—, estos intelectuales y sus obras sólo pueden ser calificados de burgueses en la medida de que su función y sus productos forman parte del sistema global del capitalismo sin cuestionarlo, criticarlo, luchar por subvertirlo. Dejan hacer y dejan pasar el sistema burgués. Le sirven al régimen como ejemplos de tina supuesta libertad cultural, de carácter pluralista, o de un florecimiento de las artes y las ciencias dentro de la formación social capitalista. Su carácter se gesta, entonces, de manera *extrínseca*: no reside en las producciones sino en la utilización que hace el régimen de ellas. Tan se trata de productos relativamente autónomos que siguen siendo válidos en una organización social poscapitalista. Los *intelectuales supuestamente independientes* viven la ilusión de la autonomía porque piensan más en las características propias de su obra que en la relación de ella con su entorno. Se imaginan además como *sustantivados*. Su ideología *intelectual* los lleva a autoconsiderarse como una clase no subordinada. No advierten que no puede existir una *sustantivación individual*. En su apoliticismo, no han llegado a "entrevener —como los intelectuales intelectualistas, subordinados formalmente a la clase trabajadora manual— que sólo si se subsumen a la clase obrera (aunque sea de manera formal) podrán coadyuvar a la conformación revolucionaria de un régimen —supuestamente socialista— que exprese los intereses generales de la clase social de la que forman parte.

Podemos discernir, en consecuencia, tres tipos de ideología en la clase intelectual que vive en el capitalismo: la *ideología burguesa* y la *ideología del apoliticismo intelectual* (propias de los intelectuales subordinados realmente a la burguesía) y la *ideología intelectualista* (que caracteriza a los intelectuales subordinados formalmente a la clase obrera). Un marxismo posleninista desenajenado, progresista, impugnador, tiene que denunciar no sólo el carácter capitalista de la ideología *burguesa* de ciertos intelectuales, sino también la ideología *intelectual* —dominada por la anterior— que aparece "soterrada" en los intelectuales burgueses y abierta en la intelectualidad pretendidamente independiente y apolítica. Debe criticar también, desde luego, la ideología *intelectualista* del que, en oposición radical a la clase burguesa, busca asociarse a la clase obrera *para* lograr la

sustantivación de la clase intelectual. La ideología *intelectualista* es la expresión teórica, emocional, instintiva del "sector histórico" de la clase intelectual, esto es, de aquel sector que, a diferencia de la intelectualidad *burguesa* (el estrato de la clase intelectual subordinado realmente al capital) y de la intelectualidad *desclasada* (la fracción de la clase intelectual subordinada realmente a la clase obrera), pugna por sustantivarse, independientemente del grado de conciencia con que lo haga.

La revolución cultural tiene que promover entonces, una subversión científica que combata no sólo la ideología burguesa sino la ideología intelectual en todas sus formas y especialmente la *intelectualista*. Esto no puede llevarse a cabo, como se comprende, si no se reconoce la existencia de una clase (la intelectual) a partir de la cual se genera la *ideología intelectual* (en el sentido amplio del término) que abarca a la ideología *intelectual* (supuestamente autónoma) a la ideología *intelectualista*.

No debemos confundir, sin embargo, los productos teóricos del intelectual con el intelectual mismo. Intelectual es aquel que, poseyendo medios *intelectuales* de producción, elabora productos destinados a satisfacer necesidades espirituales. Intelectuales son, en este sentido, tanto los científicos como los ideólogos, tanto los filósofos que sostienen el materialismo dialéctico cuanto los que se definen por alguna de las variantes del idealismo filosófico. Los productos teóricos del intelectual pueden ser, por ende, erróneos o verdaderos, obras determinadas por un contexto socioeconómico (como en el caso de las ideologías) o sólo condicionadas por él (como en el caso de la ciencia). Creer que un producto científico se halla estructurado, en la esencia misma de su operación, por el contexto económico o las clases sociales, es caer en una vulgar posición historicista. En este sentido no se puede hablar ni de ciencia *burguesa* ni de ciencia *intelectual*. La ciencia trasciende toda estructuración clasista al apropiarse de la cosa misma, tras de hacer a un lado todos los aditamentos extraños que perturban habitualmente la intelección. La ciencia o la filosofía (el materialismo dialéctico) poseen, desde luego, un tipo de nexo específico con la infraestructura económica (negar esto es caer en una trivial posición especulativa); pero este nexo no es, como dijimos, de *determinación* sino de *condicionamiento favorable o desfavorable*. Si afirmamos que tal o cual producto científico es *burgués*, caemos, entonces, en una posición historicista, postura que podríamos denominar *historicismo proletarizante*. Si afirmamos que tal o cual producto científico es

intelectual, caemos, igualmente, en una posición historicista, postura que podríamos llamar *historicismo manualista*.

Detengámonos un momento en el tipo vinculación particular que existe entre la ciencia y el entorno socioeconómico. Afirmar que la ciencia, la conciencia verdadera, la concepción veraz del mundo y de la historia no está *determinada* por el contexto socioeconómico en que se gesta, no significa postular la *independencia* de su práctica. No resulta inútil pronunciarse cuantas veces sea necesario contra la pretendida *pureza* de la ciencia, contra una actividad incontaminada y abstracta. La ciencia no está determinada, en efecto, por el entorno socioeconómico; pero sí se halla *condicionada* estrictamente por él. Tanto su génesis (su promoción) cuanto su aprovechamiento caen dentro de los marcos de una condición favorable o desfavorable. En términos relativos el capitalismo a veces ha propiciado el desarrollo de la investigación científica y técnica, pero a veces ha obstaculizado su despliegue. En términos absolutos, el capitalismo en general, y el imperialismo en particular, se configura normalmente como una condición *desfavorable* para la libre investigación científica. La razón fundamental de que la condición socioeconómica de la práctica científica sea desfavorable en términos generales en la sociedad moderna (tanto capitalista cuanto "socialista") estriba en la existencia de clases sociales antagónicas. Los intereses de la clase burguesa, por un lado, y de la clase intelectual, por otro, fijan límites bien precisos al desarrollo de la actividad técnico-científica. *La liberación de la práctica científica pasa necesariamente por la destrucción de la propiedad privada de las cosas (utensilios) y de las ideas (conocimientos)*. La revolución cultural tiene la pretensión, por consiguiente, de convertir el condicionamiento socioeconómico de la operación científica de desfavorable que es (en, sentido absoluto) en favorable de manera permanente. Si la clase burguesa desaparece, el condicionamiento desfavorable proveniente de los intereses de clase de la clase capitalista, se viene abajo. Si la clase intelectual es erradicada, o al menos, se convierte en clase *dominada*, el condicionamiento desfavorable emanante de los intereses de clase de la clase intelectual, se destruye definitivamente. La ciencia, en esta situación, se halla enmarcada, sí, por un contexto socioeconómico determinado. Pero su condicionamiento será constante, perpetuamente favorable. *La subversión científica tiene la finalidad, entonces, de convertir al condicionamiento socioeconómico de la actividad científica (que, en términos absolutos, es en la sociedad moderna, fundamentalmente desfavorable) en irrestricta y perpetuamente propiciante.*

La subversión científica es el "brazo teórico" de la revolución cultural en el sentido de que, al denunciar la existencia de una clase intelectual que logra sustantivarse en el régimen "socialista", muestra las perturbaciones que dicha clase genera en la producción y el discurso de la ciencia. La subversión científica pugna por llevar a cabo la Segunda Revolución Industrial, en el entendido de que, al inhibir primero la influencia de la clase intelectual, y al coadyuvar posteriormente a su destrucción como clase, sienta las bases para una intelectualización global (en el sentido amplio del término) de la mano de obra manual, abriéndose con ello una Revolución Industrial de nuevo tipo donde la producción científica (y técnica) no sólo se hallará condicionada *favorablemente* de manera invariable por el contexto socioeconómico, sino que creará la posibilidad real de pasar al régimen comunista.

Con la subversión científica terminará la acumulación originaria teórica del materialismo histórico. Como la subversión científica es el esclarecimiento *general* del proceso que requiere la humanidad para emanciparse, como es la teoría científica de las diferentes revoluciones, como es, en fin, la concepción rigurosa de la Revolución Articulada, completará, con sus últimas afinaciones, la fase de acumulación originaria, para convertirse en una permanente reproducción ampliada de conocimientos.

La subversión científica es, en resumidas cuentas, el reconocimiento, la denuncia, de la *última clase social* que registra la historia y el llamado a luchar, en el momento oportuno, contra su existencia y sus implicaciones. Cae de suyo que la subversión científica requeriría una serie de vehículos a través de los cuales pueda expresarse para orientar al pueblo hacia destinos superiores. Esta ciencia revolucionaria —enemiga no sólo de todas las *clases* sino, de modo más general aún, de todas las propiedades perturbadoras de la convivencia solidaria entre los hombres —se expresará, como es lógico, por medio de las escuelas abierta y cerrada, los medios masivos de comunicación (convertidos en instrumentos teóricos), la función editorial, etcétera.

E) LA REBELIÓN GEOGRÁFICA¹³³

¹³³ En este apartado aparecen una serie de reflexiones que pueden vincularse con la ecología, disciplina que tendrá que ocupar, a no dudarlo, un lugar eminente en la Revolución Articulada.

No es posible concebir la revolución cultural sin una *rebelión geográfica*. Para acceder a una clara comprensión del carácter y significado de ésta, convendría llevar a cabo en este punto una breve historia de las relaciones entre la ciudad y el campo. Habría que mostrar en qué momento de la "sociedad antigua" (Morgan) se empezó a gestar, como efecto de una de las divisiones sociales del trabajo, la diferenciación entre la ciudad (habitada por artesanos, comerciantes, etcétera) y el campo (trabajado por agricultores, cazadores, etcétera). Sería indispensable hacer notar, a partir de lo anterior, cómo en el esclavismo grecolatino la ciudad llegó a alcanzar mayor importancia que el campo. Cómo en el feudalismo, el campo fue ganando terreno hasta convertirse en el eje fundamental de la economía, la vida y las costumbres. Y cómo, por último, en el capitalismo la ciudad torna aceleradamente a transformarse en el polo fundamental, desplazando al campo en la importancia y significación que éste había tenido en la época medieval.

Habría, pues, que llevar a cabo esta historia. En la imposibilidad de hacerlo en este sitio, subrayamos algo que en esa *historia por hacerse* es evidente: *la relación entre la ciudad y el campo ha sido y sigue siendo contradictoria*. La conexión entre los dos polos de la contradicción ha variado a través de las épocas: en algunas ocasiones, uno de los polos ha afirmado su primacía (o su dominación) y en otras ha mostrado su sojuzgamiento o dependencia. Pero lo que no se ha modificado nunca es el *carácter contradictorio* que ha tenido y sigue teniendo la relación entre la ciudad y el campo.

En el capitalismo, como dijimos, existe la tendencia a que la ciudad juegue un papel de mayor importancia que el campo. Muchas son las razones económico-sociales de ello, y no nos vamos a detener a explicarlas. En la formación capitalista nos encontramos con que, aunque la antítesis capital/trabajo aparece tanto en la ciudad cuanto en el campo, este último es *en general* explotado por la ciudad. Los teóricos de la renta de la tierra hablan de dos flujos de plusvalía: uno que va de la ciudad al campo y otro que va del campo a la ciudad. En el primer caso, las rentas diferencial y absoluta generadas a partir de un precio regulador del mercado (que se halla determinado por las peores tierras capitalistas), crean un "falso valor social" que es *realizado* fundamentalmente por la ciudad. En el primer caso, el flujo de la ciudad al campo beneficia sólo a los agricultores capitalistas. En el segundo caso, la transferencia de valor del campo a la

ciudad beneficia a todas las clases urbanas. En efecto, la composición orgánica más elevada de la ciudad respecto al campo hace que entre ambos sectores se origine un intercambio desigual que beneficia a la ciudad. Es en este último sentido en que afirmamos que, desde el punto de vista económico, la ciudad explota al campo. En las urbes capitalistas es, entonces, donde en términos generales se concentra principalmente el capital, lo cual no quiere decir, como se comprende, que no haya capital agrícola ni que no existan, sobre todo en países altamente industrializados, vínculos estrechos entre los capitales urbanos y los aplicados a la producción rural.

A nivel internacional (en la órbita capitalista), aunque cada nación tiene su específica contradicción geográfico-económica entre la ciudad y el campo, podríamos distinguir entre naciones-ciudad y naciones-campo, esto es, entre naciones en las que por predominar, ya sin trabas precapitalistas, el régimen burgués, juega el papel más importante la ciudad, y naciones en las que, dados los residuos precapitalistas, y aunque se hallen formando parte del sistema mundial capitalista, el campo continúa ocupando un lugar preeminente. Es claro que entre las más típicas naciones-ciudad y las naciones-campo, que son los casos extremos, hay una gama de naciones intermedias que, aunque tengan movimientos urbanos importantes, caen más bien bajo la designación de naciones-campo, o que, aunque tengan todavía un carácter agrario señalado, deben ser consideradas naciones-ciudad. Es importante poner de relieve que del mismo modo que la ciudad explota al campo en una nación determinada, las naciones-ciudad (muchas de ellas, además, imperialistas) explotan a las naciones-campo a nivel internacional, como lo demuestra la existencia de la dependencia económica y el intercambio desigual.

En la ciudad y en el campo de los países capitalistas no sólo se desenvuelve la antítesis capital/trabajo, sino también se desarrolla la contradicción trabajo intelectual/trabajo manual. Pero de la misma manera que hacíamos notar que en una nación típicamente capitalista, aunque deja de haber capital agrario, el capital predominante (dada la concentración y centralización del mismo) es el capital urbano, podemos asentar que, aunque haya trabajo intelectual y trabajo manual tanto en la ciudad cuanto en el campo, *en las ciudades predomina el trabajo intelectual y en el campo el trabajo físico*. Y no sólo eso, sino que *la ciudad "intelectual" tiene privilegios sobre el campo "manual"*.

En una nación capitalista hallamos, pues, las siguientes contradicciones: a)

entre el capital y el trabajo tanto en la ciudad como en el campo (la cual constituye *la contradicción principal*), b) entre el trabajo intelectual y el trabajo manual tanto en la ciudad como en el campo (la cual constituye una *contradicción secundaria* del sistema), c) la contradicción *económica* entre una ciudad "burguesa" y un campo "proletario"¹³⁴ y d) la contradicción de *privilegios* entre una ciudad "intelectual" y un campo "manual". Tanto la contradicción apropiativo-material cuanto apropiativo-intelectual entre la ciudad y el campo constituyen, en el capitalismo, una *contradicción terciaria* del sistema como después veremos.

Es importante tener en cuenta que como en el capitalismo el contraste entre el trabajo intelectual y el trabajo manual se halla dominado por la contradicción entre el capital y el trabajo, la antítesis, ciudad "intelectual"/campo "manual", se encuentra sojuzgada por el antagonismo entre ciudad "burguesa" y un campo "proletario". En el capitalismo *la contradicción entre el campo y la ciudad tiene, pues, un doble carácter: apropiativo-material y apropiativo-intelectual*. De acuerdo con el primero, podemos hablar, en el sentido ya dicho, de ciudad "burguesa"/campo "proletario". De acuerdo con el segundo, podemos hacerlo de ciudad "intelectual"/campo "manual".¹³⁵ *La ciudad capitalista explota económicamente al campo y simultáneamente goza de privilegios apropiativo-intelectuales respecto a él*. Algo distinto ocurre en el modo de producción *intelectual*. Aquí la contradicción entre la ciudad y el campo no se ha erradicado. Ni tiende tampoco, como lo enuncia la cantinela burocrática, a desaparecer. Simplemente ha cambiado de fundamento. Ya no se trata de una contradicción que posee un doble carácter (apropiativo-material el uno y apropiativo-intelectual el otro), sino de una contradicción que fundamentalmente se define tan sólo por el carácter apropiativo-intelectual. La contraposición de la ciudad y el campo "socialista", no es la de una ciudad "burguesa" e "intelectual" y un campo "proletario" y "manual" (como en el capitalismo), sino que se reduce *en esencia* al contraste

¹³⁴ Los términos "burguesa" y "proletario" están tomados aquí en un sentido no estricto, ya que aluden a una clase especial de explotación: la derivada de una transferencia de valor de un sector (campo) a otro (ciudad) que se genera a partir de un intercambio desigual. Cae de suyo, como se comprende, que en la ciudad "burguesa" hay proletarios, en el campo "proletario" hay burgueses, en la ciudad "intelectual" hay trabajadores manuales y en el campo "manual" hay intelectuales.

¹³⁵ Cae de suyo, como se comprende, que en la ciudad "burguesa" hay proletarios, en el campo "proletario" hay burgueses, en la ciudad "intelectual" hay trabajadores manuales y en el campo "manual" hay intelectuales.

entre una ciudad "intelectual" y un campo "manual". Es cierto que la tecnoburocracia "soviética" puede adueñarse de una *plusvalía social*; pero una diferencia fundamental del régimen capitalista y del *Modo de Producción Intelectual* consiste en que mientras en el capitalismo la contradicción trabajo intelectual/trabajo manual se halla dominada por la antítesis capital/trabajo o, dicho de otra manera, el contraste técnico-funcional del trabajo, intelectual y el trabajo manual se halla supeditado a la necesidad de generar plusvalía, en el modo de producción "soviético" la gestación de *plusvalía social* se halla dominada por la existencia y sustantivación de las clases sociales contrapuestas: la intelectual y la obrera. Afirmación ésta que puede formularse de esta otra manera: *en el Modo de Producción Intelectual, no existe una clase intelectual porque haya plusvalía social, sino que hay plusvalía social porque existe clase intelectual.*

Lo cual significa que la clase intelectual (y especialmente su cúspide tecnoburocrática) es el sector de la sociedad que controla de hecho los medios materiales de producción y la distribución del ingreso. Y esto implica, a su vez, que puede existir la clase intelectual sin la existencia de plusvalía social.¹³⁶ Por todo lo anterior, cuando hablamos de un contraste entre la ciudad y el campo en el modo de producción poscapitalista, hacemos referencia a la contradicción entre una ciudad "intelectual" y un campo "manual", con todos los privilegios (y *explotaciones derivadas*) que ello implica.

A nivel internacional, las naciones-ciudad dominan a las naciones-campo. Pero sobre esto último conviene hacer varias precisiones: 1. En la órbita capitalista, cuando hablamos de naciones-ciudad, la ciudad debe ser vista como "burguesa" e "intelectual" y cuando hablamos de naciones-campo, el campo debe ser considerado como "proletario" y "manual". 2. En la órbita "socialista", cuando hablamos de naciones-ciudad, la ciudad debe ser vista exclusiva o preferentemente como "intelectual" y el campo debe ser considerado como esencialmente "manual".

La rebelión geográfica, como parte de la revolución cultural, implica lo siguiente: *llevar el campo a la ciudad y la ciudad al campo*, lo que equivale geográficamente (con los beneficios ecológicos del caso) a la proletarianización del trabajo intelectual y la intelectualización del trabajo

¹³⁶ En la fase que hemos llamado *austera*. Consúltese "Hacia una caracterización del modo de producción `soviético'" en *La naturaleza de los llamados países socialistas*, tomo II de nuestra obra filosófico-política, Editorial Domés.

manual.

La contradicción entre la ciudad y el campo es una contradicción *terciaria* en el capitalismo, y una contradicción *secundaria* en el modo de producción soviético. Expliquemos por qué. En el capitalismo es una contradicción *terciaria* porque depende de la existencia de clases en el sentido apropiativo-material (que conforman la contradicción *primaria* del sistema) y de clases en el sentido apropiativo-intelectual (que configuran la contradicción *secundaria* del régimen). De ahí que la ciudad contrapuesta al campo "proletario" y "manual", se muestre como "burguesa" e "intelectual". En el "socialismo" es una contradicción *secundaria* porque depende en rigor fundamentalmente de la existencia de clases en el sentido apropiativo-intelectual.

La desaparición del contraste entre la ciudad y el campo pasa necesariamente no sólo por la destrucción de la clase burguesa sino también de la clase intelectual.

La revolución cultural, como transformación geográfica, implica combatir la *elefantiasis espontánea* de las ciudades, el desequilibrio ecológico, la utilización irracional y amenazante del espacio vital. La rebelión geográfica debe, pues, programarse, debe caer, como una de sus partes señaladas, dentro de lo que hemos denominado *planes temporales de revolucionarización*.

La revolución cultural no sólo debe ser realizada en las ciudades o en el campo por separado, sino, como hemos explicado, *en el nexo mismo de la ciudad y el campo*. Tiene que ver con la programación cuidadosa, graduada, científica de la *localización de la industria*. *Llevar la ciudad al campo y el campo a la ciudad* significa luchar, en el tiempo que se juzgue adecuado en los *planes temporales de revolucionarización*, porque se diluyan primero y desaparezcan a la postre los límites tajantes entre lo rural y lo urbano; Significa no sólo conducir la *civilización al campo* —industrias, escuelas, bibliotecas, hospitales, etcétera sino el *campo a la civilización* —jardines, erradicación del smog, etcétera. Cada nación socialista asumirá el *ritmo* de rebelión geográfica, como en todos los otros elementos configurantes de la revolución cultural, de acuerdo con las condiciones específicas que lo caractericen, ya que no es lo mismo un país americano que uno europeo, uno fundamentalmente desértico que uno selvático, etcétera. Pero la tendencia

en todos tendrá que consistir en llevar a cabo en un tiempo determinado la inclusión de la ciudad en el campo y del campo en la ciudad.

6. TIPOS DE ARTICULACIÓN

La emancipación humana pasa necesariamente por la destrucción de la propiedad privada de medios de producción *materiales e intelectuales*, de *personas* y de *jerarquías políticas*. Implica, entonces, cuatro revoluciones que tienen que ser articuladas: la revolución económica, la cultural, la sexual-familiar y la autogestionaria y antiautoritaria. Ya vimos en páginas precedentes que existen *revoluciones condicionantes y revoluciones condicionadas*. Las cuatro revoluciones no pueden ser confundidas caóticamente, no pueden ser introducidas "en el mismo saco", como se dice vulgarmente. De las cuatro, dos revoluciones *son clasistas* (la económica y la cultural) y dos son *institucionales* (la sexual-familiar y la antiautoritaria). La *económica* destruye las *clases sociales* en el sentido apropiativo-material del término. La *cultural*, las *clases sociales* en el sentido apropiativo-intelectual. La *sexual*, la *institución* de la familia patriarcal y monogámica. La *antiautoritaria*, la *institución* política de las jerarquías y el Estado.

Al hablar de la articulación, se precisa hacer una diferencia entre la *extraarticulación* que debe existir entre las diferentes revoluciones y la *intraarticulación* que debe llevarse a cabo entre los diversos elementos que conforman una revolución. El nexo que debe existir entre la revolución económica, la cultural, la sexual-familiar y la antiautoritaria es, entonces, de *extra-articulación*; el que debe hacerse presente entre la educación revolucionaria, la segunda revolución industrial, la lucha contra la división enajenadora (horizontal) del trabajo, la subversión científica y la rebelión geográfica, esto es, entre los distintos aspectos que constituyen la *revolución cultural*, es de *intra-articulación*.

El tipo de vinculación que pensamos debe existir entre la revolución económica y la cultural y entre la cultural y las *dos* institucionales es de *sucesión relativa*, lo cual significa dos cosas: a) que la revolución caracterizada como posterior *no puede ser realizada antes de la condicionante*: la revolución cultural, por ejemplo, no puede preceder en ningún caso a la revolución económica, b) que la revolución condicionada *no*

se empieza a generar cuando se cristaliza en su totalidad la condicionante, sino que empieza a gestarse embrionariamente al mismo tiempo en que tiene lugar el proceso de la revolución preeminente. La sucesión relativa presenta, pues, este orden: primero, la revolución económica; segundo, la revolución cultural y tercero, las revoluciones institucionales (esto es, la sexual y la antiautoritaria). Hasta donde podemos ver las cosas, creemos que el tipo de extra-articulación que debe existir entre las dos revoluciones institucionales es de simultaneidad relativa, y esto es así porque existe, a no dudarlo, una instersustentación entre la institución privada (familia) y la institución pública (Estado). Tan es así que si se destruyera un polo pero no el otro, el elemento superviviente acabaría por resucitar al desaparecido: el Estado necesita de la familia y la familia del Estado.

También debe existir *simultaneidad relativa* entre los diversos aspectos que conforman el *sistema* de una revolución. Las partes constitutivas de la revolución cultural, verbigracia, deben responder, en lo que a su intra-articulación se refiere, a una cierta *simultaneidad relativa*.

Al utilizar las nociones de sucesión relativa y simultaneidad relativa conviene hacer algunas precisiones. Cuando hablamos de *sucesión relativa* (y advertimos que en consonancia con ésta se debe realizar el tránsito entre las revoluciones económica, cultural e institucional —en sus dos formas—), no hacemos referencia a una *sucesión absoluta*, la cual coincidiría con una *sustitución de grados*. El concepto de *sucesión absoluta*, en efecto, no es otra cosa que un *gradualismo* consistente en que *sólo se puede dar luz verde al grado posterior cuando está plenamente realizado el anterior*. Cuando hablamos, por otro lado, de *simultaneidad relativa* (y hacemos ver que en consonancia con ésta deben realizarse los elementos que conforman una revolución o las dos revoluciones institucionales) no hacemos alusión a una *simultaneidad absoluta*, la cual coincidiría con un simultaneísmo caótico y confuso. Adviértase, en consecuencia, que *lo que vuelve relativa a la sucesión es la necesidad de una cierta simultaneidad, y lo que torna relativa a la simultaneidad es la necesidad de cierta sucesión*.

¿Quién debe estar en el poder para garantizar la Revolución Articulada? Respondamos primeramente por partes. Para destruir la propiedad privada de los medios materiales de la producción, se requiere la presencia en el Estado *de los intereses del proletariado* (esto es, de los trabajadores asalariados, intelectuales y manuales, hombres y mujeres, explotados por el capital). Para destruir la propiedad privada de los medios *intelectuales* de la

producción, se necesita la existencia en el Estado de los intereses del *trabajo manual* contrapuesto al trabajo intelectual. Para destruir la propiedad privada de las personas (la interposicionalidad desigual) es indispensable la expresión en el Estado del *feminismo revolucionario*. Para destruir la propiedad privada del poder (y, con él, de todo tipo de jerarquías enajenantes) es insoslayable la representación en el Estado de un *fermento antiestatal* o, lo que es igual de una política *autogestionaria*. *En el Estado deben hallarse expresados los intereses, por tanto, de un proletariado anticapitalista, de un trabajo manual antintelectualista, de un feminismo antifamiliar y de un proceso autogestionario, antijerárquico.*

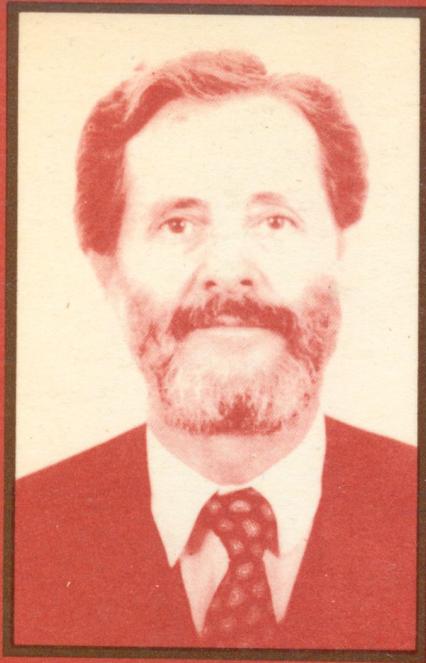
A este Estado le daremos el nombre de *Estado de la Revolución Articulada*. El ERA lleva a cabo su gestión a través de lo que con anterioridad designamos los *Planes temporales de revolucionarización*. En ellos se recogerá, de acuerdo con las peculiaridades de cada país, del momento histórico que se viva, etcétera, la tarea de llevar a cabo, *en un lapso determinado*, cada una de las revoluciones, con las extra-articulaciones o intra-articulaciones necesarias, con el objeto de crear el régimen comunista. Un sistema sólo podrá ser designado socialista si su Estado representa, pues, los intereses globales de la Revolución Articulada.

Los *planes temporales de revolucionarización*, o sea el programa concreto para realizar la Revolución Articulada, se diferencia tajantemente, como es obvio, de los famosos *planes quinquenales* de los regímenes intelectuales. La característica de estos planes consiste en desarrollar las fuerzas productivas, la técnica, el ingreso, etcétera, pero dejando intactas las contradicciones entre el trabajo intelectual y el trabajo manual, entre el hombre y la mujer, entre la autoridad y los súbditos. Los planes quinquenales no son otra cosa que los programas de desarrollo de los regímenes intelectuales (burocráticos). No tienen otra función que la de fortalecer los intereses de una clase intelectual sustantivada.

INDICE

Advertencia	1
Capítulo I. <i>Hacia una correcta caracterización de la revolución cultural</i>	3
Capítulo II. <i>Antecedentes teóricos de la revolución cultural</i>	9
A. <i>La sociedad industrial saintsimoniana</i>	9
B. <i>Fourier: el trabajo como juego</i>	11
H. <i>La teoría leninista del partido</i>	13
I. <i>El Estado y la revolución de Lenin</i>	23
J. <i>La crítica de Rosa Luxemburgo al partido leninista</i>	32
K. <i>La crítica del joven Trotsky</i>	38
L. <i>Otros puntos de vista</i>	39
M. <i>Gramsci y su teoría sobre los intelectuales</i>	41
N. <i>Breve consideración sobre la lucha de clases en el capitalismo</i>	43
Ñ. <i>La crítica de Mattick a Max Nomad</i>	44
O. <i>La aportación de Althusser</i>	51
Capítulo III. <i>Breve alusión a los antecedentes históricos de la revolución cultural</i>	56
Capítulo IV. <i>La revolución cultural china</i>	59
Capítulo V. <i>El puesto de la revolución cultural en la Revolución Articulada</i>	105
1. <i>Introducción</i>	105
2. <i>Los conceptos de "revolución" y "articulación"</i>	107
3. <i>Objetos, medios y fin último</i>	112
4. <i>La categoría de revolución cultural</i>	113

5. Diversos aspectos de la revolución cultural.....	114
<i>A. La educación revolucionaria.....</i>	<i>114</i>
1. Aspecto económico.....	118
2. Aspecto social.....	120
2.1 La escuela socialista.....	121
2.2 La subversión científica y la clase intelectual.....	122
3. Aspecto político.....	125
4. Aspecto empírico.....	127
<i>B. La segunda revolución industrial.....</i>	<i>131</i>
<i>C. La lucha contra la división enajenadora, horizontal, del trabajo.....</i>	<i>133</i>
<i>D. La subversión científica.....</i>	<i>137</i>
<i>E. La rebelión geográfica.....</i>	<i>144</i>
6. Tipos de articulación.....	149



El tema central de este libro de González Rojo es la revolución cultural china iniciada en 1966. El ensayista pretende, a lo largo de este escrito, explicarse, por un lado, a qué debe atribuirse el hecho de que en un país como China, donde estalló una revolución supuestamente socialista en 1949, surgió de pronto una “segunda” revolución (la revolución cultural), y entender, por otro, las causas del fracaso o la frustración de dicho acontecimiento histórico. Este opúsculo investiga, asimismo, los antecedentes prácticos y, sobre todo, teóricos de la noción de revolución cultural —a partir del socialismo utópico— con el objeto

de comprender, como reza el título de la obra, la “génesis y la estructura” de ese concepto. El texto comprende también, por último, un capítulo final donde el autor se propone, a más de ubicar la revolución cultural dentro de lo que él llama la Revolución Articulada, mostrar qué medidas tendría que llevar a cabo una revolución anticapitalista para realizar plenamente una revolución cultural y, con ella, la instauración definitiva del socialismo. Enrique González Rojo es autor, además de los cuatro primeros tomos de estas *Obras Filosófico-políticas*, de: *Para leer a Althusser* (Editorial Diógenes), *Teoría científica de la historia* (Editorial Diógenes), *Hacia una teoría marxista del trabajo intelectual y el trabajo manual* (Editorial Grijalbo), *Bosquejo para una teoría del Estado. El caso de México* (Ediciones Pico y Pala), *La revolución proletario-intelectual* (Editorial Diógenes) y *Epistemología y socialismo* (Editorial Diógenes, Universidad Autónoma de Zacatecas y Tendencia Sindical Independiente, UAZ).

ISBN 968-450-052-1 obra completa

ISBN 968-450-065-3 tomo V